

FAMILIAS

QUE GLORIFICAN A DIOS



IGLESIA UNIÓN CRISTIANA

*A los amados y fieles hermanos en Cristo Jesús
que están dispersos en el mundo, llamados a ser santos con
todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro
Señor Jesucristo: Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre,
de Jesucristo nuestro Señor y de nuestro amado Santo Espíritu.*

ÍNDICE

I. LA MISIÓN	9
Primero lo Primero	11
La Misión del Pueblo de Dios	21
II. MANDATO SOCIAL Y SEXUALIDAD	33
Para la Gloria de Dios	35
Soltería y Noviazgo	45
Sexualidad en el Matrimonio	57
III. ROL DEL HOMBRE Y DE LA MUJER	69
Creación y Caída	71
Imagen Trinitaria en los Roles	77
¿Qué Significa estar Bajo Cabeza?	83
¿Qué Significa Ser Cabeza?	89
La Imagen de Dios Formada en Nosotros	99
IV. EL MATRIMONIO	105
El Pacto Matrimonial	107
El Propósito del Matrimonio	117

V. PADRES E HIJOS	129
Responsabilidad de los Hijos	131
Responsabilidad de los Padres	141
Discipulando a los Hijos	149
VI. RESTAURACIÓN Y PERDÓN	165
Restauración de la Relación con Dios	167
Restauración de la Relación con el Próximo	177
Perdonar	181
VII. SOBERANÍA DE DIOS SOBRE EL MAL	193
Dios y el Mal	195
Dios Governa Activamente Sobre el Mal	201
Conclusión	213

CAPÍTULO I

LA MISIÓN

“Este pueblo he creado para mí; mis alabanzas publicará.”

• Isaías 43:21 •

PRIMERO LO PRIMERO

“Todo fue creado por medio de Él y para Él.”
(Colosenses 1:16)

El Centro

Vivimos en una sociedad en la que resulta evidente que el núcleo familiar está siendo desmantelado sistemáticamente. Lo vemos patente en otros, pero probablemente también en nuestra propia experiencia familiar. Si estás leyendo este libro, tal vez sea porque vienes de una familia disfuncional que dejó profundas marcas en ti; o tal vez estás viviendo actualmente una crisis familiar, ya sea en tu matrimonio o con tus hijos; o tal vez simplemente tienes planes de iniciar una familia y sabiamente has decidido informarte primero sobre cómo debería llevarse a cabo la vida familiar a la luz de las Escrituras.

Sea cual sea tu situación, lo primero que debemos entender respecto de la temática familiar (y cualquier otra), es que el centro de nuestra vida no deben ser estas temáticas, sino Jesucristo. Sin lugar a duda, la familia y las relaciones humanas son fundamentales, pero no son centrales. Dios diseñó la familia para que conozcamos más de Él, para que crezcamos más en Él, para que nos parezcamos más a Él, para que disfrutemos más de Él. Todo fue creado por y para Cristo, y las relaciones familiares no están exentas de esta verdad.

Sin embargo, muchos llegan a trabajar el tema de la familia en sus vidas, recién una vez que se han estrellado duramente con la realidad. Y aunque esta reacción es pertinente, evidentemente es tardía, pues la crisis llega a absorber tanto de nuestro pensamiento y nuestras emociones, que perdemos el foco y el diagnóstico central de la situación. ¿Cuál es el mayor mal? ¿Por qué mi familia está como está? ¿Cuál es el problema central?, ¿será mi hijo, que está en malos pasos, el problema principal?, ¿lo será mi cónyuge que ya no quiere seguir el matrimonio?, ¿o lo será mi propia historia familiar de infancia? ¿Qué es lo que realmente está mal?

Porque dos males ha hecho mi pueblo: me dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas, cisternas rotas que no retienen agua. (Jeremías 2:13)

Este versículo resume el pecado del pueblo de Israel en dos aspectos: primeramente, abandonar la gloria de Dios y, en segundo lugar, buscar deleite de manera vana. Ésta es precisamente la raíz última de todo pecado y mal: el rechazo a Dios, el cual se expresa visiblemente cuando el hombre se resiste a glorificar a Dios y rechaza gozarse en Él. En ese sentido, el pecado no es más que la búsqueda de deleite fuera de Dios y adorar algo o a alguien que no sea Él.

Toda destrucción, incluida la familiar, es consecuencia del pecado, y el pecado tiene su raíz primeramente en dejar a Dios y no vivir para Él. Romanos 1 nos presenta una escalera de descenso, con un escalón final que parece la descripción misma de nuestra sociedad actual (Rom.1:26-32), pero que inicia su descenso a la ruina con el primer escalón, descrito en el versículo 21, que dice: "...habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias...". Es por eso que, antes de zambullirnos en la temática familiar propiamente tal, es necesario poner un fundamento central previo: Cristo Jesús y Su gloria.

La Misión de Dios

¿Qué motiva a Dios en Su actuar? ¿Por qué hace lo que hace? La Biblia abunda en textos que nos explicitan Sus motivaciones:

En lugares de delicados pastos me hará descansar; Junto a aguas de reposo me pastoreará. Confortará mi alma; Me guiará por sendas de justicia por amor de su nombre. (Salmo 23:2-3)

Por amor de tu nombre, oh Jehová, perdonarás también mi pecado, que es grande. (Salmo 25:11)

Él los salvó por amor de su nombre. Para hacer notorio su poder. (Salmos 106:8)

Yo, yo soy el que borro tus rebeliones por amor de mí mismo, y no me acordaré de tus pecados. (Isaías 43:25)

Por amor de mi nombre diferiré mi ira, y para alabanza mía la reprimiré para no destruirte. He aquí te he purificado, y no como a plata; te he escogido en horno de aflicción. Por mí, por amor de mí mismo lo haré, para que no sea amancillado mi nombre, y mi honra no la daré a otro. Óyeme, Jacob, y tú, Israel, a quien llamé: Yo mismo, yo el primero, yo también el postrero. (Isaías 48:9-12)

Según estos pasajes, Dios nos guía por sendas de justicia (Salm. 23:3), nos perdona (Salm. 25:11), nos salva (Salm.106:8), borra nuestras rebeliones (Is.43:25), difiere Su ira y no nos destruye (Is. 48:9), todo por amor de Su Nombre. Según los versículos de Isaías 48, lo hace para hacer notorio Su poder y Su Nombre no sea amancillado, sino que honrado en medio de las naciones (Is. 48:9-12). En resumen, "la Misión de Dios" es que Su Nombre sea glorificado.

¿Qué es la gloria de Dios? El término gloria en hebreo (*kabod*) tiene la connotación de “*peso*” o “*valor*” intrínseco de algo o alguien y en griego el término (*doxa*) se refiere a lo que le da “*fama y buena reputación*” a alguien. Por tanto, cuando hablamos de la gloria de Dios, hablamos del valor intrínseco que tiene Dios, de la buena fama que tiene por Sus obras y Su carácter. Hablamos de lo digno que Él es de alabanza. Por ejemplo, sobre la salida de Israel desde Egipto, Dios dice lo siguiente acerca de Sus motivos:

Entonces Jehová dijo a Moisés: Levántate de mañana, y ponte delante de Faraón, y dile: ... Porque ahora yo extenderé mi mano para herirte a ti y a tu pueblo de plaga, y serás quitado de la tierra. Y a la verdad yo te he puesto para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea anunciado en toda la tierra. (Éxodo 9:13,16)

A causa de mi nombre, para que no se infamase ante los ojos de las naciones en medio de las cuales estaban, en cuyos ojos fui conocido, actué para sacarlos de la tierra de Egipto. (Ezequiel 20:9)

¿Por qué envió Dios Sus juicios a Egipto y rescató con misericordia a los israelitas? Para mostrar Su poder y para que Su Nombre sea anunciado en la tierra y no sea difamado en las naciones.

A través de todos estos versículos bíblicos, observamos que la misión de Dios es Su propia gloria, es decir, que Su nombre sea glorificado y santificado en medio de las naciones. Toda la Biblia nos habla de esa misión de Dios, ¿pero qué significa? “Glorificar” es dar alabanza y honra a alguien; mientras que “santificar” significa consagrar y poner aparte.

La Biblia nos dice que cuando Dios ejecuta *juicios*, es para que Su Nombre sea santificado, sea puesto en alto y temido entre las naciones (Rom.9:23). Pero cuando Dios ejecuta *misericordia* es igualmente para Su gloria, para alabanza de Su gloriosa gracia (Ef.1:5-6). Por lo tanto, ya sea por medio de juicios o por medio de misericordia, el Nombre de Dios es santificado, puesto aparte, puesto en alto por sobre toda la creación. Todo lo que Él

hace es para mostrar Su gloria y deleitarse en Sí mismo: Si nos perdona, es por amor de Sí mismo, y si nos salvó es para alabanza de Su gloriosa gracia.

En resumen, Dios creó todo para Su gloria. Dios no necesita de la creación, pero en Su amor y gracia quiso crearlo todo, de manera que Su gloria sea el gozo y deleite de Sus criaturas. La razón por la que la naturaleza muchas veces nos conmueve, es porque es una expresión de la gloria de Dios y fuimos creados para responder a esa gloria.

Su Misión es Santa

Como seres humanos caídos, nos resulta conflictivo entender que Dios hace todo para Su gloria. Esta verdad nos duele en el ego humano, y llegamos incluso a encontrarlo inadecuado de parte del Creador. La pregunta que nos surge es: ¿acaso es Dios un egocéntrico pecaminoso? La respuesta es: ¡No! Y hay al menos dos argumentos de por qué esta actitud es absolutamente santa y adecuada en Dios:

1. **Lo justo es que el Creador sea el centro de la creación. Si Dios no hiciera todo primeramente para Él, entonces sería injusto e imperfecto.**

Resulta obvio para cualquiera que es justo que un artista sea reconocido y aplaudido por su pintura, su actuación teatral o su interpretación musical. Nadie duda en aplaudir u ovacionar luego de un concierto, o luego de que su equipo ha anotado un punto. Esas expresiones de glorificación son naturales, pues fuimos hechos para adorar. Incluso hay un consenso social de que es injusto cuando alguien recibe la gloria por algo que no llevó a cabo, sino que fue un plagio o un engaño, pues se entiende que esa gloria pertenece al artífice original.

Y los poderosos seres celestiales que están en torno al trono también lo entienden. Ellos saben que Dios hace todo primeramente para Su propia gloria y lo encuentran absolutamente adecuado bajo este preciso argumento:

Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas.
(Apocalipsis 4:11)

Si se premia a un chef destacado de cocina, ¿cuánto más se debe aplaudir al que creó la comida, el sistema digestivo, las papilas gustativas y la zona cerebral del placer? Si se aplaude a un cantante de un programa de talento, ¿entonces por qué no ovacionar también al que creó las cuerdas vocales, el aire y la matemática musical, las vibraciones, el oído, la cóclea, el nervio auditivo y los lóbulos cerebrales temporales auditivos? Si se idolatra a un actor o director de cine, ¿cuánto más debería el ser humano deshacerse en adoración hacia Aquel que creó los colores, la estética, la luz, la trama, la historia, la escritura, las emociones, la materia y todo lo que hay?!

La centralidad de Dios en Dios, la finalidad de Dios de que Su Nombre sea exaltado, no es un tema de vanidad o ego, sino un tema de justicia y rectitud. Detrás de cada aplauso que merece un ser humano, Dios merece más de mil millones de aplausos, porque todo partió en Él, todo lo ideó Él y todo lo da Él. La misión de Dios es la gloria de Dios, no porque necesite de aplausos, sino porque si no vela por esos aplausos y adoración, incurre en una injusticia infinita, pues Él verdaderamente es digno de recibir la gloria y la honra y el poder; porque creó todas las cosas, y por Su voluntad existen y fueron creadas. No es un tema de arrogancia, es un tema de carácter y atributos, se trata de que Él es Santo en todo Su actuar. Por tanto, el Artífice de artífices debe velar primeramente por Su propia gloria, porque es lo correcto.

2. A lo largo de la Escritura observamos que la glorificación de Dios es intra-trinitaria.

¿Cómo puede Dios vivir en pos de Su propia gloria y a la vez ser perfectamente manso y humilde (Mt.11:29)? Por un lado, la mansedumbre implica una sujeción confiada y gozosa. Por otro lado, la humildad no es

pensar mal o menos de uno mismo, sino menos en uno mismo (Fil.2:3-8). ¿Cómo puede Dios cumplir estas preciosas características si vive en pos de Sí mismo? La respuesta está en el ser trinitario de Dios.

... Honro a mi Padre; y vosotros me deshonráis. Pero yo no busco mi gloria; hay quien la busca, y juzga. (Juan 8:49-50)

Jesús no glorifica a Jesús, sino que al Padre y al Espíritu. Es el Padre el que ama con todo Su ser la gloria del Hijo y procuró poner Su Nombre sobre todo Nombre. El Hijo se deleita plenamente en la perfección del Espíritu Santo, por lo cual afirmó a Sus discípulos que les convenía que Él se fuera para que viniera sobre ellos el Espíritu. Por su parte, el Espíritu ama y honra a Cristo por sobre todas las cosas, porque no hay nada más sublime que Él, por ello inspiró toda la Biblia indicando como personaje central al Hijo (Jn.5:39, Ap.19:10).

Es decir, al ser Dios un ser único y a su vez tri-personal, el amor por Sí mismo es distinto al que experimentamos todas Sus criaturas. Nuestro amor por nosotros mismos debe estar siempre precedido por el amor a Dios, si no es idólatrico y pecaminoso. Pero en Dios, el amor por Sí mismo no solo es justo, sino que trinitario, y, por tanto, exento de toda vanagloria, orgullo, arrogancia o egoísmo. Es una auto-glorificación perfecta en humildad.

Dios es manso y humilde, pues se sujeta intra-trinitariamente con gozo, amor y centrado el uno en el otro. El propósito de la existencia de Dios es amar Su gloria y deleitarse en Sí mismo. El Padre, el Hijo y el Santo Espíritu se aman y exaltan mutuamente con gozo eterno. Él es Santo, por lo cual cumple en Él mismo el mandamiento supremo de amarse con todo Su corazón, alma y fuerzas.

La Historia Comprendida desde la Misión de Dios

Partiendo desde esta perspectiva de la misión de Dios, podemos recapitular la historia del mundo de la siguiente manera: Cuando Dios creó

al mundo y al ser humano, lo hizo todo en perfección, pero el ser humano pecó, se alejó de Dios y dejó de glorificarlo. La imagen de Dios en el hombre se corrompió y, por ende, nuestro concepto de Dios se perdió. Cuando las naciones sufren y nosotros sufrimos, inmediatamente pensamos que Dios es malo, que Dios es injusto, cuestionamos la santidad de Dios, nos enojamos con Dios y dejamos de glorificarlo. Y como fuimos creados para adorar, adoramos otras cosas. Ésta es la mayor injusticia de todas, porque Dios es el Creador y, por tanto, el único digno de recibir toda gloria.

¿Qué podía hacer la Trinidad?, ¿quedarse de brazos cruzados ante tal injusticia hacia Sí misma? ¡Claro que no! Dios es Santo y tenía un plan desde la eternidad. Dios no podía simplemente dejar que el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu fuera blasfemado y pisoteado en medio de las naciones. Por eso, en un largo y paciente recorrido descrito en la Biblia, Dios se reveló a Sí mismo progresivamente: Su perfección, Su santidad, Su justicia, Su amor, Sus atributos. Y finalmente:

Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder... (Hebreos 1:1-3)

La gloria de Dios es la manifestación de la perfección y santidad de Dios, es Su belleza y grandeza manifestadas en obras portentosas y palabras poderosas, pero principalmente manifestadas en Jesús. La tierra y el universo fueron creados como escenario para manifestar las glorias de Cristo. Jesucristo es la parte más resplandeciente del brillo de Dios, el punto alto y máximo de la expresión de la gloria de Dios en la creación. Jesucristo es la encarnación de la revelación final de la gloria de Dios.

Todos los atributos incommunicables y comunicables de Dios se ven manifestados visiblemente en Jesucristo. Todas las perfectas y santas

cualidades, obras y palabras de Dios las vemos en Jesús. Jesús es la luz de la luz de Dios, Su máxima fama y gloria. Jesús da a conocer la gloria de Dios y está llevando este mundo al pleno conocimiento de la gloria de Dios. El Hijo se encarnó y nos dio a conocer al Padre y el Padre exaltó el Nombre de Jesús sobre todo otro nombre. Todas las Escrituras nos hablan de ese recorrido de volver a iluminar el mundo entero con el conocimiento verdadero y correcto de Dios y de quién es Él.

La sociedad occidental enseña que el mundo es producto de la lucha por la supervivencia y el avance evolutivo. La sociedad oriental enseña que el mundo y su historia es un ciclo circular de repetición interminable. Pero la Biblia dice que la historia no es un ciclo, ni tampoco es aleatoria ni evolutiva, sino que el mundo y su historia tienen un destino, un objetivo, y todo marcha invariablemente hacia ese propósito. ¿Cuál?

Los pueblos, pues, trabajarán para el fuego, y las naciones se fatigarán en vano. Porque la tierra será llena del conocimiento de la gloria de Jehová, como las aguas cubren el mar. (Habacuc 2:13-14)

El mundo se dirige al conocimiento pleno de la gloria de Dios. En todo el mundo se conocerá lo bueno que Él es, lo santo que Él es, lo perfectas que son Sus obras. Los imperios y los reyes trabajan para su propia gloria y en pos de falsos dioses; se esfuerzan y desgastan, pero todo su esfuerzo no tendrá fruto, porque quedarán en el olvido. Este mundo injusto que no glorifica al Creador, sino que a las cosas creadas, será destruido y juzgado. El destino de este mundo, por mucho que ahora parezca todo desolado y vacío, es la Gloria de Dios. Nada ni nadie lo puede evitar, pues el Creador se lo propuso y lo hará. Él creó todo por y para Él, no hay objetivo más santo y más justo. Ése es el propósito de Dios.

“A fin de que todos los pueblos de la tierra sepan que Jehová es Dios, y que no hay otro.” (1° Reyes 8:60)

LA MISIÓN DEL PUEBLO DE DIOS

*“Este pueblo he creado para mí; mis alabanzas publicará.”
(Isaías 43:21)*

Creados y Salvados para Glorificarle con Gozo

¿Cuál es nuestro papel en el propósito central de la creación? Sabemos que la Misión de Dios es Su propia gloria. Y la misión de Cristo fue glorificar a Dios (Juan 17:1-5). Él es la cabeza, por lo cual la misión del cuerpo, que es la Iglesia, debe ser la misma que la de Su cabeza: la gloria de Dios. Cuando predicamos el Evangelio, proclamamos el amor, la santidad y la justicia de Dios. Por lo tanto, cuando predicamos el Evangelio, glorificamos a Dios, llevando gozo a las naciones.

*Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa,
pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel
que os llamó de las tinieblas a su luz admirable. (1° Pedro 2:9)*

La Iglesia es el pueblo adquirido por Dios para anunciar Su gloria y perfección, siendo lumbrera en esta generación (Mt. 5:16), viviendo de manera digna del Evangelio, con el fin de que, al ver nuestras buenas obras, las personas glorifiquen a Dios (1° P. 2:11-12). Debemos buscar

glorificar a Dios en todo lo que hacemos (1°Cor. 10:31) y amar que otros le den honra a nuestro Señor y Salvador.

La pregunta que aquí carnalmente nos surge es: ¿y esta misión y labor no se contradice con nuestra propia felicidad y nuestro disfrute de la vida que Dios nos dio? Y la respuesta es un rotundo: ¡no!

Uno no glorifica o alaba de corazón a alguien de manera obligada. Alabamos a un músico o deportista cuando nos ha deslumbrado; honramos y agradecemos a alguien cuando nos prestó una gran ayuda inesperada. La glorificación y la alabanza fluyen de nosotros cuando estamos gozosos, agradecidos y asombrados. Por tanto, al velar Dios por Su propia gloria, tiene como misión deslumbrarnos con gozo, para que así la glorificación fluya genuinamente de nuestros corazones. Observemos el siguiente pasaje:

[Dios] nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia. (Efesios 1:4-6)

Dios vela por Su propia gloria, y un aspecto importantísimo de Sus perfecciones es Su gracia y misericordia. Él nos escogió para que seamos testigos de Su gracia infinita y alabemos eternamente Su gloriosa gracia. Fuimos creados y salvados para glorificar a Dios por Su gracia. Como la glorificación surge de un corazón gozoso, agradecido y asombrado, eso significa que Dios tiene mucho gozo, mucho asombro y mucha consolación ideada para Su pueblo.

Sus pensamientos son de bien y no de mal hacia Su iglesia. La misión de Dios con Su pueblo es que podamos disfrutar de Él mismo (Jn.16:22), pues esto lo glorifica. Por tanto, la misión suprema de la Iglesia debe ser disfrutar de Dios y, como fruto de ese deleite, proclamar Sus atributos de manera dichosa hasta lo último de la tierra, por amor a la gloria de Dios.

Pensemos por un momento en qué cosa nos podría regalar Dios para expresar la grandeza de Su infinita gracia y así dejar a la creación entera boquiabierta por Su gloriosa misericordia: ¿Cuál es la obra máxima de gracia que Dios podía hacer?

Él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás. Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. (Efesios 2:1-7)

Dios te ha diseñado y salvado con el propósito de ser parte de Su familia. Te ha predestinado para ser adoptado en Su núcleo más íntimo, conforme a la gloriosa imagen del mismísimo Hijo de Dios. ¡Dios tiene un destino glorioso para tu vida y eso debe cambiar toda nuestra manera de ver y vivir la vida!

Nuestra historia es fundamentalmente una historia de amor infinito e inmerecido. Dios no tenía que crearnos, pero lo hizo, y no solo eso, sino que nos creó como portadores de Su imagen. No tenía que salvarnos, pero lo hizo, y no solo eso, sino que nos sentó juntamente con Cristo en los lugares celestiales. Al crearnos a Su imagen y semejanza, nos dio la habilidad única de disfrutar de lo más alto, lo más hermoso, lo más deseable: Jesucristo. Al salvarnos, nos dio el regalo de disfrutar del mayor bien posible: Jesucristo, el resplandor de la gloria de Dios.

La misión de Dios de glorificar Su Nombre, es el mayor bien para nosotros, porque Él glorifica Su Nombre actuando en misericordia hacia nosotros:

Y los limpiaré de toda su maldad con que pecaron contra mí; y perdonaré todos sus pecados con que contra mí pecaron, y con que contra mí se rebelaron. Y me será a mí por nombre de gozo, de alabanza y de gloria, entre todas las naciones de la tierra, que habrán oído todo el bien que yo les hago; y temerán y temblarán de todo el bien y de toda la paz que yo les haré. (Jeremías 33:8-9)

Dios hace todo para Su gloria, lo cual implica que Él tiene planeado un consuelo, una alegría y un gozo eternos para Su pueblo, a tal nivel que “temerán y temblarán de todo el bien que les haré”. ¡Su gracia da escalofrío!

El Evangelio es el bendito mensaje que nos invita a vivir de acuerdo con Su propósito, honrando y disfrutando el valor incomparable y sublime de Dios, que nos guía a vivir una relación con Él basada en Él mismo. Fuimos creados para glorificar a Dios (Is.43:7,10), por lo que no puede haber otro propósito para el ser humano más justo y santo que dar honra y gloria al perfecto Creador; no puede haber otra meta más deleitosa y plena para el ser humano que sumarse a la misión de Dios de glorificarlo a Él.

Fuimos creados y salvados para disfrutar del mayor gozo posible, porque Dios es glorificado cuando a nosotros, seres caídos y miserables, Jesús nos llena inmerecidamente de consuelo, gloria, gozo y alegría. Todo en nuestra salvación está diseñado por Dios para magnificar Su gloria, incluso ante los ángeles (tanto los santos como los caídos):

...Para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales, conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor. (Efesios 3:10-11).

El diablo se hunde en amargura y odio hacia nosotros, pues, aunque no somos nada, se nos ha prometido lo que el querubín caído más de-

sea: “Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono.” (Apocalipsis 3:21). Y todo esto a plena vista de los santos serafines, querubines y arcángeles: “...cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles.” (1ª Pedro 1:12), que asombrados ven cómo nosotros, antiguos pecadores, ahora “tenemos seguridad y acceso con confianza por medio de la fe en Él.” (Efesios 3:12).

Por tanto, nuestra salvación está diseñada con la mayor gloria, el mayor gozo y la mayor alegría posibles, para magnificar ante todas las criaturas, ya sean caídas o santas, la multiforme sabiduría y gracia de Dios. Y nosotros resultamos los absolutos beneficiarios sin merecer ni una pizca de ello.

En consecuencia, ¿está la gloria de Dios en conflicto con nuestro gozo? ¡No! Todo lo contrario, pues el propósito firme de Dios, de traer gloria a Su Nombre, es nuestra mayor esperanza de dicha eterna. Por tanto:

Tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse. (Romanos 8:18)

El Privilegio y el Propósito del Llamado es Cristo

La glorificación y la alabanza fluyen de nosotros cuando estamos gozosos, agradecidos y asombrados por alguien o por algún acontecimiento. Si Dios nos creó para que le glorifiquemos por la eternidad, entonces Él tiene para nosotros mucho gozo, mucho asombro y muchos motivos para agradecerle. Pero, aunque el vivir con alegría, disfrutando de las bondades del cielo es de sumo gozo para nosotros, Su plan de bondad hacia nosotros tiene como objetivo entregarnos el máximo bien posible: Él mismo.

Al que venciere y guardare mis obras hasta el fin... le daré la estrella de la mañana... Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana. (Apocalipsis 2:26,28; 22:16)

¿Por qué nos otorga tanta gracia y misericordia? Porque en la medida en que encontramos mayor gozo y deleite en Él, Él es más glorificado. Así exclama el salmista: *“En tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre.”* (Salmo 16:11). Cuando nos deleitamos en Jesús, Dios es glorificado; cuando disfrutamos de Jesús, Dios es glorificado.

En la época de Jesús, los maestros de la ley (también llamados “rabinos”), gozaban de gran respeto por parte del pueblo. Llegar a ser discípulo de un rabino era un privilegio especial de pocas mentes brillantes. La educación formal, que consistía en el estudio de la Ley judía, es decir, el Pentateuco, terminaba a los trece años. Si algún joven quería aspirar a mayor entrenamiento y preparación para llegar a ser un juez, maestro, escriba o cabeza de una sinagoga, debía ser aceptado como discípulo por algún rabino. Para ello, debía lograr memorizar de forma impecable la Torá (los primeros cinco libros de la Biblia). En caso de no lograrlo, ni ser aceptado por algún maestro como discípulo, el adolescente debía dedicarse a aprender el oficio de sus padres.

Un ejemplo de un joven judío brillante que dejó su hogar (Tarsis) para estudiar la Ley, fue el apóstol Pablo, quien estudió a los pies de Gamaliel, un famoso rabino de Jerusalén (Hechos 5:34, 22:3). Seguir al maestro implicaba dejar la familia y adoptar tanto los pensamientos del maestro, como su estilo de vida. El propósito central del discípulo era, por tanto, ser como su maestro.

Jesús nombró discípulos entre jóvenes que ya estaban ejerciendo el oficio familiar. Esto causó gran impacto, pues evidentemente no habían sido los más destacados en sus contextos académicos. El llamado de Jesús representaba un privilegio sin igual, en un medio donde no era el discípulo el que escogía al maestro, sino que el maestro al discípulo.

No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros...
(Juan 15:16a)

Y estableció a doce, para que estuviesen con él... (Marcos 3:14)

Nosotros también fuimos llamados por Jesús para estar con Él; para seguirle, conocerle y así glorificarle, a pesar de ser lo necio, lo débil, lo vil y lo despreciado del mundo (1ªCor.1:26-29). Jesús nos llamó primeramente para que estuviésemos con Él y le conociéramos, pues Su deseo es que tengamos comunión con Él. *“Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor.”* (1Corintios 1:9).

El seguir a Jesús no partió en nuestra voluntad, sino que partió en la misericordiosa voluntad de Dios (Stgo.1:18). Seguir a Jesús no es una opción humana, pues el ser humano no escoge a Dios, sino que es Dios quién escoge al ser humano.

Fuimos llamados a la comunión con Jesucristo, puesto que ser discípulos implica primeramente el privilegio de estar con el maestro, pasar tiempo con Él y, de esa forma, conocerle. Al pasar tiempo con Jesús, estamos conociendo a Dios, y conocer a Dios es vida. *“Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado.”* (Juan 17:3)

La vida eterna no partirá en algún punto del futuro, sino que ya partió cuando empezamos a seguir a Jesús, pues al seguirlo empezamos a conocer a Dios. Jesús nos ha llamado a seguirle, lo cual implica morir a este mundo, dejarlo todo, familia, bienes, amistades, sueños, todo a cambio del tesoro infinito: ¡conocer a Dios, estar con Él y ser Sus amigos! ¡Él es la vida eterna!

La gracia real no radica tan solo en nuestra bajeza, sino primeramente en la grandeza de Aquel que nos llamó de las tinieblas a Su luz admirable. El llamamiento de seguir, conocer y glorificar a Jesús es un privilegio infinito, porque el que nos llama no es cualquier persona: ¡es el Verbo de Dios!, Dios mismo, el inmutable, el independiente, el indivisible y el infinito.

El que nos llama es el Rey de reyes, el Señor de Señores, el primogénito de toda la creación, heredero de todas las cosas. El que nos llama es nada más ni nada menos que el Mesías prometido y anhelado desde la misma caída del ser humano. Aquel que los santos de todas las épocas anhelaron ver y conocer.

El que nos llama es el Rey de reyes, el Señor de Señores, el primogénito de toda la creación, heredero de todas las cosas. El que nos llama es nada más ni nada menos que el Mesías prometido y anhelado desde la misma caída del ser humano; Aquel que los santos de todas las épocas anhelaron ver y conocer. Aquel que Apocalipsis 1 llama como *“el que Es, era y será, el que vive”, “el Testigo Fiel”, “el Primogénito de los muertos”, “el Soberano de los reyes de la tierra”, “el Alfa y la Omega, el Primero y el Último”, “el Todopoderoso”, “el que estuvo muerto, pero he aquí vive por los siglos de los siglos”, “el que tiene las llaves de la muerte y el Hades”*; y que en Apocalipsis 3:7, 14 llama *“el Santo, Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y nadie puede cerrar y que cierra y ninguno puede abrir”, “el Amén, el testigo Fiel y Verdadero, el principio de la creación de Dios”*. ¡Él es el que nos llama a seguirle, a conocerle y a casarnos con Él!

Jesús no es simplemente un gran maestro del Oriente o un renombrado filósofo occidental; Él es el único hombre que no pecó y cumplió la perfecta obediencia demandada por Dios. No hay otro como Él, verdadero Dios y verdadero hombre, único camino al Padre, única verdad y única vida. Así que el privilegio del llamado radica primeramente en Aquel que nos llama, en contraste con quiénes somos nosotros, seres humanos caídos, con corazones perversos e incurables, que no quieren ni pueden buscar y obedecer a Dios.

Ante tal privilegio no cabe más que responder ante el llamado tal como lo hizo Mateo, el publicano, que sencillamente *“se levantó y le siguió.”* (Mateo 9:9)

Resumen y Conclusión

Dios no existe a causa del ser humano. Él no depende de nadie para hacer lo que hace y Su propósito se mantiene inalterable por toda la eternidad. Él es el motivo, propósito y centro de todo. No es el ser humano el centro de la Historia, ni es el Hombre la medida de sí mismo,

sino que encuentra su sentido en la gloria de Dios. Esta verdad debe ser el firme fundamento de nuestra fe cristiana. Si no comprendemos verdaderamente que todo es por Él y para Él, tarde o temprano nuestra mirada será miope y perderemos claridad respecto del verdadero centro, enfoque, sentido y propósito de todas las cosas, que es Dios mismo.

Es necesario recordar la centralidad de la gloria de Dios continuamente en medio de un mundo humanista y egocéntrico, que busca utilizar a Dios para sus propios medios, siendo el fin último una diversidad de temas, menos la gloria de Dios. Pertenecer al pueblo escogido de Dios implica el privilegio infinito de ser llamados personalmente por Jesucristo para seguirle y conocerle en intimidad.

Pero ¿tiene algo que ver todo esto con la familia? Sí, y mucho, respecto del orden de las cosas en nuestro corazón. Nuestro propósito central no es casarnos, tener una familia, obtener una profesión o ser dueños de una propiedad. Nuestro propósito supremo es glorificar a Dios disfrutando para siempre de Jesucristo, pues en Cristo estamos completos (Col.2:10). ¿Para qué nacimos? No nacimos para experimentar placeres pequeños y pasajeros de este mundo. ¡Dios nos creó para el máximo placer! Todos los placeres de este mundo son opacados ante el placer supremo de conocer a Cristo Jesús el Resplandor de la Gloria de Dios.

Cuando Dios permite que disfrutemos de placeres menores, como los que encontramos en la familia, esto es para hacernos ver y conocer más a Cristo, para prepararnos y santificarnos en nuestra unión eterna con Jesús, y para crecer más en intimidad con el Hijo de Dios.

¿Por qué permite el Señor la enfermedad en nuestra vida? Para dar a conocer Su poder sanador, o para que en el sufrimiento le conozcamos como el Todosuficiente, con el cual nos bastamos. ¿Por qué permite pobreza? Para conocer Su bondad, dadivosidad, cuidado y provisión. ¿Por qué permite valles de sombra y de muerte? Para que le conozcamos como nuestro Buen Pastor y Consolador. ¿Por qué permite tiempos de incertidumbre? Para que le conozcamos como Admirable Consejero. ¿Por qué permite que nos casemos? Para conocer al novio Jesucristo y

Su relación con la Iglesia. ¿Por qué permite que tengamos hijos? Para conocer al Padre, Su corazón amoroso y disciplinador. ¡Todo es por y para Él! Para que le conozcamos, creamos en Él y le glorifiquemos (Col. 1:16, Is. 43:10).

"Porque todas las cosas proceden de Él, y existen por Él y para Él. ¡A Él sea la gloria por siempre! Amén." (Romanos 11:36)

Preguntas de Reflexión

CAPÍTULO I

- ¿Cuál es la misión de Dios?
- ¿Cuál es la misión de la Iglesia?
- ¿Cuál es el mayor privilegio del llamado?
- ¿Qué implica ser llamados a tener comunión con Jesús?
- ¿Cómo podemos glorificar a Dios con nuestros labios y acciones?

CAPÍTULO II

MANDATO SOCIAL Y SEXUALIDAD

*“Tributad a Jehová, oh familias de los pueblos,
dad a Jehová la gloria y el poder.”*

• Salmo 96:7 •

PARA LA GLORIA DE DIOS

“Para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra” (Filipenses 2:10)

Familias para la Gloria de Dios

Dios creó a la familia como célula básica e indispensable de la sociedad. En el ámbito físico, fue diseñada y creada por Dios, para que un hombre y una mujer, unidos por un pacto de amor incondicional, procreen y guíen a sus niños en disciplina y amor. La relación fundamental de este núcleo social es el matrimonio: *“Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne.” (Génesis 2:24).*

Ahora bien, considerando lo expuesto en el Capítulo 1, debemos comprender la familia también en el amplio contexto de la historia de salvación y la misión de Dios: Dios prometió al patriarca Abraham que por medio de su descendiente serían benditas todas las familias de la tierra (Gn.12:3). Ese descendiente es Jesucristo (Gal.3:16), a través de quien Dios ha traído bendición a todas las naciones. Él ha escogido para Sí a un pueblo a partir de todas las etnias del mundo, de modo que éste sea salvo para alabanza de Su gloriosa gracia. Una familia que ha sido impactada por el Evangelio será transformada en su manera de vivir y relacionarse. Asimismo, será santificada por la obra del Espíritu Santo en sus corazones y por la Palabra de Dios que renueva la manera de pensar.

La Biblia no solo nos enseña cómo relacionarnos, sino que también por qué nos relacionamos. El objetivo de nuestras relaciones familiares no es distinto al resto de nuestra vida en el Evangelio:

Se acordarán, y se volverán a Jehová todos los confines de la tierra, y todas las familias de las naciones adorarán delante de ti. (Salmo 22:27)

Tributad a Jehová, oh familias de los pueblos, dad a Jehová la gloria y el poder. (Salmo 96:7)

¿Cuál es el mayor anhelo que tienes para tu familia? ¿Que haya paz en tu hogar? ¿Que haya felicidad, estabilidad económica, una excelente educación? Según estos salmos, ¿cuál debiera ser nuestro mayor anhelo? Que nuestra familia adore a Dios y tribute gloria a Dios.

¿Cuál es el mayor anhelo que tienes para tu familia?, ¿que haya paz en tu hogar?, ¿que haya felicidad, estabilidad económica, o una excelente educación? Ahora, según estos salmos, ¿cuál debiera ser nuestro mayor anhelo? Que nuestra familia adore a Dios y tribute gloria a Dios.

El mundo se casa “para ser feliz”. Pero el creyente maduro entiende que si nos casamos es para conocer más a Dios y aprender a amar como Dios ama, pues ahí está la verdadera felicidad. Si tenemos hijos, es para conocer más a Dios y para mostrarles a Dios. Si conformamos una familia, es para conocer más a Dios y darlo a conocer al mundo. Si nos quedamos solteros, es para conocer más a Dios y dedicar nuestra vida completa como sacrificio vivo para Él. En otras palabras, todo es por Él y para Él.

Puesto ese firme fundamento, podemos proceder a analizar con mayor detalle cómo es que el Creador ideó la institución de la familia.

Expresión Pasajera del Mandato Social

Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra. (Génesis 1:27-28)

Dios dio instrucciones precisas al ser humano en el Edén para que pudiera vivir para Su gloria, las cuales muchos resumen con el término “mandatos”. En los primeros capítulos de Génesis se pueden distinguir varios mandatos, como el *mandato de señorío*, de gobernar sobre la creación; o el *mandato social*, que, según Génesis 1, implica que hombre y mujer se unan y multipliquen.

Resulta crucial considerar este mandato social inicial de Dios a los primeros seres humanos, pues es la flecha que establece la dirección para toda su descendencia, es decir, para nosotros. Cristo mismo, al ser interrogado respecto del matrimonio, indicó al Génesis (Mt.19:3-4). Y así mismo nosotros, cuando reflexionamos al respecto, antes de recurrir a cualquier libro (como éste), debemos recurrir al origen, a los primeros capítulos del Génesis, y observar el diseño y las instrucciones originales del Creador.

Muchas de estas instrucciones resultan muy contraculturales hoy en día. Por ejemplo, vivimos en medio de una sociedad que ve como un estorbo el tener hijos. Las parejas jóvenes de nuestra cultura suelen postergar su paternidad hasta que hayan cumplido todos sus sueños académicos y laborales, e incluso recreativos (ej. viajar). Como creyentes debemos entender el mandato social de procrearnos, como una bendición de parte de Dios, no como un estorbo o una última prioridad. Así dice el Salmista:

He aquí, herencia de Jehová son los hijos; Cosa de estima el fruto del vientre. Como saetas en mano del valiente, así son

los hijos habidos en la juventud. Bienaventurado el hombre que llenó su aljaba de ellos; No será avergonzado cuando hablar con los enemigos en la puerta. (Salmo 127:3-5)

Ahora bien, el *mandato social* no trata solo de fructificar y multiplicarse, como lo vemos expresado en Génesis 1, sino que también de llevar a cabo todos los mandatos junto a otro ser humano, como lo vemos expresado en Génesis 2:

Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente... Y dijo Jehová Dios: No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él. (Génesis 2:7,18)

Analicemos brevemente estos versículos: Dios es infinitamente sabio y conocedor de todas las cosas, por tanto, el capítulo 1 de Génesis es enfático en afirmar que todo lo que Dios hace es perfecto y bueno en gran manera (1:12,25,31). Sin embargo, cuando llegamos al 2:18, aunque antes se afirmó reiterativamente que lo que Dios hace es bueno, leemos repentinamente lo contrario: “no es bueno”. Por primera vez en el texto, de todo lo creado por Dios, hay algo que está incompleto, algo que aún no está bueno.

Dios quiere hacer notar aquí algo que es muy importante. Ocurre un alto en el relato que enfatiza que, si bien el ser humano es creado a imagen y semejanza de Dios, estando sin vinculación horizontal con otros seres humanos, aún se encuentra incompleto. El hombre necesita comunión con otros.

¿Por qué lo ideó Dios así? Porque las relaciones humanas nos hablan del Creador, y a través de ellas podemos comprender un poco mejor la estrecha relación intra-trinitaria de amor. Si Dios no nos hubiese creado como seres relacionales, no podríamos entender en absoluto al Padre eterno y al Hijo unigénito.

Es interesante destacar también que no es Adán el que se da cuenta de su necesidad y de su carencia, sino que es Dios el que lo expresa. Adán

probablemente se sentía pleno en su relación perfecta con Dios, pues Su relación vertical estaba perfecta y sin pecado, pero faltaba la relación horizontal. Aunque Adán ya se encontraba en una relación plena con Dios, Él dice: “No es suficiente, no es bueno, le falta relacionarse horizontalmente.”

Dios había compartido Sus atributos comunicables con el ser humano, pero si Adán no se relacionaba horizontalmente ¿cómo iba a poder realmente comprender el amor, la misericordia, la justicia y tantos otros atributos del Creador? Dios reconoce al hombre creado a Su imagen y semejanza como alguien necesitado de vínculo y comunión, y para hacerle notar su carencia, procedió de la siguiente manera:

Jehová Dios formó, pues, de la tierra toda bestia del campo, y toda ave de los cielos, y las trajo a Adán para que viese cómo las había de llamar; y todo lo que Adán llamó a los animales vivientes, ese es su nombre. Y puso Adán nombre a toda bestia y ave de los cielos y a todo ganado del campo; mas para Adán no se halló ayuda idónea para él. (Génesis 2:19-20)

El ser humano fue creado para relacionarse, no fue creado para vivir solo ni aislado; fue creado para señorear y cultivar la creación, pero *junto a otros* igual a él. Dios, como Padre amoroso y Todo-suficiente, no solo hace notar la necesidad a Adán, sino que también se encarga de suplir esa necesidad milagrosamente, como lo haría siempre para con Su pueblo:

Entonces Jehová Dios hizo caer sueño profundo sobre Adán, y mientras éste dormía, tomó una de sus costillas, y cerró la carne en su lugar. Y de la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre. Dijo entonces Adán: Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada Varona, porque del varón fue tomada. Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne. Y estaban ambos desnudos, Adán y su mujer, y no se avergonzaban. (Génesis 2:21-25)

Cuán bello es el relato de Génesis: La mujer es creada como co-igual, no de un montón de tierra de otra clase, sino que de la misma carne y hueso del hombre. El énfasis del texto es la necesidad que tienen tanto el hombre de la mujer, como la mujer del hombre. Dios los creó complementarios.

Hombre y Mujer son distintos, con características particulares complementarias. Se necesitan el uno al otro: para señorear sobre la creación, y para multiplicarse y poblar la tierra. No es machismo, ni tampoco es feminismo; es el perfecto plan de Dios, en el que el amor y la aceptación de la necesidad y complementariedad mutua eran tales, que andaban desnudos, sin avergonzarse. De esta manera, Dios establece el matrimonio formado por hombre y mujer como núcleo central de la sociedad.

Expresión Eterna del Mandato Social

Cuando llegamos al Nuevo Testamento, vemos una ampliación en la revelación del *mandato social*, pues al referirse Jesús al matrimonio entre hombre y mujer en Su futuro reino eterno, Él afirma:

En la resurrección ni se casarán ni se darán en casamiento, sino serán como los ángeles de Dios en el cielo. (Mateo 22:30)

¿Cómo comprendemos esto?, ¿acaso no era tan buena y fundamental la unión entre hombre y mujer? Sí, pero para la Era presente. La frase textual de la necesidad del ser humano que leemos en Génesis 2 es: “*no es bueno que el hombre esté solo*”, por lo que el tema no era solo el matrimonio o la familia, sino que también la comunión en general. Dios creó al ser humano para que viviera en comunión perfecta con otros seres humanos. Cuando llega Cristo, Él contrasta constantemente lo pasajero y terrenal con lo eterno. Y es en este sentido que el coloca la relación de la iglesia, de Su pueblo con Él, como un ente superior a Su familia terrenal:

Y la gente que estaba sentada alrededor de él le dijo: Tu madre y tus hermanos están afuera, y te buscan. El les respondió diciendo: ¿Quién es mi madre y mis hermanos? Y mirando a los que estaban sentados alrededor de él, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos. Porque todo aquel que hace la voluntad de Dios, éste es mi hermano, y mi hermana, y mi madre. (Marcos 3:32-35)

Cristo afirma que Su familia es la Iglesia. Cristo vino a formar una nueva humanidad, a instaurar un nuevo matrimonio. Él no se casó con ninguna mujer específica, sino que vino a establecer un matrimonio entre Él y la Iglesia. ¿Cuál es la implicancia práctica de eso para nosotros hoy? El matrimonio con Cristo no solo implica una unión eterna de cada uno de nosotros con Cristo, sino que también de cada uno con los demás hermanos en la fe. Dios creó al ser humano para que se relacionara primeramente con Cristo, pero también, a través de Él, con todo el cuerpo de Cristo. Por eso, el gran mandamiento tiene dos aristas indisolublemente unidas:

Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. (Mateo 22:37-39)

El segundo mandamiento es semejante, porque al igual que el primero es relacional. Si bien es segundo, no deja de ser importante, porque es indispensable para una vida que glorifica a Dios. En otras palabras, no existe el “*estar bien con Dios*” sin relacionarse con los hermanos. ¡Si amamos a Dios, invariablemente amaremos también a Sus hijos!

El que dice que está en la luz, y aborrece a su hermano, está todavía en tinieblas. El que ama a su hermano, permanece en la luz, y en él no hay tropiezo... En esto se manifiestan los

hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios. Porque este es el mensaje que habéis oído desde el principio: Que nos amemos unos a otros. (1ºJuan 2:9-10; 3:10-11)

Por tanto, en el plan perfecto y eterno de Dios, el matrimonio entre hombre y mujer prefiguraba la unión eterna y perfecta entre Cristo y la Iglesia, pues en esa unión perfecta y eterna, todos los hijos de Dios nos relacionaremos perfectamente con todos los hijos de Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo. Ya no será necesaria una unión especial matrimonial, pues estaremos unidos en pacto con todos en Jesucristo, amándonos todos en perfecta santidad.

Es por esta razón que Pablo ahora puede decir tan confiadamente en 1ª Corintios 7:1: “*en cuanto a las cosas de que me escribisteis, bueno le sería al hombre no tocar mujer.*” Pablo estaba pleno como soltero dedicado al servicio del Cuerpo de Cristo. Notemos que Pablo no dijo “*bueno le sería al hombre estar solo*”, sino que “*no tocar mujer*”, pues en Cristo el mandato social de comunión se puede vivir en la comunión servicial y amorosa con los hermanos en la fe.

Ahora bien, en esta era, si bien ya podemos disfrutar por medio del Espíritu Santo de las primicias del *mandato social* en su expresión eterna (que es la comunión con Cristo y Su Iglesia), el *mandato social* aún sigue vigente en su expresión pasajera: el matrimonio y la familia. No solo sigue vigente, sino que, aún más, debe ser considerado por aquellos que lo viven como de mayor importancia que la comunión eclesiástica, pues la Escritura dice:

El soltero tiene cuidado de las cosas del Señor, de cómo agradar al Señor; pero el casado tiene cuidado de las cosas del mundo, de cómo agradar a su mujer. (1ºCorintios 7:32-33)

Si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe, y es peor que un incrédulo. (1º Timoteo 5:8).

Por tanto, para la elección de un rol de liderazgo dentro de la iglesia, será un criterio central la priorización de la familia:

Pues el que no sabe gobernar su propia casa, ¿cómo cuidará de la iglesia de Dios? (1ºTimoteo 3:5)

Habiendo comprendido el mandato social, tanto en su expresión pasajera como en la eterna, procedamos ahora a estudiar lo que 1ª de Corintios 7 dice específicamente a solteros, novios y casados.

SOLTERÍA Y NOVIAZGO

En 1° Corintios 7:1-40, Pablo se dedica a hablar a la iglesia de Corinto respecto a la soltería, el matrimonio y la sexualidad. Esto lo hace luego de comenzar la carta afirmando reiteradamente que Cristo debe ser el centro de nuestra vida y predicación. Es en ese contexto que Pablo aborda la temática de las relaciones, por lo que resulta en extremo polémico para nuestra sociedad actual.

La Soltería

Pablo sostiene como frase clave durante todo el capítulo que “*la soltería y la abstinencia son la mejor opción*”. Parte diciendo:

En cuanto a las cosas de que me escribisteis, bueno le sería al hombre no tocar mujer; pero a causa de las fornicaciones, cada uno tenga su propia mujer, y cada una tenga su propio marido. (1° Corintios 7:1-2)

Ya la primera frase de este capítulo resulta absolutamente fastidiosa a un mundo que busca eliminar la soltería lo antes posible y a una sociedad hipersexualizada, que considera las relaciones íntimas prácticamente el centro de toda la actividad humana. No obstante, Pablo deja en evidencia en los primeros dos capítulos de esta carta que el centro es

y debe ser solo Cristo. Desde esa óptica, la vida de pareja y la vida sexual pasan a ser más bien una añadidura en la vida de un cristiano. Pablo repite una y otra vez el mismo argumento a lo largo de todo este capítulo:

Quisiera más bien que todos los hombres fuesen como yo; pero cada uno tiene su propio don de Dios, uno a la verdad de un modo, y otro de otro. Digo, pues, a los solteros y a las viudas, que bueno les fuera quedarse como yo; pero si no tienen don de continencia, cásense, pues mejor es casarse que estarse quemando. (1º Corintios 7:7-9)

Pablo insiste en que lo mejor es la soltería. Sin embargo, tal como afirma Jesús, entiende que la capacidad de abstinencia es un don entregado de lo alto, por lo que les sugiere casarse a quienes no tengan el regalo divino de la continencia. Los hijos de Dios que están viviendo en soltería deberían considerar estas palabras de Pablo como una opción viable y bendita, y no desecharla simplemente por el discurso del mundo, pues nuestro Señor Jesucristo vivió precisamente esta opción.

El problema radica en que solemos considerar la soltería más bien como una especie de maldición, como un tiempo de desierto o espera inútil hasta que llegue la “media naranja” anhelada. La figura de la “media naranja” se contraponen radicalmente a la afirmación bíblica de que estamos completos en Cristo (Col. 2:10). No necesitamos una media naranja, es decir, a otra persona, para estar completos.

Al revés, si llegamos a una relación de forma incompleta, seremos de muy poca bendición para el otro y estaremos en esa relación de forma egocéntrica, buscando lo que el otro nos pueda dar. Y cuando dos personas incompletas se juntan, solo succionan amor el uno del otro de manera egoísta. Se estrujan, y cuando ya no obtienen más, se dividen, quedando así más secos que antes, y corriendo en busca de otra media naranja que pueda saciar su sed infinita de amor.

En cambio, cuando dos personas que están completas en Cristo, se conocen, no necesitan succionarse o estrujarse, porque ya sus carencias

están saciadas en Cristo. Él es el agua de vida eterna, por lo que ya no necesitan cisternas rotas (Jer.2:13). En vez de querer del otro, se dan el uno al otro por amor, por rebalse, porque el Señor los ha llenado.

Los hijos de Dios que están solteros deben cuidarse de caer en idolatría en esta área de sus vidas. Para ello, deben evitar que la búsqueda de pareja o de una vida sexual activa sea el centro de sus vidas. Cristo Jesús debe ser nuestro único centro y gran amor.

En esta dirección, hay mentiras comunes que giran en la mente de la soltería ante el desafío de la soledad, pensamientos engañosos como:

- “*Tiene que haber algo mal conmigo porque permanezco solo*”, cuando la soltería es una etapa normal diseñada por Dios.
- “*Dios no tiene cuidado de mí... me ha dejado solo... está lejos*”, cuando Él siempre está, solo que nos provee lo que realmente necesitamos, y no lo que nosotros creemos necesitar.
- “*Nadie entiende la manera en que me siento... nadie se preocupa por mí... nadie más parece sentirse sola...*”, cuando es una etapa común a todo el género humano y Cristo está siempre disponible para saciar toda sed.
- “*Siempre estaré solo*”, como si supiéramos el futuro que Dios diseñó para nosotros.
- “*Debido a que estoy sola, tengo el derecho a quejarme y sentir autocompasión*”, cuando la gratitud es mandato para toda etapa de la vida, pues es lo realmente justo y correcto debido a las misericordias diarias de Dios.
- “*Si tuviera una esposa, entonces no me sentiría solo, porque tendría a alguien con quien compartir mi vida y mis cargas*”, cuando la soledad es una experiencia humana que puede vivirse en cualquier etapa de la vida, incluso como casados, debiendo ser satisfecha primeramente en Cristo y secundariamente pudiendo ser suplida en el cuerpo de Cristo;
- “*Estar solo es siempre algo malo*”, cuando el texto de 1ª Corintios 7 que estamos estudiando, dice lo contrario.

Es importante aclarar que cuando Pablo habla a los solteros, no está refiriéndose solamente a los que nunca han tenido pareja, sino también a los/las divorciados/as y viudos/as, como dice: *“Si llega a separarse, que permanezca sin casarse o se reconcilie con el marido”* (1° Corintios 7:11a). Es decir, para una persona separada lo mejor sería que se quedara sola. Y lo mismo en el caso de viudez: *“La mujer casada está ligada mientras vive su marido, pero si el marido muere, es libre para casarse con quien quiera (con tal que sea en el Señor), pero a mi juicio, más dichosa es si permanece así. Y pienso que también yo tengo el Espíritu de Dios.”* (1° Corintios 7:39-40)

Pensar que nuestras vidas van a ser saciadas o completas cuando encontremos una pareja es idolatría; pensar que todos nuestros males se van a solucionar cuando encontremos al hombre de nuestras vidas es idolatría, porque otra persona no va a solucionar nada, solo Cristo nos puede salvar. Si estamos solteros, separados o viudos, y nuestra vida gira en torno a encontrar pareja o vivimos pensando en tener alguna experiencia sexual, estamos en idolatría y debemos arrepentirnos delante de nuestro amado Rey.

Nuestras vidas deben girar en torno a Cristo, lo cual implica que, si Dios nos concede entablar una relación de noviazgo con alguien, la condición es *“con tal que sea en el Señor”*, es decir, debe ser con un/a hijo/a de Dios que también tenga a Cristo como su centro. En conclusión:

¿Estás ligado a mujer? No procures soltarte. ¿Estás libre de mujer? No procures casarte. Mas también si te casas, no pecas; y si la doncella se casa, no peca; pero los tales tendrán aflicción de la carne, y yo os la quisiera evitar. Pero esto digo, hermanos: que el tiempo es corto; resta, pues, que los que tienen esposa sean como si no la tuviesen; los que lloran, sean como si no llorasen; y los que se alegran, como si no se alegrasen; y los que compran, como si no poseyesen; y los que disfrutan de este mundo, como si no lo disfrutasen; porque la apariencia de este mundo se pasa. Quisiera, pues, que estuvieseis sin congoja. El soltero tiene cuidado de las cosas del Señor, de cómo agradar al Señor; pero

el casado tiene cuidado de las cosas del mundo, de cómo agradar a su mujer. (1° Corintios 7:27-33)

Pablo le recuerda a la iglesia que el tiempo apremia y hay una misión que cumplir. Hay muchos aún por evangelizar y discipular, y los que están atravesando problemas de pareja suelen quedarse inmovilizados por ellos. ¡El tiempo es corto!, ¡el tiempo apremia! ¿En qué pensamos todo el día?, ¿en el reino de Dios y Su justicia, o en tener una pareja y poder tener una vida sexual activa? ¿En torno a qué gira nuestra vida? ¿Cuál es nuestro centro?

El soltero puede dedicar todas sus fuerzas a la labor ministerial, pero un casado debe priorizar su tiempo y fuerzas en la familia, antes que en la congregación. El soltero tiene cuidado de las cosas del Señor, en cambio, el casado tiene cuidado de su mujer, es decir, debe priorizar su matrimonio. Debemos aprovechar la época de soltería para vivir a Cristo como nuestro centro y nuestro todo. Debemos aprovechar la época de soltería como un regalo por el tiempo que Dios quiera que lo tengamos.

Y si esa etapa resulta durar toda la vida: ¡gloria a Dios! Debemos aprovechar la soltería para ir al agua de vida eterna y completarnos en Cristo, evitando entrar en relaciones tóxicas por carencias afectivas no saciadas en Dios. Debemos aprovechar la soltería ocupando toda nuestra mente, alma y fuerzas para amar a Jesús. No le creamos al mundo; tener pareja o una vida sexual activa no es el centro del universo: ¡Cristo es el centro del universo!

El Noviazgo

Hoy en día se han inventado muchas etapas previas al matrimonio, poniéndole todo tipo de nombres y funciones. La Biblia, en cambio, menciona solo 3 fases: soltería, noviazgo y matrimonio. El noviazgo es una relación de pareja con objetivo serio de casarse. Estar emparejado sin tener como objetivo el llegar a establecer una relación matrimonial no es más que una relación egoísta de querer usufructuar del otro sin entregar-

se a cambio. Una relación de pareja sin un objetivo serio y duradero es en realidad una *cisterna rota* que intenta suplir el puesto que Cristo debería tener en el corazón de Sus hijos solteros.

¿Qué dice Pablo respecto al noviazgo en este capítulo de 1ª Corintios? Principalmente dos cosas:

1. Que debemos entablar una relación de noviazgo con alguien que está en Cristo

...Libre es para casarse con quien quiera, con tal que sea en el Señor. (1ª Corintios 7:39)

Un noviazgo del mundo tiene diferencias fundamentales con el propósito de un noviazgo bíblico. El noviazgo del mundo suele acceder rápidamente a los niveles de intimidad máxima de convivencia y sexualidad, pues busca primariamente su propia gratificación. En cambio, un noviazgo bíblico busca primariamente glorificar a Dios y bendecir y edificar al futuro cónyuge. Por esto, es paciente y laborioso, pues se trata de una etapa de profunda preparación para la vida marital.

Esa preparación puede encontrarse en el ámbito físico (por ejemplo, respecto a bienes materiales, estudios, exámenes médicos, ejercicio físico, etc.), pero sobre todo se encontrará en el ámbito espiritual, buscando crecer en santificación, y desechando pecados y negligencias que estorbarán profundamente la carrera marital.

En lo concreto, mientras los novios inconversos buscan rápidamente vivir una vida emulando el matrimonio, los novios cristianos entienden que el compromiso viene antes de la intimidad, por lo que es necesaria esta etapa previa de preparación de sus vidas para el matrimonio. Ellos deben buscar luchar contra el egoísmo, la pornografía y la lascivia, la pereza espiritual en la búsqueda de Dios y el estudio de la Palabra, la creencia de doctrinas heréticas y equivocadas que dañarán sus vidas, el desconocimiento de los roles maritales, el amor al dinero, etc.

En ese sentido, un soltero que no busca a Dios, ni tiene una vida de crecimiento espiritual, difícilmente estará listo para entrar a una etapa de noviazgo, ya que ésta demandará humildad, mansedumbre y un carácter maduro en la fe, para asumir los cambios con gozo y responsabilidad.

El rol de los novios es purificarse, tal como Cristo lo hizo con Su amada novia, la Iglesia: “... y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha.” (Efesios 5:25-27)

Los novios deben saber que el propósito final del matrimonio será reflejar la unión de Cristo con Su Iglesia, cosa que será imposible de hacer a plenitud si están llenos de carnalidades y pecados. Entendiendo este objetivo fundamental tan diferente al del mundo, resulta obvio que la elección de pareja debe hacerse con criterios bíblicos y no mundanos superficiales. Debe hacerse “en el Señor”, quien nos dice:

No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿Y qué concordia Cristo con Belial? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo? (2ª Corintios 6:14-15)

2. Que la sexualidad debe vivirse solamente dentro del marco seguro del pacto matrimonial.

Digo, pues, a los solteros y a las viudas, que bueno les fuera quedarse como yo; pero si no tienen don de continencia, cásen, pues mejor es casarse que estarse quemando. (1ª Corintios 7:8-9)

La Biblia afirma que la sexualidad debe vivirse solamente dentro del matrimonio y no en una relación de mero noviazgo o convivencia, pues tener relaciones sexuales es *volverse una sola carne* (1ª Cor.6:16). Dios creó este acto para coronar hermosamente una relación de compromiso

y fidelidad de por vida, pero de este tema trataremos más extensamente en el siguiente punto del presente capítulo.

Un noviazgo debe encaminarse con seriedad y planificación hacia una relación matrimonial, pues quienes piensan que pueden durar eternamente como novios sin tener relaciones sexuales, terminarán quemándose (fornicando). Por esto, el noviazgo constituye un camino hacia el pacto matrimonial más que una etapa estática en la cual quedarse estacionados.

La abstinencia sexual de una pareja de novios será su regalo de fidelidad mutua para el matrimonio, pues si con la ayuda de Dios lograron dominar sus impulsos entre sí, pueden confiar en que con la ayuda del Señor también lograrán dominar sus impulsos frente a la tentación del adulterio. En cambio, el pecado de la fornicación, lejos de afianzarlos como pareja (como afirma engañosamente el mundo), destruirá su vínculo espiritual en el Señor. Esto los llevará a una tortuosa relación amor-odio, pues por un lado se vincularon como una sola carne, pero por otro lado se separaron espiritualmente, generando así una ambigua vinculación en división.

Por otro lado, cabe destacar que, dentro del contexto del capítulo 7 de 1° Corintios, queda claro que el deseo de casarse con el único fin de tener relaciones sexuales tampoco es adecuado. Más bien, el propósito debiera ser glorificar a Cristo y potenciarse en Él. El propósito de todo soltero, de todo noviazgo, de todo matrimonio, de toda familia, debe ser el vivir por y para Jesús

No obstante, si un hombre piensa que está tratando a su prometida en forma impropia y que inevitablemente cederá a sus pasiones, que se case con ella como él desea. No es pecado. Pero, si ha decidido con toda firmeza no casarse y no hay urgencia y puede controlar sus pasiones, hace bien en no casarse. Así que el que se casa con su prometida hace bien, y el que no se casa hace aún mejor. (1° Corintios 7:36-38 - NTV)

¿Qué podemos hacer si ya hemos caído en fornicación? Primero, debemos arrepentirnos ante el Señor, y luego enfrentar el proceso de santificación como con cualquier otro pecado: con las herramientas que Dios nos da.

1. Debemos tener fe y esperanza, porque Dios no se dará por vencido con nosotros. No debemos bajar los brazos, y si caemos, nos volvemos a levantar para proseguir la lucha, *“estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo.”* (Filipenses 1:6). Así que, si caes, vuelve a levantarte.
2. Mientras esperamos a que el Espíritu Santo lleve a cabo la milagrosa santificación en nosotros, debemos *apegarnos a la vida*, buscándole por medio de los medios de gracia que Dios mismo nos dejó (oración, estudio de la Palabra, ayuno, alabanza, congregación, etc.).

Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vida, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. (Juan 15:4)

3. Cuando estemos en medio de la tentación, debemos vencerla siguiendo el modelo de Jesús, que fue tentado por Satanás en el desierto y respondió sin entrar en diálogo, sino que tan solo con una certera Palabra de Dios (Mt.4:1-11). Frente a las tentaciones mentales, debemos responder con una rápida proclamación de *“escrito está”*, citando versículos bíblicos que contrarresten esa tentación. Para eso, primero tendremos que conocer nuestra *“espada”*, que es la Biblia (Ef. 6:17), y aprender a manejarla en la vida real, cosa que solo podemos lograr con práctica.

Por ejemplo, si el tentador nos dice: *“No podrás salir jamás de esto”*, responderemos diciendo: *“¡Para los hombres es imposible, pero para Dios todo es posible!”* (Mt. 19:26). Si el acusador nos

dice: “Caíste de la gracia”, responderemos: “Aunque yo sea infiel, Dios sigue siendo fiel” (2° Tim. 2:13). Si el tentador nos dice: “¿Por qué no pruebas?”, proclamaremos: “¡Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente!” (Mt. 22:37). La palabra del Señor es la espada de defensa y ataque que nos ha dado Dios. ¡Ocupémosla y proclamémosla!

4. Un soldado procura luchar acompañado, no en soledad. La Biblia nos dice: *“Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados. La oración eficaz del justo puede mucho.”* (Santiago 5:16). Debemos confesar nuestras luchas con uno o más hermanos maduros en la fe, que puedan acompañarnos en el proceso y luchar en oración junto a nosotros.

Por último, es necesario también decir que, ante un pecado repetitivo, se hace indispensable la consejería pastoral para tomar una decisión referente al futuro y la continuación de aquella relación de noviazgo.

SEXUALIDAD EN EL MATRIMONIO

Pertenencia Mutua

Analicemos ahora lo que 1ª Corintios 7 dice a los casados respecto de la sexualidad:

Pero en vista de tanta inmoralidad, cada hombre debe tener su propia esposa, y cada mujer su propio esposo. El hombre debe cumplir su deber conyugal con su esposa, e igualmente la mujer con su esposo. (1º Corintios 7:2-3)

Pablo exhorta a los casados a mantener activamente relaciones sexuales, para que no caigan en tentación en esa área. Vemos también en este texto cómo la Biblia solo permite relaciones monógamas entre hombre y mujer.

¿Cómo es posible mantener activamente relaciones sexuales dentro del matrimonio? Pablo responde que entendiendo que:

La mujer ya no tiene derecho sobre su propio cuerpo, sino su esposo. Tampoco el hombre tiene derecho sobre su propio cuerpo, sino su esposa. No se nieguen el uno al otro, a no ser de común acuerdo, y sólo por un tiempo, para dedicarse a la oración. No tarden en volver a unirse nuevamente; de lo contrario, pueden caer en tentación de Satanás, por falta de dominio propio. (1º Corintios 7:4-5)

Los esposos y las esposas deben estar siempre dispuestos a aceptar la petición del cónyuge. ¿Por qué? Porque el cuerpo pertenece al cónyuge y, con el fin de proteger al esposo o a la esposa de caer en tentación, debemos procurar no negarnos. Ahora bien, debemos aclarar que el texto por ningún motivo nos da permiso para obligar al cónyuge a tener relaciones sexuales, lo que sería una violación intra-marital. Más bien, insta a cada uno a velar por no negarse respecto de sí mismo, y no a velar por que el otro no se niegue.

La única razón que da Pablo para no tener relaciones como matrimonio es que —por un tiempo determinado previamente, y en común acuerdo— los cónyuges se dediquen a orar y buscar del Señor, pero nunca para ver televisión o cualquier otra actividad. Es decir, Pablo resalta, una vez más, a Jesucristo por sobre las relaciones sexuales, afirmando así implícitamente que el centro es Cristo, no la vida sexual.

Detengámonos a continuación un poco más en la doctrina bíblica de la sexualidad matrimonial.

Sexualidad y Mandato Social

Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra (Génesis 1:27)

La sexualidad está biológicamente ligada a la reproducción y al mandato social de fructificar y multiplicarse. Es precioso observar cómo el Creador no solo dio el mandato al ser humano de tener hijos, sino que además diseñó este fructificar y dar inicio a una nueva vida de manera bondadosa y perfecta, para que sea por medio de un clímax de alegría, el orgasmo, cuando se une hombre y mujer en máxima intimidad.

Por tanto, la sexualidad tiene no solo un fin emocional, sino que también concreto de reproducción. Es evidente un matrimonio puede disfrutar de una vida sexual sin necesariamente tener hijos, pero también es verdad

que el goce sexual no es el mandato central, sino un anexo bondadoso del Creador dado al ser humano para cumplir el mandato de multiplicarse.

La desconexión absoluta de la sexualidad con el mandato social nos conduce a una tergiversación de ésta, en la cual el centro ya no es el mandato de Dios, sino que el goce del anexo. Vemos las implicancias de esto en nuestra sociedad caída, en la que la relación sexual es adorada como una deidad. Esta hipersexualización se encuentra tan desconectada de la biología y el mandato de Dios que termina en relaciones íntimas fuera del matrimonio, como en fornicación, adulterio, masturbación, sodomía, etc.

Cada uno de estos pecados sexuales ve la sexualidad desconectada del matrimonio y, por tanto, también de la reproducción. Cada uno de estos pecados sexuales tiene como centro el goce sexual sin la consideración de Dios y Su mandato social, por lo cual la Biblia lo llama *lascivia*, que es el deseo sexual carnal que tiene como centro el mero goce sexual.

Ya que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos. Amén. Por esto Dios los entregó a pasiones vergonzosas; pues aun sus mujeres cambiaron el uso natural por el que es contra naturaleza, y de igual modo también los hombres, dejando el uso natural de la mujer, se encendieron en su lascivia unos con otros, cometiendo hechos vergonzosos hombres con hombres, y recibiendo en sí mismos la retribución debida a su extravío. (Romanos 1:25-27)

Nuestra carne caída desea todo tipo de sensaciones y nunca se sacia. En este sentido, muchos sienten una atracción carnal a personas del mismo sexo o a una persona que no es su cónyuge. Pero sentir esos deseos carnales no justifica que los satisfagamos, o que demos rienda suelta a todo lo que desea nuestra carne, sino que, al revés, las Escrituras nos llaman reiteradamente a morir a nuestros deseos carnales de toda índole (Col.3:5, Gal.5:24...).

¿Significa esto que el deseo sexual es malo? No, si está subordinado al deseo primario del Espíritu, de glorificar a Dios y satisfacerlo de una manera que le agrade a Él. Pero sí es malo, y es llamado lascivia, si ese deseo sexual tiene como centro el yo y como foco primario el experimentar goce. Analicemos esto un poco más en el siguiente apartado.

Santidad y Honor

Pues la voluntad de Dios es vuestra santificación; que os apartéis de fornicación; que cada uno de vosotros sepa tener su propia esposa en santidad y honor; no en pasión de concupiscencia, como los gentiles que no conocen a Dios (1ª Tesalonicenses 4:3-5)

El deseo sexual es bueno, pues Dios lo creó, pero para que la actividad sexual corriera como tren sobre dos rieles (o como persona sobre dos piernas). Por esto, hay que tener en cuenta lo siguiente:

1. *La consideración de Dios:* **Santidad** hacia Dios.
2. *La consideración del Prójimo:* **Honor** hacia el cónyuge

Si el deseo sexual no es movilizado por la santidad hacia Dios y el honor mutuo, no hay amor, y, por lo tanto, se trata de una pasión de concupiscencia, es decir, de lujuria, y el tren se descarriló. Dicho de otro modo, la lujuria es el deseo sexual sin que estén presentes ese honor y esa santidad.

1. Santidad hacia Dios

La primera guía para una vida sexual sana debe ser el considerar la Santidad de Dios. La consideración de la perfección del Creador, lo puro y perfecto de Su plan, y la necesidad de vivir de acuerdo con Su plan, para Su gloria. No somos el centro, por tanto, nuestros sentires tampoco no lo son. Nuestro centro debe ser siempre dar gloria a Dios y santificar Su Nombre, pues Él es digno y merecedor de toda nuestra adoración.

Esto quiere decir que nuestra vida sexual no debe girar en torno a nuestros deseos o a la búsqueda del placer físico, sino que debemos preguntarnos: ¿qué tipo de actividad sexual glorifica al Creador? Y la respuesta bíblica será: aquella que Él diseñó y creó, la actividad sexual matrimonial entre hombre y mujer.

Por tanto, para vivir una vida sexual santa, primero tenemos que salir de nuestro propio centro de adoración. Ya no nos servimos a nosotros mismos, a nuestros deseos carnales, sino que dedicamos y consagramos nuestros cuerpos a la obediencia del Espíritu Santo. Al salir del egocentrismo de nuestra carnalidad, podremos glorificar a Dios con nuestra vida sexual.

Muchos pecados sexuales no tienen que ver inicialmente con lujuria, sino con otro tipo de idolatrías. Por ejemplo, cuando deseamos con mayor intensidad el que alguien nos abrace que la gloria de Dios; cuando, más que relacionarnos con Jesús, queremos botar frustración y rabia a través del placer pornográfico instantáneo; cuando, más que deleitarnos en Dios, queremos sentir el pequeño y pasajero deleite secundario del orgasmo; cuando, más que buscar que Dios sea glorificado, queremos tener una relación afectiva con alguien que se fije en nosotros

El pecado sexual siempre va a implicar idolatrías subyacentes: Va a implicar adorar a algo o alguien más que a Dios; va a implicar desechar a Dios, la única fuente de amor, descanso y placer verdadero; va a implicar no considerar, sino que rechazar, la santidad de Dios y el placer que Él nos ofrece. Por tanto, el primer pecado involucrado en la inmoralidad sexual es el adulterio espiritual, pues el pecado sexual manifiesta que Dios no es nuestro primer amor.

Debemos arrepentirnos y pedirle perdón a Cristo por no buscar el placer primeramente en Él en adoración, en búsqueda de Dios; pedirle perdón porque Él nos ha amado, pero nosotros, en respuesta, lo hemos rechazado. Él nos ha hecho bien, pero nosotros, en cambio, hemos pisoteado Su gracia. Por esto, debemos confesar, como David después de adulterar con Betsabé: *“contra ti, contra ti solo he pecado”* (Salmo 51:4),

pues al pecar sexualmente nos hemos rebelado primeramente contra Aquel que dio Su vida por ti; primeramente hemos pecado contra Él.

2. Honor hacia la otra persona

El segundo elemento que debe direccionar nuestra vida sexual es el honor hacia la otra persona. Dios estableció el matrimonio como un pacto de por vida entre un hombre y una mujer para honrarse el uno al otro con fidelidad y amor. El deseo sexual debe estar guiado por el deseo primario de honrar al otro, lo que implica comprometerse con el otro, darse completamente al otro. Incluso en la misma relación sexual, honrar al cónyuge significa buscar primeramente su gratificación, antes que la propia. Si no estoy dispuesto a comprometerme matrimonialmente, significa que solo quiero usufructuar del otro, sin bendecir, que quiero tomar, pero no dar. Si no estoy dispuesto a bendecir a mi cónyuge con mi cuerpo, no estoy honrándole.

En esa misma línea, ver *pornografía* constituye un pecado sexual incluso cuando se ve “como matrimonio”, pues solo enfoca en el auto-placer, introduciendo a más personas a la cama de la mente, por lo que incluso una relación sexual con el cónyuge termina siendo adulterio mental. La pornografía se centra en una ficticia gratificación personal por medio de actos sexuales egoístas. No hay motivación de honrar a otro, y menos de considerar la santidad de Dios. La pornografía es abominación para Dios.

Una sexualidad que no busca glorificar a Dios y honrar al cónyuge girará en torno a mi placer y mi voluntad carnal, y, por tanto, será “*porneia*”, el término griego que la Biblia utiliza para “inmoralidad”. Ésta es un tren descarriado que se autodestruye y avanza destruyendo todo a su paso. En esta dirección, Tesalonicenses continúa con la siguiente advertencia:

Que ninguno agravie ni engañe en nada a su hermano; porque el Señor es vengador de todo esto, como ya os hemos dicho y testificado. Pues no nos ha llamado Dios a inmundicia, sino a santificación.

Así que, el que desecha esto, no desecha a hombre, sino a Dios, que también nos dio su Espíritu Santo. (1ª Tesalonicenses 4:6-8)

La sexualidad no fue creada para agraviar al prójimo, ni tampoco para engañar a tu cónyuge. Si lo haces, ten por seguro que el Dios Santo lo vengará, porque Él no puede quedarse impávido frente al mal; Él lo vengará porque Él es justo. Dios no te llamó a inmundicia, sino a santidad. No deseches a Dios.

El foco primario de la sexualidad no es el goce personal, sino la gloria de Dios y el goce del otro. El honrar al otro, el amor al otro y el llevar a cabo el mandato social de fructificarse y multiplicarse, de acuerdo con el plan de Dios. El goce perfecto propio vendrá una vez que la otra persona goce en santidad y honor. La sexualidad perfecta y plena creada por Dios tiene dos rieles sobre los cuales el tren corre con gozo y placer verdadero: la consideración de Dios y la consideración del prójimo. Amar a Dios y amar al prójimo.

Obediencia a base de Amor

Concluyendo este capítulo, no nos cansamos de repetir que ser discípulos de Jesús es darse cuenta de que no se trata de nosotros, sino que de Él y de conocerle. Jesús nos llamó para que primeramente estemos con Él y le conozcamos (Mr.3:14), y no para que únicamente le sirvamos de manera superficial.

Aconteció que yendo de camino, entró en una aldea; y una mujer llamada Marta le recibió en su casa. Esta tenía una hermana que se llamaba María, la cual, sentándose a los pies de Jesús, oía su palabra. Pero Marta se preocupaba con muchos quehaceres, y acercándose, dijo: Señor, ¿no te da cuidado que mi hermana me deje servir sola? Dile, pues, que me ayude. Respondiendo Jesús, le dijo: Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas. Pero sólo una cosa

es necesaria; y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada. (Lucas 10:38-42)

Solo una cosa es necesaria: estar a los pies de Jesús. A los ojos de las personas, María padecía de flojera y Marta parecía ser la “buena cristiana”, siempre servicial y trabajadora. Pero Cristo mira el corazón, y lo que había en María era amor. Ella amaba primeramente a Cristo, no buscaba aparentar, sino que simplemente tenía ordenadas sus prioridades: primero estaba la relación con su Señor y después vendría el servicio. Solo una cosa es realmente necesaria: pasar tiempo a los pies de nuestro Señor, contemplando Su rostro y oyendo Sus palabras.

¿Qué tiene que ver esta historia de Marta y María con lo visto en el presente capítulo? Que toda obra y obediencia deben emanar de nuestra relación de amor con Cristo y no al revés. Muchos se relacionan con Jesús a través de un mero cumplimiento religioso. Por ejemplo, mientras están activos ministerialmente, oran y buscan de Dios, pero al quedar “cesantes” de su cargo ministerial, se enfrían, apartan y dan rienda suelta a su lascivia.

Debemos guardarnos de esa trampa de la religión, y procurar que el fundamento de todo nuestro “hacer” esté primeramente en el “ser”. En ser discípulos de Cristo, estar con Él, relacionarnos diaria e íntimamente con Él, para luego obedecerle y servirle henchidos de amor.

La obediencia a Dios fluye naturalmente del corazón que:

1. Ama a Dios: “El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama... El que me ama, mi palabra guardará.” (Juan 14:21,23)
2. Conoce a Dios: “Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él.” (1Juan 2:3-4)

La obediencia a la palabra de Dios que es genuina y de corazón no surge de manipulaciones o presiones externas; no se logra inculcando miedo a perder la salvación o temor al qué van a opinar los demás de nosotros. Más bien, fluye naturalmente de un corazón que está apegado a la vid que es Cristo y que, por medio de la palabra de Dios, la Biblia, iluminada por el Espíritu Santo, conoce cada día más a Dios y, por ende, también lo ama más.

Es por esta razón que Jesús dijo: “*mi yugo es fácil, y ligera mi carga.*” (Mateo 11:30). Pues para el que ama a Dios, ningún mandato del amado será demasiado gravoso y para el que conoce a Dios, ningún mandamiento del Omniscente será de poco fiar.

Hemos entendido cuánto nos ama el Padre, como para llamarnos Sus hijos (1ºJn.3:1), así que “*nosotros le amamos a Él, porque Él nos amó primero.*” (1ºJuan 4:19). Como le amamos, obedecemos todos Sus mandamientos, “*pues este es el amor a Dios, que guardemos Sus mandamientos; y Sus mandamientos no son gravosos.*” (1ºJuan 5:3).

Jesús nos llamó primeramente para que estemos con Él, lo conozcamos y lo amemos. Es a partir de esa relación de intimidad que emanará toda obra y servicio desde un corazón que genuinamente glorifica a Dios..

Terminamos así la presente lección, insistiendo en que el foco central de nuestras vidas debe ser Dios, pues Él es digno de toda gloria, y al glorificarle, nosotros tenemos más gozo. Si nos casamos, es para glorificar a Dios, conocer más a Dios y aprender a amar como Dios ama. Si nos quedamos solteros, es para conocer más a Dios y dedicar nuestra vida completa como sacrificio vivo a Él. Si vivimos una vida sexual activa o inactiva, es buscando glorificar a Dios.

“Porque todas las cosas ha hecho Jehová para sí mismo...”
(Proverbios 16:4)

Preguntas de Reflexión

CAPÍTULO II

- ¿Qué significa formar familias para la gloria de Dios?
- ¿Qué es el mandato social? ¿Cuáles son su expresión pasajera y su expresión eterna?
- ¿Cuál es el mensaje de Pablo a los solteros en 1 Corintios 7:27-33?
- ¿Cuáles son los criterios bíblicos para una relación de noviazgo de acuerdo con 1 Corintios 7?
- ¿Cuáles son los dos motivos que da 1ª Corintios 7:4-5 para no negarse a sostener relaciones sexuales con el/la cónyuge?

CAPÍTULO III

ROL DEL HOMBRE
Y DE LA MUJER

*“Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de
Dios lo creó; varón y hembra los creó.”*

• Génesis 1:27 •

CREACIÓN Y CAÍDA

Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra. (Génesis 1:26-28)

Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente... Tomó, pues, Jehová Dios al hombre, y lo puso en el huerto de Edén, para que lo labrara y lo guardase. Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás. Y dijo Jehová Dios: No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él. Jehová Dios formó, pues, de la tierra toda bestia del campo, y toda ave de los cielos, y las trajo a Adán para que viese cómo las había de llamar; y todo lo que Adán llamó a los animales vivientes, ese es su nombre. Y puso Adán nombre a toda bestia y ave de los cielos y a todo ganado del campo; mas para Adán no se halló ayuda idónea para él. Entonces Jehová Dios hizo caer sueño profundo sobre Adán y mientras éste dormía, tomó una de sus costillas, y cerró la carne

en su lugar. Y de la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre. Dijo entonces Adán: Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada Varona, porque del varón fue tomada. Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne. Y estaban ambos desnudos, Adán y su mujer, y no se avergonzaban. (Génesis 2:7,15-25)

En el relato de Génesis encontramos la esencia del hombre y de la mujer. En primer lugar, se nos menciona que Dios creó tanto a hombre como a mujer para que señorearan y sojuzgaran junto a Dios sobre la creación. Acto seguido, se nos explica que Dios creó primero al hombre y después a la mujer, dándole al hombre la orden de obedecerle para que tenga vida. Luego, genera en Adán la comprensión de su necesidad, al traerle todos los animales y mostrarle que no hay otro ser como él con el cual se pudiera relacionar. Después, crea a Eva de la misma esencia que Adán. Ella no es otra especie, no proviene de otro tipo de tierra, es de la misma carne del hombre.

Por tanto, el relato de Génesis 1-2 deja claras dos cosas: el hombre y la mujer son iguales y distintos a la vez. No es machismo ni feminismo, sino que es un diseño santo y perfecto de igualdad y complementariedad. En resumidas cuentas:

- El hombre y la mujer son iguales en valor:
Son iguales en esencia, en carne, en imagen de Dios y en importancia ante Dios, con el deber de señorear y sojuzgar ambos sobre la creación (Gn.1:26-28).
- El hombre y la mujer son complementarios en roles:
Si bien ambos señorean sobre el mundo, su biología es complementaria, siendo el hombre asignado como cabeza de la relación y la mujer como ayuda idónea (Génesis 2:7,15).

¿Por qué el Creador decidió hacerlo así? Lo veremos en el punto siguiente. Por ahora, es necesario enfatizar que, como criaturas, en vez de sospechar de nuestro Sabio Creador, debemos confiar en que Su diseño es perfecto, santo y bueno.

El apóstol Pablo escribe a los Corintios respecto a esta temática mencionando precisamente ambas cosas: la diferencia en cuanto a roles y la igualdad de valor.

Porque el varón no procede de la mujer, sino la mujer del varón, y tampoco el varón fue creado por causa de la mujer, sino la mujer por causa del varón... Pero en el Señor, ni el varón es sin la mujer, ni la mujer sin el varón; porque así como la mujer procede del varón, también el varón nace de la mujer; pero todo procede de Dios. (1° Corintios 11: 8-9,11-12).

¿La responsabilidad primaria del hombre sobre la mujer es así debido a la caída y el pecado de Eva? Pablo, fijándose en el orden creacional, afirma que no lo es. “*El varón (Adán) no procede de la mujer*”. Este orden relacional de autoridad es establecido directamente por Dios previo a la caída, que creó primero al hombre, dándole las instrucciones a él, para las compartiera con ella, su ayuda idónea. Dios simplemente quiso crear al ser humano de esta manera. Por tanto, como Cristo, el hombre debe ser cabeza del hogar.

¿Eso significa que el hombre es más importante? No, porque como dice el mismo pasaje en Corintios, ambos tienen el mismo valor como personas en el Señor, pues “*ni el varón es sin la mujer, ni la mujer sin el varón*”. Es decir, si bien el hombre tiene un rol de responsabilidad desde la creación, como ser humano está ante Dios en igualdad de condiciones con la mujer.

La igualdad como personas y la distinción en los roles la vemos también claramente manifestada en el capítulo 3 de Génesis, en la caída. La igualdad la vemos en que el hombre y la mujer enfrentan todo como

una unidad, siendo ambos abarcados por Dios, amonestados y expulsados de Su presencia. Por otro lado, la autoridad de responsabilidad del hombre sobre la mujer, la observamos en el orden de la amonestación de parte de Dios.

Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella. Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos; entonces cosieron hojas de higuera, y se hicieron delantales. Y oyeron la voz de Jehová Dios que se paseaba en el huerto, al aire del día; y el hombre y su mujer se escondieron de la presencia de Jehová Dios entre los árboles del huerto. Mas Jehová Dios llamó al hombre, y le dijo: ¿Dónde estás tú? (Génesis 3:6-9)

La responsabilidad masculina se manifiesta en el hecho de que Dios, a pesar de que Eva comió primero del fruto prohibido, hizo rendir cuentas primero a Adán, pues él había recibido la instrucción directa, no ella (2:15). Por otro lado, se manifiesta también en la maldición posterior, puesto que debido al pecado de Eva se afecta la familia humana, mientras que, debido al pecado de Adán, se afecta todo el mundo natural:

A la mujer dijo: Multiplicaré en gran manera los dolores en tus preñeces; con dolor darás a luz los hijos; y tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti. Y al hombre dijo: Por cuanto obedeciste a la voz de tu mujer, y comiste del árbol de que te mandé diciendo: No comerás de él; maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida. Espinos y cardos te producirá, y comerás plantas del campo. (Génesis 3:16-18)

El pecado trajo profundas consecuencias a la creación. Se rompió la relación del ser humano con Dios, con la creación, con el prójimo, e

incluso consigo mismo. Surgen así el egoísmo, la rebeldía y el orgullo, base de la distorsión machista y feminista de la relación entre hombre y mujer.

Notemos el siguiente detalle de la maldición expresada por Dios a la mujer: “*Tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti.*” De acuerdo con esta maldición, vemos que hasta ese punto de la historia, antes de la caída, si bien el hombre era cabeza de la relación, no se enseñoreaba de la mujer. Esto significa que ser cabeza no es lo mismo que enseñorearse, sino que ser cabeza es producto de la creación de Dios, pero enseñorearse es el producto del pecado humano. ¿Qué entiende entonces el Señor por esto de “ser cabeza” y “estar bajo cabeza”? Volvamos a Génesis 1.

IMAGEN TRINITARIA EN LOS ROLES

*Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen,
conforme a nuestra semejanza. (Génesis 1:26)*

Antes de este versículo, el texto solo habla de Dios en singular: Dios dijo, Dios hizo, Dios vio. Pero ahora, repentinamente, al sexto día, cuando se trata de crear al ser humano, Dios habla consigo mismo. Estamos en presencia de la Trinidad, que se relaciona consigo misma como en equipo para crear al ser humano.

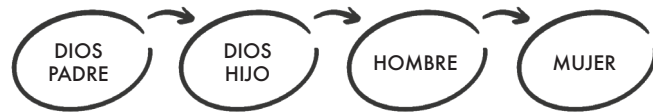
Esto no es fortuito, porque a diferencia de todos los animales creados, el ser humano será distinto, tendrá impresa la imagen de Dios. Cuando hablamos de los atributos comunicables que Dios compartió con el ser humano, éstos son en general relacionales: el amor, la justicia o la misericordia, solo tienen sentido en relación con un otro. La Trinidad creó al ser humano como ser relacional, por lo que las relaciones humanas nos hablan del Creador, y a través de ellas podemos comprender un poco mejor la estrecha relación intra-trinitaria de amor. No podríamos entender en absoluto al Padre eterno y al Hijo unigénito si Dios no nos hubiese creado como seres relacionales.

Por otro lado, tampoco podemos comprender los roles que Dios le asignó al hombre y a la mujer, y cómo debemos funcionar y amarnos, si no entendemos a la Trinidad. Debido al recurrente abuso y violencia,

las palabras “sujeción”, “autoridad” o “cabeza” han quedado prácticamente proscritas en nuestra sociedad. Es por esta razón que debemos detenernos a estudiar este tema más a fondo, para tener la comprensión saludable de lo que nos dice Dios en Su Palabra. 1ª Corintios 11:3 resulta ser un texto clave para esta comprensión.

Pero quiero que sepáis que Cristo es la cabeza de todo varón, y el varón es la cabeza de la mujer, y Dios la cabeza de Cristo. (1ª Corintios 11:3)

Este versículo afirma que el hombre es cabeza de la mujer, así como Dios es cabeza de Cristo. ¿Cuál es entonces la clave para entender la relación entre hombre y mujer? La mismísima relación intra-trinitaria.



De esta manera, se hace necesario repasar la doctrina trinitaria para entender la relación matrimonial tal y como Dios la diseñó: La Biblia nos enseña extensamente que Dios es un ser uni-esencial, es decir, de una sola esencia, pero tri-personal, es decir, un ser de tres personas. En otras palabras, Dios es uno solo y hay un solo Dios, que es el Padre, el Hijo y el Espíritu. El Padre no es el Hijo, ni el Hijo es el Espíritu, ni el Espíritu es el Padre. ¿Lo podemos entender? No, porque Dios está por sobre nuestro entendimiento o conocimiento. Él simplemente Es el que Es.

El Padre es Dios, el Hijo es el mismo Dios, el Espíritu es el mismo Dios. Por tanto, el Padre no es más importante o más digno de alabanza que el Hijo. Asimismo, el Hijo no es más Dios o mejor que el Espíritu. Las tres personas de la Trinidad son dignas de la misma gloria, el mismo honor y comparten los mismos atributos divinos, pues son uno solo.

Es por esta razón que Dios creó a hombre y mujer iguales en especie y dignidad, a Su imagen y semejanza.

Pero que las tres personas del Dios único sean uno e igual en esencia no significa que hagan lo mismo. La Biblia nos enseña que el Padre escoge, adopta, provee, protege, disciplina, perdona y consuela. El Hijo, en cambio, es el novio salvador, el rey que redime, el sacerdote que se ofrece en sacrificio, el juez que justifica y el Señor que vino a servir. Por otro lado, el Espíritu Santo es el que obra en nosotros, nos santifica, reparte dones y nos ilumina las Escrituras. Así que hemos sido “elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo.” (1ª Pedro 1:2).

Dios es uno solo, pero el Padre no derramó sangre en la cruz, sino que el Hijo. Y técnicamente el Hijo no mora en nosotros dándonos dones, sino que el Espíritu Santo. Si bien las tres personas de la Trinidad son iguales en honor y esencia, no son iguales en roles de acción.

El Padre envió al Hijo (Jn.3:16), porque es cabeza del Hijo en cuanto a rol. Por eso dijo Jesús en Juan 14:28: “el Padre mayor es que Yo”. Mayor en rol de autoridad, no mayor en atributos de divinidad. El Hijo sujetó Su persona plenamente al Padre, tal como lo explica en Juan 6:38: “Pues he descendido del cielo para hacer la voluntad de Dios, quien me envió, no para hacer mi propia voluntad.” Asimismo, el Hijo, sentado a la diestra del Padre, envió al Espíritu, para que el Espíritu capacite a la Iglesia con poder para predicar el Evangelio a las naciones (Jn.16:7).

Por esto es que Dios le asignó roles distintos al hombre y la mujer, pues Él es así y nos creó a Su imagen y semejanza. Nos cuesta entender esta figura, porque la autoridad en este mundo caído suele ir ligada al enseñoramiento y una mayor valoración. Por otro lado, la sujeción suele ir ligada a algo involuntario impuesto por opresión. Pero Dios es Santo, es Amor, y Él funciona con roles de autoridad y sujeción lleno de gozo y plenitud.

Que el Padre tenga autoridad sobre Cristo, no significa que el Padre tenga superioridad en esencia o valor; hablamos, más bien, de un orden re-

lacional perfecto en funcionalidad. Tampoco vemos a Cristo sujeto obligadamente bajo un abuso de poder del Padre, pues Él explicita claramente:

Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre. (Juan 10:17-18)

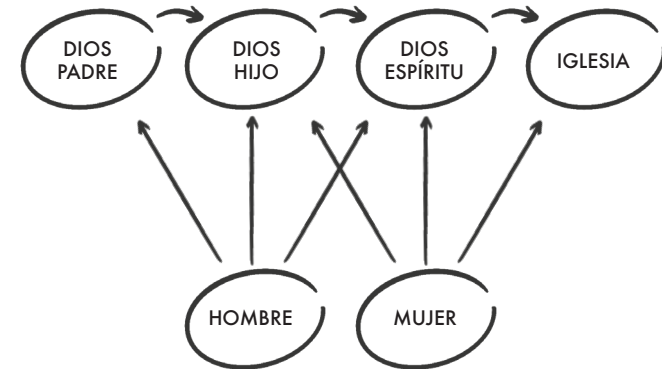
Jesús escogió la obediencia, no le fue impuesta. El Padre gobierna amando al Hijo sobre todo y el Hijo se sujeta con gusto por mansedumbre y humildad al rol de autoridad del Padre. Así también, el Espíritu Santo se deja enviar con gusto y amor por parte de Jesucristo, para santificar a la novia, la Iglesia, para Jesucristo.

El contexto de la relación Trinitaria es el amor, la mansedumbre y la humildad, no el señoreamiento, el control o la manipulación. Ese mismo amor ágape intra-trinitario es el que debe modelar toda relación humana, ya sea matrimonial, de padres-hijos, de amos-siervos, o de autoridades gubernamentales o eclesiásticas y el pueblo. El matrimonio debe aprender de la relación perfecta de la Trinidad y entender que “el casado tiene cuidado... de cómo agradar a su mujer... (y) la casada tiene cuidado... de cómo agradar a su marido.” (1° Corintios 7:33-34)

Entonces, ¿cuál es el rol del hombre y de la mujer en el matrimonio? Ambos deben ejercer como seres humanos el mandato de señorear sobre la creación, el mandato cultural de cultivar la creación y el mandato social de formar familia y liderarla para la gloria de Dios. En esas labores, el Creador asignó un orden relacional, en el que el hombre es cabeza de la relación y la mujer es su ayuda idónea.

En ese sentido, tanto el hombre como la mujer deben aprender del Dios Trino. El hombre debe aprender del Padre cómo es que Éste se relaciona con Jesús, y de Jesús debe aprender cómo se relaciona con el Espíritu Santo y con la Iglesia como cabeza. Por su parte, la mujer debe aprender de la humildad del Espíritu Santo y la mansedumbre de

Jesús, sobre cómo se relacionan señoreando bajo y junto al Padre. Cristo es, por tanto, ejemplo no solo de los hombres, sino que también de las mujeres, siendo la imagen perfecta del Dios invisible, a quien todos miramos para ser como Él.



¿QUÉ SIGNIFICA ESTAR BAJO CABEZA?

"Casadas, estad sujetas a vuestros maridos, como conviene en el Señor."
(Colosenses 3:18)

Analicemos esta ordenanza en sus tres secciones: (a) estad sujetas a vuestros maridos, (b) como conviene, (c) en el Señor.

La Cultura Celestial - *"Estad sujetas a vuestros maridos."*

La palabra griega para sujeción es *hupotásso*, que implica ponerse debajo, sub-ordinarse, someterse. En nuestro mundo caído machista o feminista, esto es despreciable, pero en la cultura celestial, esto es un principio básico para todos. En el reino de los cielos todos se sujetan al Padre, al Hijo y al Espíritu. ¿Por qué? Porque primeramente Dios mismo, siendo Dios, tiene un orden de funcionamiento así, donde el Hijo se sujeta al Padre y el Espíritu al Hijo. Por tanto, con mayor razón se sujetan a la santa Trinidad, los querubines, los ángeles y los santos.

Frases como "sométanse los unos a los otros" y "consideren al otro como superior a ustedes mismos", abundan en las cartas apostólicas, porque el ser mansos y humildes es un mandato para todo creyente, pues nuestro Señor Jesús es así. Por tanto, queridas mujeres, no sientan

que son las únicas privilegiadas en ser llamadas a ser como Cristo, porque nosotros los hombres también lo somos. Y ustedes, mujeres casadas, no sientan que son las únicas privilegiadas en ser llamadas a cultivar la mansedumbre y la humildad, porque las mujeres solteras también deben hacerlo, aunque en otras relaciones. Ahora bien, que esto se enfatice respecto de la mujer casada es una cuestión de orden de las relaciones en el diseño matrimonial de Dios.

Sujeción Gozosa - “*Como Conviene.*”

En nuestro mundo caído, vemos el mandato de sujetarnos como una carga, como algo odioso, porque somos orgullosos, rebeldes y queremos que se hagan las cosas como nosotros creemos que es mejor. Nuestra resistencia a la sujeción y el respeto al cónyuge es nuestra carne rebelde, que no quiere estar debajo, sino que arriba, que no quiere que se hagan cosas y se tomen decisiones que yo no quiero. Nuestra carne caída quiere tener el control y que las cosas se hagan según mi opinión, pero esa actitud solo trae angustia, estrés, enojo y frustración.

La verdad es que cuando uno confía en el otro, la sujeción resulta maravillosamente aliviadora. Nos “*conviene en el Señor*”. Jesús nos dice: “*llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas.*” (Mateo 11:29) Al tomar el orden creacional y funcionar en nuestras relaciones como lo hace la Trinidad, en perfecta armonía humilde, nuestra alma entra al cauce original y halla descanso.

Jesús se sujeta al Padre no lastimeramente, sino con gozo, amor y completa confianza en el Padre. El Espíritu Santo, siendo Dios, permite que Jesús sea el que lo envíe como Señor, para que obre en Su pueblo. En la maldición a Eva, Dios menciona que ella deseará al hombre y él se enseñoreará, pero esa maldición es anulada en Cristo. Jesús se hizo maldición en la Cruz, para que nosotros fuésemos redimidos de toda maldición

(Gal.3:13). En Jesús, ya no tenemos por qué vivir la tristeza de la condenación a relaciones caídas, sino que ahora podemos vivir el gozo de relacionarnos santamente a semejanza de Dios. Eso significa que podemos vivir la sujeción ya no desde un yugo esclavizador opresivo, sino que con un corazón manso, humilde y gozoso, como Jesús y el Espíritu Santo lo viven.

Como Casadas ya con Jesús - “*En el Señor.*”

Sujetarse al esposo es lo que conviene en el Señor, es lo apropiado en el Señor, es como debe ser en el Señor, porque Jesús es así y lo vive así con el Padre. Estando en Cristo, podemos volver al plan original del Edén y vivir con nuestro cónyuge como si estuviésemos en los lugares celestiales. Ahora bien, el primer cuestionamiento que nos surge al respecto es el siguiente: “La trinidad se sujeta mutuamente porque son perfectos, pero nuestro cónyuge no lo es. ¿Cómo, entonces, nos vamos a sujetar gozosas a él?”

El texto de Colosenses responde diciendo, al final de la frase, que “*en el Señor*”, y eso tiene dos implicancias, las que en el texto paralelo de Efesios 5 se ven con mayor claridad: “*Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor.*” (Efesios 5:22) Colosenses instaba a sujetarse en el Señor y Efesios como al Señor. Sujetarse al marido como al Señor implica dos cosas:

1. Vivir como si estuvieras ya en el cielo: En lo concreto, imagínate que tu cónyuge es Jesús. Al mirar a tu esposo, piensa que es Jesús, porque cuando te sujetas a tu esposo terrenal, en realidad te estás sujetando a tu esposo celestial, lo haces para Jesús, tu real esposo y Rey eterno. Por tanto, sujétate a tu esposo como al Señor, como si fuera el Señor, porque en realidad lo haces para el Señor.
2. Como tu sujeción es en realidad a Jesús, si tu esposo te pide algo pecaminoso, no lo hagas, porque tú estás ya en el cielo, casada con Jesús. En realidad, te sujetas al hombre caído porque te sujetas al hombre celestial, a Jesús, por lo que, si el hombre caído contradice a Jesús, no le obedeces.

Este principio corre para toda relación de sujeción, no solo matrimonial, sino que también en la relación de Padres-Hijos o Amos-Siervos, como continúa diciendo el texto de Colosenses:

...No sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino con corazón sincero, temiendo a Dios. Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres; sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia, porque a Cristo el Señor servís. (Colosenses 3:23-24)

Al sujetarnos al cónyuge, a los padres, a los jefes, a las autoridades gubernamentales o eclesiásticas, no lo hacemos para agradarlos a ellos o a otras personas, sino que lo hacemos para agradar a Dios con temor reverente. Por tanto, nuestra actitud mansa y humilde de sujeción es independiente del prójimo, porque es por y para Jesús. Al sujetarnos nos imaginamos que nos sujetamos directamente a Jesús y si nos piden hacer algo que va en contra de la voluntad de Jesús, no lo hacemos. Pero si no es pecado lo que nos están solicitando, aunque no nos guste, lo hacemos.

¿Y cómo funciona la sujeción de una creyente ante un esposo inconverso? De la misma manera, como dice Pedro:

Asimismo vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros maridos; para que también los que no creen a la palabra, sean ganados sin palabra por la conducta de sus esposas, considerando vuestra conducta casta y respetuosa. (1ª Pedro 3:1-2)

El carácter manso y humilde no está condicionado al cónyuge, a si éste es cristiano o no, o si tu jefe es cristiano o no. Más bien, tiene que ver con nuestra relación con Cristo, haciendo todo como Él lo hace, y para Su gloria.

En resumen: *¿Cuál es entonces el rol de la mujer en el matrimonio? La mujer ejerce el mandato de señorío sobre la creación y el mandato social como ayuda idónea en la relación matrimonial, con mansedumbre y humildad bajo la autoridad del hombre.*

Esto NO significa: Ser menos valiosa, pues es igual portadora de la imagen de Dios, señoreando sobre la creación. Obedecer al hombre ciegamente (por ejemplo, en cosas pecaminosas). No dar tu opinión, sino que tengas la disposición diaria de soltar el control y vivir de manera apacible y mansa, características que son de gran estima ante Dios.

Esto SÍ significa: Disfrutar del diseño de Dios para tu vida, trabajando como compañera esforzada junto al cónyuge para llevar a cabo el mandato de señorío, el mandato cultural y social. Cultivar en el Espíritu un carácter manso y humilde, sujetándose y respetando la autoridad del esposo como cabeza de la relación. La sujeción es el llamado divino de honrar y afirmar el sacrificio de la cabeza, ayudándole a ejercer su liderazgo servicial. Para eso, será necesaria una dependencia diaria, viva y genuina de Jesús, imitándolo y haciendo todo para Él.

El ejemplo concreto de cómo señorear en sabiduría como ayuda idónea junto al esposo sobre la familia, sujetándose a él y respetándolo, lo tenemos escrito en el poema de la mujer virtuosa de Proverbios 31. Aquí aprendemos que ella sojuzga junto al hombre de manera confiable (31:11), santificada (31:12), diligente (31:13), esforzada (31:15,17), inteligente (31:16), dedicada (31:18), laboriosa (31:19), misericordiosa (31:20), alentada (31:25), sabia (31:26), templada (31:27) y temerosa de Dios (31:30). Y todo esto, respetando a su cónyuge y honrándole como Jesús a Dios Padre.

Para sujetarse a su esposo la mujer tendrá que ser parecida a Cristo, llena del dulce fruto de la mansedumbre, y para respetar a su cónyuge, deberá ser parecida a Jesús, llena del dulce fruto de la humildad. Al igual que en Cristo, su sometimiento al marido no es una sujeción impuesta, sino voluntaria basada en el amor.

Amada mujer, no es un accidente, ni es producto del azar el que hayas nacido como mujer, fue un diseño divino perfecto. Dios lo quiso así para reflejar algo de Su carácter, de Su corazón, de Sus caminos y Evangelio, que no podía ser reflejado de otra manera. Confía en que Su diseño no solo es bueno, sino que bello, gozoso y el mejor posible para ti. Disfruta de ser una mujer para la gloria de Dios.

¿QUÉ SIGNIFICA SER CABEZA?

“Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla...” (Efesios 5:25-26).

¿Qué significa ser cabeza? Amar. ¿Amar como quién? Como Jesús amó y ama a la Iglesia ¿Y cómo ama Cristo a Su esposa, la iglesia? Cristo ama a la Iglesia renunciando a Su propia vida, para santificarla.

Esto quiere decir que una primera condición necesaria para ejercer el rol de cabeza adecuadamente es el amor sacrificial; es renunciar a sí mismo, renunciar a la propia voluntad, renunciar a la búsqueda de comodidad, renunciar al yo. Ya no se trata de tus sueños, tus planes, tus logros, tu trabajo, tu carrera y tu futuro, sino que se trata de la santificación de tu esposa y de tu familia. ¡Hombres, amen como Jesús!, es decir, ¡entréguense a sí mismos por sus esposas y familia! El sacrificio por amor debe ser tu foco.

Ahora bien, así como con la mansedumbre y humildad, el mandato de amar es para todo hijo de Dios, hombres y mujeres, casados y solteros, pero por causa del orden en los roles matrimoniales, esto se enfatiza en el hombre. Esto quiere decir que para ser cabeza en una relación es indispensable no estar centrado en uno mismo y dejar el egoísmo de lado. Un niño es egoísta y piensa en sí mismo, pero no un adulto (al menos, no debería); un adulto tiene responsabilidades; un adulto debe ser como

Dios Padre, que busca levantar al Hijo; un adulto debe ser como Dios Hijo, que busca levantar a la Iglesia. Por tanto, un cabeza de hogar muere a sí mismo para que la esposa y sus hijos crezcan en santidad en el Señor.

Amar como Jesús con Triple Oficio “*Amad a vuestras mujeres.*”

Llevando esto a aspectos más prácticos: ¿Cómo se entregó Jesús a Sí mismo por Su esposa, por nosotros? Sirviéndole con triple oficio, como sacerdote, profeta y rey. Jesús es nuestro Sumo Sacerdote (Hb.9:11), es decir, llevó al pueblo necesitado ante Dios; Jesús es el gran Profeta (Hch.3:22-26), es decir, como Verbo de Dios trajo las palabras de Dios al pueblo; Jesús es Rey (Ap.19:16), es decir, como gobernante supremo, Él peleó por Su pueblo, los protegió y les proveyó todo lo necesario para que tuvieran gozo eterno.

Así también, el hombre cabeza de hogar debe servir a su familia y a los que lo rodean como un pequeño Sacerdote, Profeta y Rey.

a | Sirve como Sacerdote, pastoreando e intercediendo.

Porque todo sumo sacerdote tomado de entre los hombres es constituido a favor de los hombres en lo que a Dios se refiere, para que presente ofrendas y sacrificios por los pecados; para que se muestre paciente con los ignorantes y extraviados, puesto que él también está rodeado de debilidad; y por causa de ella debe ofrecer por los pecados, tanto por sí mismo como también por el pueblo. (Hebreos 5:1-3)

Un sacerdote lleva los problemas del pueblo ante Dios. Un sacerdote conoce el pecado del pueblo, de las personas que lo rodean, y siendo paciente con ellos, lleva todo en oración e intercesión ante Dios, pidiendo clemencia por ellos, como hacía Job por sus hijos (Job 1:5). Para poder hacer eso, según el texto de Hebreos 5, necesitamos:

1) Disponernos a acompañar pacientemente a nuestra familia, llevando los problemas y las luchas de la esposa e hijos ante Dios en intercesión. Como hombres, primero debemos pastorear y escuchar las problemáticas de nuestras esposas e hijos, uno a uno, para así poder interceder ante Dios por sus luchas. Esto es algo que todo creyente en Cristo debería hacer al amar al prójimo, pero respecto a la relación específica del matrimonio, esposo: ¿pastoreas, escuchas e intercedes por tu esposa e hijos?

2) Este pastoreo sacerdotal no se realiza desde una posición arrogante de superioridad, “*puesto que él también está rodeado de debilidad*”. Es decir, el hombre la lleva a cabo desde una posición de comprensión de la propia condición humana caída y lo necesitado que está primeramente él mismo de la gracia de Jesucristo. La Ley de Moisés enfatiza mucho en los rituales de purificación de los propios sacerdotes. Es crucial, entonces, para cumplir el rol sacerdotal, llevar una relación de purificación continua a los pies de Jesús, arrepintiéndose en humildad y practicando también el pedir perdón a la familia por los propios pecados cometidos hacia ellos.

b | Sirve como Profeta, llevando la Palabra de Dios a tu esposa e hijos.

Seguid el amor; y procurad los dones espirituales, pero sobre todo que profeticéis [...] Pero el que profetiza habla a los hombres para edificación, exhortación y consolación. (1ª Corintios 14:1,3)

Un profeta lleva las palabras de Dios al pueblo. Profetizar es ser vocero de Dios. Para ello, requerimos dos elementos básicos, que todo creyente posee hoy en día: el poder del Espíritu Santo y la Biblia. En la Biblia están las palabras de Dios escritas y el Espíritu Santo ocupa Su Palabra para transformar corazones. Todos debemos “procurar profetizar”, es decir, procurar que de nuestra boca salgan palabras de edificación, exhortación y consolación hacia los

que nos rodean; procurar que de nuestra boca salgan palabras bíblicas iluminadas por el Espíritu Santo. Para hacer esto será necesario lo siguiente, según el texto de Corintios:

- 1) El amor (“seguid el amor”), pues implica quitar la mirada de nosotros mismos y centrarnos en los demás y en edificarlos, estando atentos en oración, para saber qué pasaje bíblico nos guía el Espíritu a conversar con nuestra esposa e hijos.
- 2) Ser llenos del Espíritu Santo, pues el texto menciona que ser voceros de Dios es un “don”, un regalo del Espíritu. Todo creyente debe procurar ser cada día más lleno del Espíritu (Ef.5:18-19) y andar menos en la carne (Gal.5:16-26), para ser guiados por Él.
- 3) Ser llenos de las Escrituras, pues es la Palabra de Dios la que edifica, exhorta y consuela al Pueblo de Dios. La lectura diaria y el estudio profundo de las Escrituras, tanto personal como grupal, es labor fundamental para el hombre, pues es responsabilidad del hombre ser vocero de Dios en la familia (Ef.6:4). ¿Alimentas con Palabra de Dios a tu matrimonio y familia? Aún más, ¿siquiera te alimentas a ti mismo diariamente con la Biblia? Si no buscas diariamente a Dios, ¿qué alimento le vas a estar dando a tu familia?

Por último, el hombre no solo debe *conocer* al Señor y Su Palabra, y *predicar* a Cristo y las Escrituras, sino que el profeta también debe *asumir* el costo de lo que implica ser vocero de Dios. Esto incluye el costo del esfuerzo, de ser menospreciado, de ser ignorado e incluso perseguido. El costo de predicar resulta evidente al ver la Cruz de nuestro Señor, el vocero y profeta perfecto de parte de Dios.

c | Sirve como Rey, protegiendo y proveyendo para tu familia.

Todos los reyes se postrarán delante de él; Todas las naciones le servirán. Porque él librará al menesteroso que clamare, y al afligido que no tuviere quien le socorra. Tendrá misericordia del pobre y del

menesteroso, y salvará la vida de los pobres. De engaño y de violencia redimirá sus almas, y la sangre de ellos será preciosa ante sus ojos. (Salmo 72:11-14)

Es usual escuchar en el medio cristiano que un hombre debe ser un “sacerdote del hogar”, pero nadie se atreve a decir que también debe ser un “rey del hogar”, pues el término “rey” es generalmente malentendido. En este mundo caído, el concepto de “rey” implica solo dar órdenes, siendo objeto de privilegios especiales, e incluso connotando abuso de poder y tiranía. No obstante, nuestro Rey de reyes nos mostró con Su propio ejemplo lo que implica gobernar en santidad: Él descendió del trono y se hizo siervo, dando Su vida por nosotros (Mt.20:27-28, 23:11, Fil.2:5-8). Ser un pequeño rey, a imagen y semejanza del gran Rey, implica estar al servicio de la familia, para el crecimiento físico y espiritual integral de todos ellos.

Notemos cómo el Salmo 72 saca a relucir el hecho de que el gran Rey de reyes no fija Sus ojos en los poderosos y fuertes como lo hacen los reyes caídos de este mundo, sino que en los más débiles y desvalidos. Jesús mismo continuamente hizo centrar la mirada de Sus discípulos en esos más desvalidos, siendo los niños uno de sus focos principales (Lc.9:48). Lamentablemente, muchísimos hombres ven a los niños y el cuidado de ellos como un estorbo que derivar a las mujeres, cuando como pequeños gobernantes deberían entenderlos como el objeto central de la mirada de Jesús. Y esto no solo sucede con los hijos propios, que obviamente son la responsabilidad prioritaria de un padre, sino que también con los demás niños, en especial si son huérfanos y vulnerados.

Un buen gobernante *protege* a su pueblo, a sus hijos, a su esposa. No es enemigo de su esposa, sino que la protege del enemigo que es Satanás y el pecado. No mires a tu esposa como tu enemiga, pues ella es la compañera que debes proteger, por cuya santidad debes luchar, así como Cristo luchó por la santidad de la Iglesia. Jesús, siendo rey,

se hizo siervo y vino a lavar nuestros pies, y así también, en tu oficio de rey, debes servir a tu familia y *proveerles* todo lo necesario, bio-psi-co-social y espiritualmente, para que crezcan santamente en el Señor. Eso significa proveerles tanto en lo afectivo como en lo material.

Por tanto, un cabeza de hogar trabaja dura y continuamente, siguiendo el ejemplo de Dios Padre. Trabaja para proveer comida y dinero, y cuando llega a la casa trabaja para proveer emocional y espiritualmente a la familia. Un cabeza de hogar se levanta primero y se duerme al final, no desperdiciando el tiempo en pantallas, sino orando y buscando al Señor, como buenos administradores del tesoro que Dios nos asignó: una preciosa esposa que es carne de nuestra carne y hueso de nuestros huesos, y preciosos hijos que son como flechas en manos de un arquero. Un cabeza de familia es un siervo que debe negarse a sí mismo y morir a su propia vida para que su esposa e hijos sean santificados en el Señor.

En conclusión, Adán, no le echas la culpa a Eva: ¡Tú eres el responsable de tu matrimonio y familia! Si Eva come del fruto prohibido, ¿a quién llamará Dios primero a terreno? A ti. Por tanto, ama sacrificándote por tu esposa y familia, así como Cristo lo hizo por Su Iglesia siendo sacerdote, profeta y rey.

Con Carácter Apacible

“No seáis ásperos con ellas.”

Maridos, amad a vuestras mujeres, y no seáis ásperos con ellas. (Colosenses 3:19)

Si todo lo dicho hasta aquí ya parecía más que difícil, ahora se nos añade una instrucción más: Todo ese trabajo duro no lo hagas como bestia, con rudeza y amargura, sino como Cristo, con apacibilidad, con dulzura y suavidad, para honrar a la mujer y para tener una relación con

Dios despejada. Sin duda, para lograr esto requeriremos de una dependencia diaria de Cristo, yendo a Él día a día en oración y humildad, rogando que Su vida se manifieste a través de nuestra vida, pues no está en nuestra carne caída ser como Él. Pero, por el poder del Espíritu, sí iremos santificándonos cada día más, hasta que la obra sea completada en nosotros (Fil.1:6).

Vosotros, maridos, igualmente, vivid con ellas sabiamente, dando honor a la mujer como a vaso más frágil, y como a coherederas de la gracia de la vida, para que vuestras oraciones no tengan estorbo. (1ªPedro 3:7)

Esposo, ¿tienes tu relación con Dios endurecida y fría?, ¿no será que no has amado y has actuado ásperamente con tu esposa, no honrándola? Si es así, ahí está el motivo de tus oraciones estorbadas.

Respecto a dar honor a la mujer, dice: *“dando honor a la mujer como vaso más frágil”*. La mujer tiene menos fuerza física que los hombres, pues no tienen nuestra testosterona. La mayor fragilidad física da cuenta de la gran belleza y gracia con la cual Dios dotó a nuestras mujeres para gloria de la hermosura de Jesucristo. Esto no significa que sean débiles emocional o mentalmente, pero sí significa que debemos ocupar nuestra fuerza física para servirles y no para amedrentarlas. En este mandato está implicada la caballerosidad: los jóvenes deben aprender a dar el asiento a las damas primero, a ser caballeros y serviciales, a ser el último hombre en saltar del barco y ayudar primero a niños y mujeres.

Conclusión

¿Qué es la masculinidad? La masculinidad es la conciencia de la responsabilidad de proteger, proveer y guiar a mujeres y a niños con una voluntad (disposición) de amor sacrificial. Masculinidad es responsabilidad.

¿Cuál es, entonces, el rol del hombre en el matrimonio? El hombre es

cabeza en la relación matrimonial, por lo cual debe morir a sí mismo, tal como hizo Cristo, para que su esposa sea santificada.

Esto NO significa: ser distinto en naturaleza o esencia humana respecto a la mujer; son de la misma especie. Tampoco que pueda y deba enseñorearse sobre la mujer mandoneando, ejerciendo abuso de poder o siendo áspero y rudo.

Ser cabeza SÍ significa: Ejercer nuestro liderazgo como siervos, como lo hizo Jesús. Entender y asumir nuestra responsabilidad ante Dios con temor y temblor. Amar a nuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia, siendo sacerdote, profeta y rey. Morir plenamente a nuestra propia vida, para servir a la esposa, a la familia, a la iglesia y a la sociedad. Y todo esto, con apacibilidad de carácter.

Claramente, lo anterior resulta imposible de realizar como hombres caídos, por lo cual necesitamos urgente y diariamente de una relación de dependencia y búsqueda de Jesús, pues necesitamos un milagro diario del Espíritu Santo en nosotros.

LA IMAGEN DE DIOS FORMADA EN NOSOTROS

Dios nos creó a Su imagen y semejanza en cuanto a relaciones, roles y atributos comunicables. Sin embargo, el ser humano cayó, y desde entonces todas nuestras relaciones están llenas de pecado y maldición. ¿Podemos recuperar la semejanza a Dios perdida en el Edén? Sí, en Jesucristo: “Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación.” (Colosenses 1:15)

Partimos el libro insistiendo en la necesidad de enfocar toda nuestra vida en glorificar a Dios. ¿Y cómo glorificamos a Dios? “*En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos.*” (Juan 15:8) ¿Y qué es necesario para que demos un buen fruto?

No es buen árbol el que da malos frutos, ni árbol malo el que da buen fruto. Porque cada árbol se conoce por su fruto; pues no se cosechan higos de los espinos, ni de las zarzas se vendimian uvas. El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo bueno; y el hombre malo, del mal tesoro de su corazón saca lo malo; porque de la abundancia del corazón habla la boca. (Lucas 6:43-45)

Para que haya un buen fruto se requiere un corazón que valore el “buen tesoro”, el tesoro correcto, que es Jesucristo y Su Reino. Un corazón que valora a Jesucristo y Su llamamiento, teniéndolo a Él como primer amor y máximo privilegio, vivirá una vida que honre a Dios en todo, también en los roles de hombre y mujer, por muy contraculturales que éstos sean.

Por el contrario, un corazón que deja de valorar a Jesús como principal tesoro, empezará a buscar la satisfacción, amoldándose a las pasiones de la carne y los deseos del mundo. Fruto de una vida que no se deja guiar por el Espíritu Santo surgirán las obras de la carne (Gál.5:17-21). ¿De dónde salen las acciones pecaminosas? Del corazón humano que constantemente desea. Si no amamos a Cristo como primer amor, no crucificaremos nuestras pasiones, deseos y preconcepciones humanistas, dando como fruto las obras de la carne. En cambio, si le valoramos y vivimos agradecidos de Su misericordioso llamamiento, estaremos dispuestos a morir a nuestros malos deseos, llevando así el dulce fruto del Espíritu en nosotros (Gál.5:22-23).

Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu. (Gálatas 5:24-25)

En resumen:

Glorificamos a Dios dando fruto, y damos buen fruto cuando nos dejamos guiar por el Espíritu, valorando a Jesucristo como nuestro máximo bien y deleite. Jesucristo nos mostró en cuerpo humano, quién es Dios y cómo es Él. Jesús nos mostró el camino, pero a la vez Él es el camino. El mandato a la Iglesia es estar EN Jesús, para ser como Él. En Jesús, estando En Su cuerpo, recuperamos la forma trinitaria de relacionarnos, y así también recuperamos los roles perdidos en el Edén.

Al perseverar apegados a la Vid que es Cristo, nuestra vida se irá renovando día a día por el poder del Espíritu Santo, quien nos conformará de acuerdo al plan original, a la imagen de Jesús, que es la imagen misma de la sustancia de Dios (Heb.1:3).

“... Habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno ... Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad,

de humildad, de mansedumbre, de paciencia; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto.”
(Colosenses 3:9-10,12-14)

Preguntas de Reflexión

CAPÍTULO III

-
- ¿Qué desprendemos del relato de Génesis 1 y 2 respecto al hombre y la mujer? ¿En qué son iguales y en qué no?
 - ¿Cuál es el ejemplo que nos deja la relación trinitaria para una adecuada relación matrimonial?
 - ¿Cuál es el rol del hombre según la Palabra de Dios?
 - ¿Cuál es el rol de la mujer según la Palabra de Dios?
 - ¿Qué hacer cuando el cónyuge no cumple el rol asignado por Dios?

CAPÍTULO IV

EL MATRIMONIO

“¿No habéis leído que el que los hizo al principio, varón y hembra los hizo, y dijo: Por esto el hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne? Así que no son ya más dos, sino una sola carne; por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre.”

• Mateo 19:4-6 •

EL PACTO MATRIMONIAL

Juntos como Una sola Carne

Aconteció que cuando Jesús terminó estas palabras, se alejó de Galilea, y fue a las regiones de Judea al otro lado del Jordán. Y le siguieron grandes multitudes, y los sanó allí. Entonces vinieron a él los fariseos, tentándole y diciéndole: ¿Es lícito al hombre repudiar a su mujer por cualquier causa? (Mateo 19:1-3)

En el capítulo 19 de Mateo, Jesús profundiza en la esencia de la vida matrimonial. La ley de Moisés decía en Deuteronomio 24:1-4 que “cuando alguno tomare mujer y se casare con ella, si no le agradare por haber hallado en ella alguna cosa indecente, le escribirá carta de divorcio, y se la entregará en su mano, y la despedirá de su casa.” Esto, por supuesto, llevó a todo tipo de excesos y separaciones matrimoniales.

Los fariseos, que eran expertos en discutir acerca de las minucias de la ley, debatían si estas causales “indecentes” que permitían al hombre repudiar a la mujer eran cosas específicas, o se referían, más bien, a cualquier causa. Probablemente pensaron que interrogar a Cristo respecto a esta cuestión lograría dejarlo en jaque, pero la respuesta sin duda los descolocó.

Él, respondiendo, les dijo: ¿No habéis leído que el que los hizo al principio, varón y hembra los hizo, y dijo: Por esto el hombre

dejará padre y madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne? Así que no son ya más dos, sino una sola carne; por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre. (Mateo 19:4-6)

Cristo los llevó a la época pre-mosaica, al paraíso edénico, al mismísimo plan original de Dios, y ocupó esto como punto de referencia. Analicemos con detenimiento estos tres versículos:

- *“Varón y Hembra los creó.”*

El plan original perfecto del creador era que el matrimonio esté conformado entre un hombre y una mujer. Si bien hoy en día se busca legalizar todo tipo de relaciones a base de la igualdad, no cabe duda de que la unión entre hombre y mujer siempre ha sido y seguirá siendo la única unión bendecida por Dios que traerá un fruto de vida, engendrando nuevos seres humanos.

- *“Dejará el hombre a padre y madre, y se unirá a su mujer.”*

La conformación del matrimonio como un nuevo núcleo familiar debe hacerse, en la medida de lo posible, con independencia espacial, económica y emocional de las familias progenitoras, para así formar un nuevo hogar con identidad única.

- *“Ya no son dos, sino una sola carne.”*

Al casarnos, ya no tenemos un “mío” o un “tuyo”, sino un “nuestro”. Ya no es “mi dinero” y “tu dinero”, pues ahora se comparte todo: riqueza y pobreza. Ya no es individualidad, sino un caminar juntos. Si uno está enfermo, ambos viven la enfermedad, si uno se alegra, ambos se alegran, y si uno tiene hijos, ahora son de los dos. Ya no es un “tú” y un “yo”, sino que un “nosotros”, una sola carne

Juntos formarán una entidad nueva, sinérgica, más fuerte que simplemente la suma de las partes. El plan perfecto de Dios en esta área implica

no solo una unidad en espacio físico o en intimidad sexual, sino que también una unidad del alma y del espíritu, siendo estas últimas dos las más difíciles de lograr. La unidad del alma implica conformar una unidad intelectual, emocional y de voluntad, lo que demandará mucha comunicación diaria, total transparencia, absoluta entrega mutua y, obviamente, la decisión voluntaria de morir a la individualidad “no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros.” (Filipenses 2:3-4)

Por otro lado, la unidad espiritual solo se logra si en primer lugar ambos son hijos de Dios, pues si tal no es el caso, están espiritualmente muertos. No obstante, para los hijos de Dios tampoco es tema sencillo conseguir la unidad, pues requerirá el elemento indispensable de que como matrimonio se sujeten a la palabra en obediencia y oración. Leer las Escrituras y buscar de Dios juntos en oración marcará la diferencia entre un matrimonio y otro, pues la pareja que esté unidad espiritualmente en dependencia a Dios sorteará con solidez los tiempos de crisis y de tormenta.

- *“Lo que Dios juntó.”*

La palabra griega ocupada en esta frase para “juntó” (*gr.suzeúgnumi*) se traduce literalmente “uncir al mismo yugo”, haciendo referencia al acto de amarrar a dos bueyes a una misma viga para conformar una yunta de bueyes. De ahí viene la palabra *cónyuges*, uncidos al mismo yugo. Vale la pena destacar dos cosas en este punto:

Dios es el que junta. Las personas se disponen, pero es el Creador el que los amarra a un mismo yugo. ¿Para qué los juntó? Para Su gloria. Es decir, el propósito de cada cual debe ser que su cónyuge conozca más al Señor, lo ame y disfrute de Él.

En segundo lugar, la yunta de bueyes es en esencia una fuerza de trabajo. Juntos pueden más que solos, juntos pueden arrastrar más carga y compartirla. Tal vez solos van más rápidos, pero juntos pueden llegar más lejos. No obstante este privilegio, es todo un desafío aprender a caminar a la par, como *una sola carne*, como se expuso en el punto anterior.

La vida matrimonial no es fácil, porque cuesta morir al ritmo individual, para aunarse en un solo paso como pareja. Cuando un matrimonio no muere a la individualidad, éste se torna en una relación en la que dos personas simplemente viven juntas, pero caminan por separado. No hay unidad ni unanimidad.

El problema de esto es que ya están amarrados al mismo yugo y por mucho que hagan vista gorda de ello, caminando a destranco, invariablemente se herirán el uno al otro. El egoísmo, el orgullo, la soberbia, la mentira, la frialdad, la falta de comunicación, la violencia, el desinterés, la infidelidad, es decir, el pecado, destruye este hermoso “*uno compuesto*”, y hace que los matrimonios se tornen simples individuos que viven juntos. Con esta dinámica, ellos tal vez logren sentirse un poco acompañados, pero están lejos de alcanzar la belleza del máximo potencial de un matrimonio.

El arte del matrimonio reside en buscar con intensidad ir al mismo paso, lo que implicará recurrentemente detenerse para dejar descansar al otro, perdonar, dejar a un lado el egoísmo, y ser pacientes, es decir, implicará amar con decisión y no solo con emoción. Esto solo se logrará si ambos dejan de mirarse a sí mismos, y elevan la mirada a Cristo, procurando caminar siguiendo los pasos de Jesús. Al parecerse más a Cristo, por obra del Espíritu Santo, los cónyuges se parecerán también más entre sí, caminando día a día con mayor unidad y unanimidad. Verdaderamente no es un camino fácil, pero la recompensa de lograr ir a la par es grande, pues “*uno solo puede ser vencido, pero dos pueden resistir. ¡La cuerda de tres hilos no se rompe fácilmente!*” (Eclesiastés 4:12)

Un Pacto de por Vida - “*No lo separe el hombre.*”

Si Dios es el que unce al mismo yugo, ¿por qué osaría un hombre desamarrarlo? Generalmente porque no entiende la connotación de **pacto** que tiene el matrimonio.

En la cultura actual, la unión matrimonial es considerada desechable y pasajera. Se casan y se “descasan” prácticamente con la misma fre-

cuencia, pues el matrimonio en sí mismo no es considerado más que un contrato con responsabilidades limitadas entre los contrayentes. Pero un contrato es muy distinto a un pacto: Un contrato establece condiciones para mantenerse unidos, mientras que el pacto es un compromiso incondicional e ilimitado, hasta que la muerte separe a los cónyuges.

Para el Señor, el matrimonio es un pacto en el que tanto el hombre como la mujer juramentan ante Dios un compromiso mutuo y fidelidad de por vida. De hecho, por eso se realiza una ceremonia especial en la que ambos novios se juran solemnes votos de amor incondicional, entendiendo que ambos saben que vendrán tiempos futuros difíciles para la relación, pero en última instancia la palabra dada y prendada, el pacto contraído, ayudará a sostener el vínculo.

En la Biblia vemos que el plan de Dios no es el de un contrato desechable. El pueblo de Israel, al igual que en nuestra sociedad, empezó a tener matrimonios desechables, por lo que Dios los reprendió severamente a través del profeta Malaquías:

... Jehová ha atestiguado entre ti y la mujer de tu juventud, contra la cual has sido desleal, siendo ella tu compañera, y la mujer de tu pacto. ¿No hizo él uno, habiendo en él abundancia de espíritu? ¿Y por qué uno? Porque buscaba una descendencia para Dios. Guardaos, pues, en vuestro espíritu, y no seáis desleales para con la mujer de vuestra juventud. Porque Jehová Dios de Israel ha dicho que él aborrece el repudio, y al que cubre de iniquidad su vestido, dijo Jehová de los ejércitos. Guardaos, pues, en vuestro espíritu, y no seáis desleales. (Malaquías 2:14-16)

¡No miraré más las ofrendas de ustedes, porque faltaron a su pacto matrimonial! ¡Qué tremenda maldición trae sobre una nación tener matrimonios desechables! Proverbios 2:16-18 dice que la casa de la mujer que abandona al compañero de su juventud, olvidándose del pacto que hizo ante Dios, será inclinada hacia la muerte. ¡Claramente el matrimonio no es algo que podamos tomar a la ligera!

Como estudiábamos en la carta a los Efesios, Pablo compara el amor que el esposo debe tener por su esposa con el amor que tiene Cristo por Su Iglesia (Efesios 5:25-32). Es decir, estamos ante un amor ilimitado y sin condiciones, que no depende de lo que el otro haga, sino de la palabra pactada ante Dios. El matrimonio es un vínculo que no admite posterior separación.

Continuando con el capítulo 19 de Mateo, leemos: *“Le dijeron: ¿Por qué, pues, mandó Moisés dar carta de divorcio, y repudiarla? Él les dijo: Por la dureza de vuestro corazón Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres; mas al principio no fue así.”* (Mateo 19:7-8)

Después de todo lo visto, la pregunta obvia es: ¿por qué entonces dio Moisés una ley que podría traer perjuicio para la sociedad? La respuesta de Jesús es bastante aclaratoria respecto a la ley de Moisés: él permitió ciertas leyes por la dureza del corazón de los israelitas, pero éstas distaban mucho de la perfección original.

Ésta fue, de hecho, una temática frecuente en las predicaciones que efectuó Cristo, por ejemplo, en el Sermón del monte, descrita en Mateo 5 al 7, en donde Jesús dice recurrentemente: *“Ustedes oyeron, pero yo les digo...”* Al proclamar el Evangelio del Reino de Dios, Cristo eleva el estándar de la ley moral de Moisés, apuntando no solo a lo externo, sino que también al corazón y la perfecta santidad.

Por ejemplo, enseñó: *“Oísteis que fue dicho: No cometerás adulterio. Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón.”* (Mateo 5:27-28) El nivel de santidad que demanda Dios para una relación matrimonial no se encuentra solo en hechos externos, sino que, más bien, en el corazón. Recordemos que nuestro principal mandamiento es amar a Dios con todo nuestro corazón, alma y mente (Mateo 22:37), tres elementos invisibles al ojo humano, pero muy presentes ante el Señor.

“Y yo os digo que cualquiera que repudia a su mujer, salvo por causa de fornicación, y se casa con otra, adultera; y el que se casa con la

repudiada, adultera. Le dijeron sus discípulos: Si así es la condición del hombre con su mujer, no conviene casarse. Entonces él les dijo: No todos son capaces de recibir esto, sino aquellos a quienes es dado. Pues hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre, y hay eunucos que son hechos eunucos por los hombres, y hay eunucos que a sí mismos se hicieron eunucos por causa del reino de los cielos. El que sea capaz de recibir esto, que lo reciba.” (Mateo 19:9-12)

Cristo enseñó que las personas no deberían romper el vínculo divino del matrimonio, por lo que considera a las segundas nupcias como adulterio (Lucas 16:18, Mateo 5:32). La única posibilidad que Cristo pareciera dar para divorciarse y volver a casarse es un caso particular y definido, referenciado así en el texto: *“salvo por causa de fornicación”*.

Esta frase es compleja de interpretar. Podría obedecer al contexto judío específico en el que si en su noche de bodas se descubría que una mujer no era virgen, esto resultaba en un crimen penado con la muerte (Dt.22:20-21) y podía ser repudiada. En esa dirección, algunos niegan toda posibilidad de divorcio (en tanto actualmente ese ejemplo ya no es visto como un crimen). No obstante, otros aceptan un divorcio eventual, homologando la frase “salvo por causa de fornicación” al hecho de ser víctima de una relación adúltera obstinada, perseverante y sin arrepentimiento por parte del cónyuge (es decir, homologan el término fornicación al adulterio matrimonial). Por último, otros interpretan la frase entendiendo que admite un divorcio que implica un traspaso de la Ley mosaica, por lo cual se podría aceptar el divorcio realizando un paralelismo con casos criminales penados actualmente por la ley (por ejemplo, si un cónyuge resulta ser un abusador pedófilo, un violador o un asesino).

En lo concreto, resulta imposible trazar una clara línea divisoria en el tema, pues cada caso representa un mundo completo de diversos factores. Pero sí podemos obtener de este texto el siguiente principio general: Nuestra tendencia central debe ser la de luchar por la restauración y con-

tinuación matrimonial, y no el divorcio, aunque reconociendo que existen algunos pocos casos excepcionales que podrían ameritar un divorcio.

Esta misma frase nos lleva a otro tema complejo, el de las segundas nupcias. “*Cualquiera que repudia a su mujer, salvo por causa de fornicación, y se casa con otra, adultera*”. En la misma dirección previamente establecida, así como nuestra tendencia debe ser a un “no al divorcio”, también nuestra tendencia a las segundas nupcias debe ser cuidadosa, entendiéndolas más como algo excepcional que como la norma. De hecho, 1ª Corintios 7 procura animar a la persona divorciada a permanecer soltera en Cristo de por vida. Todo esto, entendiendo que no es el plan divino original, pues Cristo enseñó que las personas no debieran romper el vínculo con el cual Dios los unió.

Esta enseñanza era extrema ya en su época, por lo que los discípulos concluyen: *¡mejor no casarse!* No obstante, Cristo responde que no todos son capaces de esta abstinencia sexual. Solo unos pocos que nacieron así, fueron hechos así a la fuerza, o decidieron vivir en abstinencia por causa del Reino de los Cielos.

El texto matrimonial de 1ª Corintios 7 sigue la misma línea, diciendo:

Pero a los que están unidos en matrimonio, mando, no yo, sino el Señor: Que la mujer no se separe del marido; y si se separa, quédese sin casar, o reconciliase con su marido; y que el marido no abandone a su mujer. (1º Corintios 7:10-11)

¿Cuál es aquí la ordenanza general de parte de Dios? “*No se separen*”. Y si se separan, Pablo da en este capítulo solo tres opciones a los separados: 1) No volverse a casar. 2) Reconciliarse y volver con el cónyuge. 3) Si el cónyuge muere, puede volver a casarse, con tal que sea una persona cristiana en “*yugo igual*”:

La mujer casada está ligada por la ley mientras su marido vive; pero si su marido muere, libre es para casarse con quien quiera, con tal que sea en el Señor. (1º Corintios 7:39).

¿Y qué pasa si mi conversión fue posterior a mi proceso de divorcio o segundas nupcias? Como todo eso fue llevado a cabo estando en tinieblas, sin claridad espiritual, Pablo recomienda que “*cada uno, hermanos, en el estado en que fue llamado, así permanezca para con Dios.*” (1º Corintios 7:24). Es decir, debemos intentar construir desde la conversión en adelante, construir un sistema matrimonial y familiar bajo los parámetros y las responsabilidades que Dios establece.

¿Y qué pasa si uno se convierte estando casado y el cónyuge no quiere seguir al Señor? ¿Debe el cristiano separarse de su cónyuge inconverso porque éste no está en Cristo? Pablo solicita a los cristianos no dejar a su cónyuge inconverso:

Porque ¿qué sabes tú, oh mujer, si quizá harás salva a tu marido? ¿O qué sabes tú, oh marido, si quizá harás salva a tu mujer? (1º Corintios 7:16).

Por lo tanto:

Si algún hermano tiene mujer que no sea creyente, y ella consiente en vivir con él, no la abandone. Y si una mujer tiene marido que no sea creyente, y él consiente en vivir con ella, no lo abandone [...] Pero si el incrédulo se separa, sepárese; pues no está el hermano o la hermana sujeto a servidumbre en semejante caso, sino que a paz nos llamó Dios. (1º Corintios 7:12-13,15).

Es decir, la decisión de separación no recae sobre nosotros, los hijos de Dios, porque un cristiano siempre debe procurar no separarse, sino que la decisión recaerá sobre el incrédulo.

Toda esta idea de que el matrimonio es inseparable tiene su base en la noción del matrimonio como un Pacto, cuya lógica se sostiene en la el propósito de fondo del matrimonio, que analizaremos en el siguiente punto.

EL PROPÓSITO DEL MATRIMONIO

El Gran Misterio

Someteos unos a otros en el temor de Dios. Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador. Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo. Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha. Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama. Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia, porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia. Por lo demás, cada uno de vosotros ame también a su mujer como a sí mismo; y la mujer respete a su marido. (Efesios 5:21-33)

Este pasaje contiene, por un lado, ordenanzas claras y prácticas para los matrimonios, pero, por otro, también nos habla del propósito de fondo de esta institución. Ya analizamos las ordenanzas prácticas para la vida marital, así que procedamos ahora a ver el propósito del matrimonio.

En esta instrucción matrimonial, Pablo entreteje durante todo el pasaje la unión entre Cristo y la Iglesia, ocupándola como referente y guía. Desafía a las mujeres a sujetarse a sus maridos como la Iglesia a Cristo y a los esposos a amar como Cristo ama a la Iglesia. De esta manera, nos muestra que el matrimonio terrenal entre un hombre y una mujer solamente prefigura algo muchísimo más glorioso y duradero: la unión de Cristo con Su Iglesia. El centro del texto no es el matrimonio propiamente tal, sino la relación superior y espiritual que esta institución representa: la unión eterna entre Cristo y Su Iglesia.

El texto de Génesis 2:24 (Ef.5:31) adquiere un significado más profundo cuando lo referimos a la relación entre Cristo y la Iglesia, la que, a su vez, es modelo de la relación entre los esposos. *“Grande es este misterio, pero yo digo esto respecto a Cristo y la Iglesia.”* (Efesios 5:32) El misterio no es cómo el hombre y la mujer se vuelven una sola carne, sino que cómo Cristo, el Dios-hombre, se complace en hacer de la Iglesia Su cuerpo por la eternidad.

“Yo les doy vida eterna, y no perecerán jamás, y nadie las arrebatará de mi mano.” (Juan 10:28) Cristo nunca permitirá que poder alguno separe a Su esposa de Él, pues está unido a ella de manera indisolublemente bajo un pacto divino. *“Y si me fuere y os prepararare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis.”* (Juan 14:3) La iglesia estará eternamente unida a Jesús, porque Dios así lo juró (Gal.3:15, Heb.6:17-18): *“Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor.”* (1° Tesalonicenses 4:17) Así que el propósito divino de fondo al crear la institución del matrimonio fue prefigurar la misteriosa unión indisoluble de Jesús con Su Iglesia.

Como vimos en una lección anterior, cuando en el Edén Dios dijo que *“no es bueno que el hombre esté solo”* (Gn.2:18) y crea a la mujer, estaba de hecho haciendo una declaración más profunda y futura: el ser humano necesitaría a Cristo. Una vez llegado Jesús, el bien mayor y supremo, Pablo proclama a la Iglesia que *“bueno le sería al hombre no tocar mujer”* (1° Cor. 7:1), pues en Cristo no necesitamos más, sino que estamos completos y plenos.

Probablemente, por esto es que *“en la resurrección ni se casarán ni se darán en casamiento, sino serán como los ángeles de Dios en el cielo”* (Mateo 22:30), pues la Iglesia ya estará casada definitivamente con Cristo. Por tanto, la institución matrimonial está destinada a desaparecer una vez que se concrete la unión que prefigura Cristo con Su Iglesia. Así entonces, es de la relación arquetípica entre Jesús y Su pueblo de donde debemos extraer los principios modelo para la vida matrimonial, entendiendo que el propósito del matrimonio es reflejar la unión de Cristo con Su Iglesia.

Círculo de Desamor

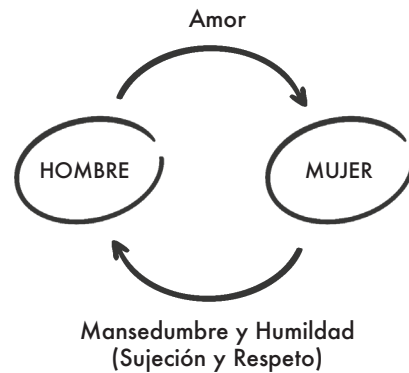
Dios nos manda a vivir los roles de esposa y esposo que leemos Efesios 5 con el propósito de indicar y prefigurar, a través de nuestra relación marital, la unión eterna entre Cristo y la Iglesia.

Por lo demás, cada uno de vosotros ame también a su mujer como a sí mismo; y la mujer respete a su marido. (Efesios 5:33)

Analicemos el texto de Efesios 5, conectando la lección anterior de roles con la lección presente de matrimonio. Detengámonos en aspectos más concretos y prácticos de lo mandado por Dios a esposa y esposo.

Desde la perspectiva del receptor o beneficiario de aquel mandato, podemos decir que el hombre es altamente sensible y receptivo al respeto, pues los logros tienen un alto valor para él. En cambio, la mujer es

altamente sensible y receptiva al amor, pues los afectos y la relación en sí tienen un alto valor para ella. Por ende, si el círculo de retroalimentación positiva de amor, sujeción y respeto es cortado por una de las partes, invariablemente la pareja va a sufrir.



El hombre, frente a la falta de respeto en palabras o en el actuar diario, se sentirá profundamente frustrado. En cambio, si su esposa lo admira y respeta, tomando en cuenta su opinión y afirmándolo con palabras positivas, se sentirá gozoso. Por otro lado, la mujer, frente a la falta de amor expresado en tiempo de calidad, palabras cariñosas o caricias, se sentirá frustrada y poco valorada. En cambio, si su esposo le expresa de distintas maneras su amor, se sentirá llena de vida. Por tanto, hay una necesidad mutua en el matrimonio, en tanto el esposo requiere del respeto de la esposa y la esposa requiere del amor del esposo.

El problema del mundo caído es que en vez de obedecer a Dios y sujetarnos a los roles que en Su sabiduría Él designó a hombre y mujer, cada cual hace lo que bien le parece. De esta forma, vemos a muchos hombres que, en vez de ejercer un liderazgo de amor en el triple oficio, más bien están ausentes o violentan ejerciendo opresión, sin entender que el Rey de reyes fue a la cruz como siervo por Su esposa. Este pecado de enseñoramiento y utilitarismo es el llamado “machismo”.

Por otro lado, muchas mujeres, en vez de sujetarse y respetar al hombre como lo hace Cristo, toman el control de todo y arrinconan al hombre en una posición insignificante para la familia. No toman en cuenta sus opiniones, sino que atormentan al esposo con palabras destructivas y sostienen tener siempre la razón. Este pecado de rebeldía es el llamado “feminismo”.

El machismo, en su carencia de amor, plantea un enseñoramiento de parte del hombre sobre la mujer. Por otro lado, el feminismo, en su carencia de mansedumbre y humildad, plantea una “vuelta de la tortilla” y una rebelión de la mujer sobre el hombre. Ambas alternativas son carnales y constituyen respuestas pecaminosas al dolor provocado por el pecado, tanto el ajeno como el propio. Ninguna de estas alternativas indica ni prefigura la unión eterna entre Cristo y la Iglesia.

Un ejemplo clásico de círculo destructivo de desamor y falta de respeto es el que sigue: El hombre se dedica a trabajar y expresa poco cariño o afecto. La esposa responde a esto con reclamos y críticas. El esposo se frustra porque ella le exige siempre más de lo que él da, por lo que le demuestra menos afecto aún. Ella se siente despreciada porque él ya no la ama como antes. El esposo empieza a ausentarse más y más de las decisiones familiares para evitar tener conflictos, y ella toma todas las decisiones del hogar, llegando a ser “como un hijo más en la casa”. De esta forma, la pareja empieza a distanciarse cada vez más, hasta que ambos piensan que están en un camino sin retorno a la separación.

Se cumple así la maldición de Génesis 3:16 en la que ella desea el amor de él (“*tu deseo será para tu marido*”), pero él se enseñorea, pues desea la sujeción de ella, buscándola a la fuerza (“*y él se enseñoreará de ti*”). El círculo del plan relacional perfecto de Dios ha sido invertido: él debe amarla, pero no lo hace, sino que se enseñorea egocéntricamente; ella debe sujetarse y respetar, pero no lo hace, sino que lo critica con envidia y anhelo. En vez de haber amor sacrificial en el hombre hacia la mujer, vemos que abunda el egoísmo, la indiferencia, la negligencia y la violencia física. En vez de haber sujeción y respeto en la mujer hacia el hombre, vemos que abunda el juicio, la envidia, la murmuración, la rebeldía y la violencia verbal.

Restauración en el Arrepentimiento

¡Cuán distinto es el ejemplo que nos da la Trinidad y el amor incondicional de pacto entre Cristo y la Iglesia! Jesús hizo pacto con la Iglesia en la Cruz a base de Su propia sangre, lo que es simbolizado en la hermosa y humilde ceremonia de la Cena del Señor. En la época de Cristo los novios se comprometían a casarse bajo juramento, y sellaban ese desposamiento tomando ambos jóvenes de la misma copa de vino. El pretendiente tomaba primero de la copa, y si luego ella bebía de la misma copa, significaba que concordaba y, por tanto, sellaba el acuerdo.

De igual manera, después que hubo cenado, tomó la copa, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derrama. (Lucas 22:20)

Jesús hizo un pacto de unión con nosotros a base de Su sangre, demostrándonos amor completo e incondicional con Su entrega en la Cruz. Así también nosotros, la Iglesia, debemos demostrar amor a Cristo por medio de la entrega completa e incondicional a Él en obediencia a Su palabra. En este caso, cumpliendo los roles matrimoniales asignados por Él.

¿Cómo poder vivir el plan de Dios en nuestros matrimonios y cortar con los círculos viciosos de desamor y falta de respeto?, ¿cuál es el remedio? Arrepentirse de su propio pecado y obedecer cada cual los roles que fueron asignados por Dios, independientemente del actuar del otro, viviéndolos para la gloria de Dios, buscando indicar con nuestro matrimonio la unión eterna entre Cristo y la Iglesia. Pero el problema es que como seres humanos caídos no queremos ni podemos hacerlo (Rom.8:7).

Todo cristiano debe tener en mente el foco y propósito final del matrimonio, que es emular y simbolizar la unión eterna indivisible entre Cristo y Su Iglesia. La pregunta es, ¿cómo hacerlo? Al respecto, la Biblia es tajante: Solo podemos vivir en obediencia a Dios si Él regenera nuestro corazón y escribe por medio de Su Espíritu Santo Su ley en nuestros co-

razones (Ez.36:26-27). Observemos el siguiente versículo de Romanos 15 referente a cómo tener el sentir de Cristo de no agradarse a Sí mismo:

Ni aun Cristo se agradó a sí mismo... Pero el Dios de la paciencia y de la consolación os dé entre vosotros un mismo sentir según Cristo Jesús, para que unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. (Romanos 15:3-6)

¿Cómo tener ese mismo sentir humilde y no egocéntrico de Cristo? El versículo afirma que solo Dios otorga ese mismo sentir de Cristo. El ser humano, desde la caída, no logra salir de su propio centro.

Mas Jehová Dios llamó al hombre... Y el hombre respondió: La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí. Entonces Jehová Dios dijo a la mujer: ¿Qué es lo que has hecho? Y dijo la mujer: La serpiente me engañó, y comí. (Génesis 3:9,12-13)

La primera consecuencia desastrosa que vemos en el ser humano es la ceguera: Adán, en vez de hacerse responsable como cabeza de la relación y arrepentirse de su pecado, le echa la culpa a Eva y a Dios (*“la mujer que me diste”*). A su vez, Eva, en vez de ayudar a Adán, y arrepentirse y hacerse cargo, va a hacer lo mismo que él, echándole la culpa a otro, a la serpiente. Desde ahí que todos nacemos justificando nuestro pecado, nadie se hace cargo de su propio pecado. Desde ahí que todos nos echamos la culpa los unos a los otros: *“Yo actué así porque ella...”*, *“yo lo gritoneé porque él...”*

Nuestros padres nos heredaron esta ceguera. No la ceguera al pecado ajeno, sino que al propio. No somos ciegos al pecado ajeno, pues cuando alguien roba, grita y pelea, somos rápidos en *“lanzar la primera piedra”*. Pero cuando se trata de nuestro propio pecado, somos los primeros en explicar por qué no es tan malo lo que hicimos. Somos ciegos para ver nuestra propia maldad; somos rápidos para ver la paja en el ojo ajeno, pero ciegos para ver nuestra propia viga.

El mensaje del Evangelio nos confronta con la verdad de que algún día todo ser humano estará desnudo delante del trono majestuoso de Dios y Dios no va a interrogar a las personas por el pecado del vecino, ni el de los padres, sino que los libros serán abiertos y cada cual tendrá que responder por su propio pecado. ¡El pecado del otro no justificará el pecado de nadie!

Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio. (Hechos 3:19)

¿Y quién responde al llamado de arrepentirse? La persona que ha sido tocada por el Espíritu Santo, quien concede vista al pecador y lo convence de pecado, de justicia y juicio (2ªTim.2:25, Jn.16:8, 2ªCor.4:6).

Hazte Cargo

En medio de un matrimonio conflictivo, nuestra primera tendencia es a culpar al cónyuge. No obstante, la Palabra sitúa la raíz del problema en nosotros mismos:

¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros? (Santiago 4:1)

Son nuestras propias expectativas de ser el centro, de cómo debería ser el otro; es nuestra propia búsqueda de control, nuestros propios deseos de cómo debemos ser tratados y escuchados, lo que nos hace estallar en ira y guerra cuando estas expectativas no son cumplidas. El llamado al arrepentimiento es a cada individuo a que primero acepte el hecho de que el problema no es solo el otro, sino que sus propios deseos carnales que lo hacen sufrir cuando no son satisfechos. El problema está en mí, por tanto, debo acudir en arrepentimiento a los pies de Jesús.

Como esposa debo decir: *“El problema no es solo mi marido y su falta de amor, soy yo que no me sujeto ni lo respeto.”* Como esposo debo decir: *“El problema no es solo mi esposa y su falta de respeto, soy yo el que no la ama como Cristo ama a Su Iglesia.”* La mujer debe arrepentirse de sus pecados de comisión, de juicio, envidia, murmuración, rebeldía, violencia verbal, etc., como también del pecado de omisión de no haber asumido el rol de la mujer virtuosa de Proverbios 31. El hombre debe arrepentirse de sus pecados de comisión, de egoísmo, indiferencia, negligencia, violencia física, etc., como también del pecado de omisión de no haber asumido el amoroso triple oficio de Cristo como representante de Él en la casa.

Debemos arrepentirnos y acudir a Jesucristo, pues solamente en Él podremos obedecer con el poder del Espíritu Santo los roles que fueron asignados a cada uno por Dios. El milagro de Dios es poner tanto el querer como el hacer (Fil.2:13) para que nuestra obediencia a Dios no sea en función de cómo se porta el otro, sino, como dice Efesios 5:21, *“en el temor de Dios”*.

El milagro que ocurre en el creyente es que, al tener al Espíritu Santo, ya no tiene solamente los deseos de la carne, sino que también los del Espíritu y, por tanto, puede optar por hacerle caso a ellos (Gal.5:16-26). Es ahí cuando Efesios 4:22-24 desafía al creyente a desvestirse del antiguo hombre (no seguir sus deseos) y vestirse del nuevo (seguir los deseos del Espíritu), renovando nuestra manera de pensar.

Para el hombre, el desafío de santidad será amar a la esposa como Cristo; para la mujer, el desafío de santidad será la mansedumbre y la humildad de Cristo para con el esposo, independientemente del actuar del otro. El pecado del otro no justifica el propio pecado. Ambos desafíos, tanto el del hombre, como el de la mujer, deben ser llevados a cabo no en función de la obediencia del otro, sino en el temor de Dios. Ambos desafíos implican el fruto del Espíritu y, por lo mismo, ambos desafíos son imposibles de llevar a cabo a menos que corramos a Cristo todos los días, rogándole que Él ponga Su carácter manso y humilde en nosotros. Solamente vaciados de nosotros mismos y llenos del Espíritu

Santo el hombre podrá amar a la mujer como Cristo ama a la Iglesia, sin importar si ella lo respeta o no, y la mujer respetará al hombre como Cristo respeta al Padre, sin importar si el cónyuge la está amando o no de acuerdo con los parámetros de la Escritura.

En resumen, la obediencia se vive mirando perseverantemente a Jesucristo en fe y arrepentimiento, entendiendo que el pecado del cónyuge no justifica nuestro propio pecado. Nuestra lucha debe ser primariamente contra nuestros propios deseos y pasiones carnales, independientemente del actuar del cónyuge, pues deseamos glorificar a Dios con nuestro actuar matrimonial e imitar a Cristo.

Como palabra final, es necesario recordar que no todo se arreglará al instante una vez que empecemos a ejercer adecuadamente nuestro rol marital, pues lo que se sembró mal por años se seguirá cosechando por un largo tiempo:

No os engañéis; Dios no puede ser burlado, pues lo que el hombre siembre, eso también cosechará. Porque el que siembra para su carne, de la carne cosechará corrupción, pero el que siembra para el espíritu, del Espíritu cosechará vida eterna. No nos cansemos pues de hacer el bien, que a su tiempo cosecharemos, si no desfallecemos. (Gálatas 6:7-9)

La esperanza en este texto de Gálatas está en la certeza de que si seguimos caminando día a día como Cristo lo quiere, para la siguiente temporada cosecharemos lo sembrado en lágrimas hoy. Por tanto, no desfallezcamos, sino que perseveremos buscando todos los días de Jesús para ser llenos de Él y reflejarlo a Él en nuestro matrimonio. Aunque nada parezca cambiar aún en la familia, no nos cansemos de hacer el bien, pues a su tiempo cosecharemos.

"No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene grande galardón; porque os es necesaria la paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa." (Hebreos 10:35-36)

Preguntas de Reflexión

CAPÍTULO IV

-
- ¿Cuál es el foco y propósito final del matrimonio?
 - Dé algunas implicancias matrimoniales prácticas de la explicación de Mateo 19:4-6 respecto al pacto matrimonial.
 - ¿Cuál es el plan original para el matrimonio? ¿Cómo se debe entender el divorcio de acuerdo con el plan original?
 - ¿Cómo cambiar?

CAPÍTULO V

PADRES E HIJOS

Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo. Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa; para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra. Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor.”

• Efesios 6:1-4 •

RESPONSABILIDAD DE LOS HIJOS

“Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo. Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa; para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra. Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor.” (Efesios 6:1-4)

Abordar el tema de la familia es altamente complejo debido a la gran cantidad de complicaciones familiares que se presentan en este mundo caído. No obstante esto, la Biblia, que es la palabra inmutable de Dios, da instrucciones generales claras y concisas a las familias, sin entrar al detalle del caso a caso, sino que sencillamente asumiendo que el ser humano debe ajustarse a la Palabra inamovible de Dios. Porque si intentamos abordar la temática desde todas las aristas y problemáticas posibles, no se llegará jamás a clarificar la norma central, por lo cual el esfuerzo del presente capítulo no estará en cubrir todo tipo de posibilidades de problemáticas familiares, sino en exponer los principios generales que las Escrituras nos dan respecto a la relación entre Padres e Hijos.

Para eso, estudiaremos como texto base Efesios 6:1-4. Vemos en este pasaje que los hijos tienen principalmente dos responsabilidades en relación a sus padres: *obedecerlos* y *honrarlos*. Analicemos más detenidamente estos dos mandatos.

Obediencia

*Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres
(gr. goneús), porque esto es justo. (Efesios 6:1)*

Los hijos deben obedecer a sus padres. El motivo que da el pasaje para la obediencia es *“porque esto es justo”*. Es decir, desobedecer a los padres es una gran injusticia ante los ojos de Dios. Ellos proveyeron y cuidaron, criaron y protegieron nuestros años de infancia temprana, por lo que obedecerles es una expresión de gratitud con la cual reconocemos toda su labor. Por otro lado, también es justo obedecerles, pues son la primera autoridad puesta por Dios sobre nuestras vidas. Todo acto divino es justo, y rebelarnos contra sus designios siempre implica actuar injustamente en rebeldía.

El texto enseña claramente que ambos padres (en griego goneús), es decir, papá y mamá, deben ser obedecidos. Padres y madres comparten autoridad sobre sus hijos y, como tal, ésta debe ejercerse como un solo bloque de unidad. Los hijos deben obedecer a ambos de la misma manera y no de acuerdo a su conveniencia o afinidad personal.

¿Hasta qué punto es necesario obedecer a los padres?

El pasaje dice *“obedeced en el Señor”*, es decir, debemos obedecer todo lo que no implique traspasar los mandamientos de Dios. Solo si los padres nos piden realizar algo pecaminoso, debemos responder como los apóstoles a las autoridades judías: *“Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres.”* (Hechos 5:29). Pero si lo solicitado no es pecado, debemos obedecer, aunque vaya en contra de nuestro deseo personal o lo consideremos un capricho de los padres.

La orden resulta clara también en el pasaje paralelo de Colosenses:

*Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, porque
esto agrada al Señor. (Colosenses 3:20).*

Muchas veces los padres nos pueden exasperar con sus órdenes, por lo que no nos parece para nada justo obedecerles. En esas situaciones debemos recordar este versículo de Colosenses, que pone un segundo motivo para la obediencia, el cual va más allá del comportamiento de nuestros padres: *“Obedeced... porque esto agrada al Señor”*. En última instancia, no buscamos agradar a nuestros padres con la obediencia, sino que a nuestro Padre celestial que todo lo ve. El pecado de nuestros padres no justifica nuestro pecado de vuelta ante el Señor.

También nos hace bien recordar el pasaje de Gálatas 6:7, que dice:

*No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo
lo que el hombre sembrare, eso también segará.*

Confiamos en Dios, que si vivimos una vida de mansedumbre hacia los padres, Dios lo recompensará con presencia de mansedumbre en nuestros propios núcleos familiares futuros.

¿Y hasta cuándo debemos seguir obedeciendo a nuestros padres?

Hasta que salgamos del hogar. Esta respuesta se puede desprender de, al menos, dos pasajes:

1. *Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne. (Génesis 2:24)*

Vemos aquí que casarse implica dejar a padre y madre, no solo físicamente, sino que también como autoridad sobre nosotros. No es concebible la obediencia a los padres estando ya casados, pues la primera lealtad pasa a ser al esposo o a la esposa. Esto no significa que uno desprecie el consejo de los padres, pero debemos entender que sus sugerencias pasan a ser consejos, ya no mandatos.

2. *Vinieron después sus hermanos y su madre, y quedándose afuera, enviaron a llamarle. Y la gente que estaba sentada alrededor de él le*

dijo: Tu madre y tus hermanos están afuera, y te buscan. Él les respondió diciendo: ¿Quién es mi madre y mis hermanos? Y mirando a los que estaban sentados alrededor de él, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos. (Marcos 3:31-34)

En este segundo pasaje vemos cómo Jesucristo, una vez salido del hogar, amplía su servicio familiar y lealtad, en este caso no hacia una esposa, sino que hacia todo el pueblo de Dios. Es altamente probable que Jesús haya sido el proveedor principal de su familia durante los años anteriores a su ministerio. Esto lo desprendemos del hecho de que José no se vuelve a mencionar en los evangelios y porque Jesús es reconocido como el carpintero oficial de Nazaret (Mr.6:3). No obstante, esto no impidió que, llegado el momento de Dios, Él dejara Su hogar y se independizara para dedicarse a la labor ministerial encomendada por Dios.

Todo hombre y mujer en la edad de Cristo debería considerar independizarse y salir de su hogar, aunque no esté casado, para dedicarse a servir al Señor, a menos que tenga un llamado específico a quedarse y cuidar de sus padres. La independencia conllevará tareas y desafíos propios y normales de la etapa de adulto joven, como prender a vincularse con los padres como adulto; crecer en autonomía emocional y económica, asumiendo el rol de adulto en la iglesia, familia y trabajo; madurar en la forma de cultivar sanamente amistades, guardándose de caer en una relación de dependencia e intimidad excesiva; crecer en la mirada bíblica de la soltería y la pureza sexual, etc.

Honrar

Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa; para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra. (Efesios 6:2)

El pasaje de Efesios 6:1-3 menciona dentro de las dos grandes responsabilidades de los hijos, el honrar a sus padres. Esto es evidentemente que Pablo lo toma del quinto mandamiento de las tablas de la Ley, que dice:

Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da. (Éxodo 20:12)

Éste es el único de los diez mandamientos que viene adosado a una promesa, que consta de recibir una larga vida de parte de Dios. Si la obediencia la debemos llevar a cabo por motivos de “justicia” y por “agradar a Dios”, debemos honrar a los padres “para que nos vaya bien y seamos de larga vida sobre la tierra”. Además, en este punto la honra no debe ser direccionada solo a uno de los padres, sino a ambos, padre y madre.

¿Qué significa en la práctica honrar a los padres?

Honrar es un término amplio que implica respetar, valorar, premiar, dar atención y reverenciar. Si para la obediencia se requiere mansedumbre, para honrar se requiere humildad. Se requiere de humildad para reconocer lo importantes que han sido nuestros padres para nosotros y para reconocer todo lo positivo que hemos obtenido y heredado de ellos.

Como hijos, solemos resaltar las cosas malas de nuestros padres. Enumeramos rápidamente las fallas que presentaron en la crianza y sus fracasos que afectaron directamente nuestras vidas. Conocemos bien las áreas emocionales en las cuales crecimos con carencias y cuando se trata de recordar, solemos recordar con mayor intensidad lo malo. Si bien es cierto que todos los padres fallan y ninguno de ellos es perfecto, e incluso más de alguno de ellos derechamente hizo gran parte de la labor mal, también es verdad que al menos un par de cosas hicieron bien.

Para honrar a los padres se requiere ser humilde y reconocer eso bueno que aportaron, que ahora permite que seamos las personas que somos. Para honrar es necesario ser honesto con uno mismo y aceptar

agradecidamente los aspectos que nos marcaron de manera positiva y que ahora llevamos en nosotros. Se honra a los padres tanto con palabras como con hechos; se les honra agradeciéndoles todo lo traspasado que fue bueno; se les honra manteniendo contacto y no olvidándolos; se les honra cuidando de ellos cuando lo requieran; se les honra de muchas maneras distintas, pero principalmente con un corazón agradecido, que valora los años de esfuerzo dedicados a nosotros.

A diferencia de la obediencia, la honra no tiene fecha de término, pues durante toda la vida de nuestros padres deberíamos expresarles nuestros agradecimientos por lo recibido. Como dice Pablo a Timoteo:

Pero si alguna viuda tiene hijos, o nietos, aprendan éstos primero a ser piadosos para con su propia familia, y a recompensar a sus padres; porque esto es lo bueno y agradable delante de Dios. (1° Timoteo 5:4)

El que valora y respeta a sus padres tiene como promesa una larga vida, en cambio, el hijo mal agradecido e irrespetuoso es severamente juzgado por parte de Dios. Como dice la Ley de Moisés:

Todo hombre que maldijere a su padre o a su madre, de cierto morirá; a su padre o a su madre maldijo; su sangre será sobre él. (Levítico 20:9)

Mejor aprendamos a ser humildes y:

Guarda, hijo mío, el mandamiento de tu padre, y no dejes la enseñanza de tu madre; átalos siempre en tu corazón, enlázalos a tu cuello. Te guiarán cuando andes; cuando duermas te guardarán; hablarán contigo cuando despiertes. (Proverbios 6:20-22)

Por último, unas palabras a los Padres en esta sección: Tal como lo hemos afirmado antes, podemos enseñar los mandamientos a otros, pero no corresponde demandar a la fuerza que los demás cumplan la ley, sino que primeramente debemos aplicarla en nosotros mismos. Como pa-

dres solemos imponer egolátricamente la obediencia y la honra de parte de los hijos, cosa más fácil de hacer en la niñez temprana, pero muy difícil de realizar en la adolescencia. Imponer la obediencia termina generalmente en enseñoramiento violento. Esto no descarta para nada el ejercicio sano de la disciplina en los hijos, como veremos en el siguiente punto, pero sí nos indica que el principal camino de la autoridad es dar primeramente el ejemplo, así como los pastores son autoridad en una iglesia, pero se les ordena no enseñorearse, sino ser ejemplos para la grey (1ª Pedro 5:2-3).

Sanidad

No podemos concluir el apartado acerca de los hijos sin dedicar unas palabras a todos los heridos del alma, que arrastran pesadas cargas emocionales desde su infancia. Tal vez porque tuvieron uno o ambos padres golpadores o violentos verbalmente, ausentes emocionalmente o abusadores. Tal vez porque más de alguno creció con abandono físico y/o emocional, con desprotección y severa falta de provisión de toda índole. ¿Quedará el dolor de las heridas por siempre?, ¿habrá sanidad para nuestras almas? ¡Toda gloria a Jesucristo nuestro Salvador, pues *“por Su llaga fuimos nosotros curados”*! (Isaías 53:5)

Gracias a Cristo, tenemos acceso a nuestro precioso Padre celestial, quien nos toma en Sus brazos de amor eterno y nos consuela de todos nuestros dolores (2ª Cor. 1:3). Él nos ha llenado con amor sobreabundante, nos provee y nos protege del maligno. Él es nuestra roca, nuestro castillo, nuestro libertador, nuestra fortaleza, nuestro escudo y nuestro alto refugio (Salm. 18:2).

¿Qué debemos hacer para sanar?

- 1° No somos sanadores, Dios es el sanador. Cuando el dolor del pasado nos alcance, debemos correr a los brazos del Padre Eterno, para

derramar con honestidad todas nuestras lágrimas de angustia. Él es el *“Padre de misericordias y Dios de toda consolación”* (2ºCor.1:3), y quebrantados en Sus brazos, recibiremos sanidad. No sigamos reprimiendo las emociones que por años han estado guardadas en nuestro corazón y lloremos amargamente nuestro dolor en los brazos del amado Padre Celestial. El lamento delante de Dios por el pecado de otros hacia nosotros tiene gran espacio en los Salmos y las Escrituras, por tanto, no temamos y entremos confiadamente ante el gran Trono de gracia de nuestro Dios, pues ahí recibiremos toda la misericordia necesaria para la sanidad.

- 2º ° Parte importante del proceso de sanidad consistirá en perdonar deliberadamente a nuestros padres, obedeciendo el mandato del Señor. Esto suele ser un proceso largo y doloroso, pues implica revisar y perdonar en específico y por separado los pecados que hirieron nuestro corazón. Pero, si bien es un proceso difícil, cobremos ánimo, porque ¡mayor es el gozo y la libertad posterior!

RESPONSABILIDAD DE LOS PADRES

Analicemos ahora a la luz del mismo pasaje de Efesios 6 la responsabilidad que los padres tienen ante Dios:

Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres (gr. goneus / ing. parents), porque esto es justo. Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa; para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra. Y vosotros, padres (gr. pater / ing. fathers), no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor. (Efesios 6:1-4)

Como vimos en el punto pasado, el versículo 1 afirma que padre y madre deben ser obedecidos y honrados por igual, lo que implica que ambos participan en la crianza y el discipulado de los hijos. No obstante esto, en el versículo 4, en vez de ocupar nuevamente la palabra griega “goneus”, que hace referencia a ambos padres (“parents” en inglés), Pablo ocupa la palabra “pater”, que hace referencia a los padres hombres (“fathers” en inglés). Es decir, le asigna a los esposos la responsabilidad primaria de criar y discipular a los hijos.

Esto no significa que la esposa no participe en esta función, sino que, más bien, establece la continuación natural de la responsabilidad primaria que tienen los esposos como cabeza del matrimonio, ahora también

en relación a los hijos. El hombre es el principal responsable y la mujer ayuda con gozo al hombre a llevar a cabo esa responsabilidad.

Recordemos que este pasaje está ubicado inmediatamente después de Efesios 5:21-33, en el que Pablo habla precisamente sobre los roles del hombre y la mujer en el matrimonio. Como cabeza, los esposos tienen la responsabilidad primaria de rendirle cuentas a Dios sobre la familia completa. Así que cuando Pablo dice en el versículo 4 “*y vosotros padres (hombres), no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor*”, él está simplemente extendiendo las implicaciones de ser la cabeza de la esposa a la responsabilidad de la crianza de los hijos.

En otras palabras, ser un hombre casado y padre de familia implica no solo ser cabeza de amor con la esposa, sino que también un líder firme y cariñoso en relación con la tarea compartida con la cónyuge de criar a los hijos en el Señor.

¿Cuál es la labor específica que deben realizar los padres?

A la luz de este pasaje: 1° no provocarlos a ira, 2° criarlos, 3° en disciplina y amonestación del Señor. Analicemos cada uno de estos puntos por separado.

No Provocarlos a Ira

La primera responsabilidad de los padres mencionada en el pasaje de Efesios es más bien una prohibición: “*No provoquéis a ira a vuestros hijos*”. La ira es la emoción más común de un corazón pecaminoso que va en contra de la autoridad. Lo vemos en la vida de Cristo, que sin haber pecado nunca, encolerizó a mucha gente. Por eso, puesto que todos los niños son pecadores, aun el mejor y más amoroso uso de la autoridad provocará alguna vez a los hijos a ira. ¿A qué se refiere entonces Pablo cuando manda a “*no provocar a ira*” a los hijos? Se refiere a que debemos evitar provocarla “*ira legítima*” que se enciende en los hijos por el pecado de los padres.

No hay mayor provocación a la ira que actuar injustamente con los hijos, con favoritismos, con inconsistencias entre lo que predicamos y hacemos, o con castigos excesivos y egoístas. Es decir, al pecar, provocamos una ira legítima en nuestros hijos, tentándolos así a que ellos respondan con más pecado: desobedeciendo y deshonrándonos. Si amamos a Dios y amamos a nuestros hijos, debemos esforzarnos por vivir apegados a la vida para llevar una vida en santidad, así como nuestro Padre Celestial es santo. Debemos vivir una vida en santidad, pues representamos a Dios; debemos vivir una vida en santidad para evitar tentar a nuestros hijos a pecar como respuesta a nuestra provocación. Como dice Proverbios 20:7: “*camina en su integridad el justo; sus hijos son dichosos después de él.*”

La autoridad que tienen los padres es dada por Dios. Actuamos como los representantes de Dios en la vida de nuestros hijos, educando y disciplinando en amor. Pero no tenemos el derecho de mandar y educar a nuestros hijos como se nos dé la gana, debemos hacerlo a la manera de Dios. Como padres, mostramos a Dios con nuestras vidas, por lo que debemos tener como patrón la paternidad divina. El objetivo de cada padre debería ser vivir de tal forma que sus hijos puedan ver cómo es Dios Padre. Ellos deben ver en sus padres humanos un reflejo —aunque imperfecto— del Padre celestial, con su fuerza y ternura, su santidad y misericordia, su justicia y amor, su sabiduría y bondad. La tarea de los padres es ser imagen del Padre celestial para sus hijos.

Padres, no exasperéis a vuestros hijos, para que no se desalienten. (Colosenses 3:21)

Nuestros pecados no solo pueden airar a nuestros hijos, sino que incluso desalentarlos en el camino de la fe. Con nuestra hipocresía, los desalentamos respecto a la veracidad del Evangelio, y con nuestro lenguaje quejumbroso los privamos el poner la mira en la esperanza. Nuestro estilo de vida cristiano no debe desalentar a nuestros hijos, sino al

revés, debe llenarlos de gozo por las promesas celestiales, de confianza y valor por estar seguros en Cristo.

En otras palabras, la clave está en “*ser*” antes que “*hacer*”. Nuestro primer esfuerzo debe estar dirigido a permanecer firmes en Cristo y constantes en la búsqueda de Él, pues al mundo tal vez lo podamos engañar con una apariencia de piedad, pero a nuestros hijos no. Lo que somos en relación a Dios es mucho más importante que cualquier técnica particular de paternidad que tratemos de emplear.

Dicho en términos más prácticos: ¿Esperarán tus hijos en Dios, si tu esperanza está puesta en el dinero? ¿Buscarán tus hijos la felicidad en Dios, si ven que la televisión es para ti una experiencia más feliz que la adoración? ¿Pondrán tus hijos su confianza en Dios si toda tu conducta gira en torno a la autosuficiencia?

El trabajo más importante que podemos hacer por el bien de nuestros hijos es “*ser*” verdaderos discípulos de Cristo. La estrategia más importante para criar hijos, es **vestirnos** “*del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad*” (Efesios 4:24) y vestirnos “*como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia.*” (Colosenses 3:12)

Si fallamos en el punto crucial de “*ser*” esperanzados, felices y confiados en Dios, nuestros hijos se exasperarán, airarán y desalentarán en la carrera de la fe. Así que animémonos como padres y aprendamos de nuestro Padre Celestial que es Santo y permanece inmutable: “*Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados.*” (Ef.5:1)

Criar

... *Sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor.* (Efesios 6:4)

El segundo mandato de Efesios 6:4 es “criar”. La palabra griega utilizada aquí es *ektréfo*, que denota sustentar, acariciar y criar a madurez.

Esta misma palabra la ocupa Pablo un par de versículos antes diciendo:

Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta (ektréfo) y la cuida, como también Cristo a la iglesia. (Efesios 5:29)

Es decir, criar se refiere a la labor de sustentar y proveer para las necesidades de toda índole que tengan los hijos. Significa dar alimento para el desarrollo de sus cuerpos, pero también dar afecto para su desarrollo emocional; significa dar protección y provisión de todas las necesidades de los hijos, tanto intelectuales como físicas, espirituales y sociales. Y mencionamos estas cuatro áreas, pues son las que vemos reflejadas en el pasaje de Lucas 2:52, que dice:

Y Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres.

Los padres tienen que ocuparse de proveer para cubrir las necesidades de cada una de estas áreas de la vida de sus hijos, en especial la espiritual. Por eso el pasaje habla de “*criadlos EN disciplina y amonestación del Señor*”, haciendo alusión a que la crianza integral de todo el ser debe realizarse dentro del marco principal, que es el conducirlos a ser discípulos de Cristo, conducirlos a que estén “en gracia para con Dios”. Ya que la disciplina y la amonestación serán tratadas en el siguiente punto, nos detendremos aquí brevemente en el tema de la crianza más bien biológica e intelectual, en el entendido de que todo está también relacionado con lo espiritual.

El Salmo 127:4 dice: “*Como saetas en mano del valiente, así son los hijos habidos en la juventud*”. Eso significa que es responsabilidad de los padres el determinar en qué dirección “lanzan” a sus hijos a la vida. En términos prácticos, esto significa, por ejemplo, ponerlos en clases de algún instrumento o deporte específicos, llevarlos a caminar seguido a la naturaleza, o acostumbrarlos a no salir nunca de la casa. Con todo lo que hacemos y decimos, estamos de alguna forma fomentando lo que ellos serán en un

futuro. En palabras del salmista, estamos “lanzándolos como flechas” en una determinada dirección.

La complejidad de una crianza adecuada radica en comprender que Dios tiene un camino específico de buenas obras diseñado para cada uno de nuestros hijos (Ef.2:10). Los padres solemos “lanzar” a nuestros hijos en la dirección que a nosotros nos gustaría que se dirigieran, sin tomar en cuenta muchas veces las cualidades específicas que Dios puso en nuestros hijos para que le sirvieran en Su reino. Si Dios ha colocado dones y talentos en ellos, es para que los ejerzan para Su gloria. Al no apagarlos, sino que más bien avivarlos con direccionamiento, los niños crecerán plenos de gozo por poder servir a Dios y a Su reino con lo que Él mismo diseñó para ellos de antemano.

Por último, cabe destacar que la crianza no debe tener el objetivo egoísta de tener un beneficio propio futuro. Pablo dice a los corintios:

Porque no busco lo vuestro, sino a vosotros, pues no deben atesorar los hijos para los padres, sino los padres para los hijos. Y yo con el mayor placer gastaré lo mío, y aun yo mismo me gastaré del todo por amor de vuestras almas, aunque amándolos más, sea amado menos. (2ºCorintios 12:14-15)

La motivación del esfuerzo llevado a cabo en la crianza debe ser el amor ágape de los padres hacia sus hijos. Un amor desinteresado, que ama como Dios nos ama a nosotros, simplemente por ser Sus hijos.

Disciplina y Amonestación

El tercer mandato de Efesios 6:4 es “disciplina y amonestación”. La palabra griega utilizada para disciplina es *paideía*, que denota tutelar, instruir, educar, corregir. Por otro lado, la palabra griega para amonestar es *noudsesía*, que denota reprender, advertir y llamar la atención. Es decir, son dos caras de la misma moneda de la instrucción, ya sea por

medio de la enseñanza o por medio de la reprensión. Como ambas persiguen el mismo objetivo, e incluso se dan muchas veces a la par, las resumiremos bajo el término “discipular”, que en el siguiente punto analizaremos detalladamente.

DISCIPULANDO A LOS HIJOS

A los padres se les encomienda constantemente la responsabilidad primordial de instruir a sus hijos en la fe.

Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es. Y amarás a Jehová tú Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas. Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes. (Deuteronomio 6:4-7)

Este pasaje nos habla de la unicidad de Dios y expone el más grande mandamiento de todos: amar a Dios con todo nuestro corazón, alma y fuerzas. La orden que sigue es doble: en primer lugar, atesorar este mandamiento para nosotros mismos; en segundo lugar, transmitirlo a nuestros hijos. El discipulado consta precisamente de aquello, vivir la fe con un testimonio acorde de vida, y enseñar la fe a nuestros hijos. No hay lugar más exigente para nuestro testimonio personal que la familia, pues ahí es donde realmente habla más una acción que mil palabras.

Es por eso que resulta absolutamente necesario partir por atesorar el gran mandamiento para nosotros mismos. Los adultos seremos maestros efectivos únicamente si estas palabras están verdaderamente “sobre

nuestro corazón”. Si estas palabras están en nuestro corazón, seremos capaces de enseñar a nuestros hijos en toda circunstancia de la vida, ya sea que estemos sentados, caminando o acostados.

Este punto es extremadamente crucial, pues lo que finalmente terminamos enseñándoles a nuestros hijos es lo que nosotros mismos atesoramos y amamos. Si amamos a Dios con todo nuestro corazón, buscaremos inculcar ese amor a nuestros hijos en cada situación que se presente. Dicho de otra manera, ¿cómo podríamos disciplinar a nuestros hijos, si nosotros mismos no somos primeramente discípulos de Cristo?

Por tanto, guárdate, y guarda tu alma con diligencia, para que no te olvides de las cosas que tus ojos han visto, ni se aparten de tu corazón todos los días de tu vida; antes bien, las enseñarás a tus hijos, y a los hijos de tus hijos. (Deuteronomio 4:9)

Discipular en el Evangelio

Él estableció testimonio en Jacob, y puso ley en Israel, la cual mandó a nuestros padres que la notificasen a sus hijos; Para que lo sepa la generación venidera, y los hijos que nacerán; Y los que se levantarán lo cuenten a sus hijos, a fin de que pongan en Dios su confianza, y no se olviden de las obras de Dios; Que guarden sus mandamientos. (Salmo 78:4-7)

Vemos en estos versículos del Salmo 78 dos elementos importantes: Primero, insiste en que son los padres, no las instituciones, los responsables de enseñar a sus hijos el camino de Dios. Segundo, nos dice que el objetivo de la enseñanza de los padres debe ser que los hijos *“pongan en Dios su confianza, y no se olviden de las obras de Dios; que guarden sus mandamientos”*. Es decir, el objetivo del discipulado de los hijos no es que crezcan en autoconfianza, en seguridad de sus propias capacidades

o en pensamiento positivo. El objetivo es que pongan su confianza solo en Dios, recordando todos los portentos que ha hecho y que solo Él puede llevar a cabo. En otras palabras, los padres deben pastorear los corazones de sus hijos, enseñándoles el Evangelio y no simplemente las externalidades de las obras.

Muchas veces nos quedamos con el puro objetivo *“que guarden sus mandamientos”* y centramos la enseñanza cristiana en una serie de reglas que los hijos no deben traspasar. Sin embargo, sabemos que éstas no lograrán jamás obediencia perfecta, pues el problema real radica en que tienen una carne caída.

Enseñarles los mandamientos de Dios es necesario y correcto, porque *“la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno.”* (Romanos 7:12) El problema está en el énfasis y las expectativas que inculcamos, porque Pablo nos enseña que *“por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado.”* (Romanos 3:20)

Les enseñamos los mandamientos de Cristo, pues son santos y justos, pero conscientes de que son solo la mitad del mensaje. La segunda mitad del mensaje es la incapacidad humana y la gracia de Dios. Dios es santo y Dios es amor. El ser humano no logra cumplir los estándares de santidad de Dios, pero el amor de Dios lo rescata. Enseñamos a nuestros hijos los mandamientos, pues así tendrán conocimiento del pecado, de lo que está bien y lo que está mal ante Dios (Rom. 7:7). Pero es cuando traspasan las normas que en realidad parte el verdadero discipulado, al explicarles su propia incapacidad de vencer el pecado y su infranqueable necesidad de un salvador que cambie sus corazones de piedra en uno de carne. Entonces, el objetivo de los padres debe ser primeramente que los hijos *“pongan en Dios su confianza”*.

A la luz de esta verdad es que debe ser llevada a cabo toda instrucción y toda repreensión. La meta de los padres bíblicos es tener hijos que clamen a Dios diciendo:

Danos socorro contra el enemigo, porque vana es la ayuda de los hombres. En Dios haremos proezas, y él hollará a nuestros enemigos. (Salmo 60:11-12).

Un buen padre hará la siguiente ponderación: ¿Cómo puedo ser como mi Padre celestial? ¿Cómo puedo borrar la autoconfianza del corazón de mis hijos y llenarlos con la confianza, el valor, el celo y la resolución que están enraizados en la gracia y el poder de Dios, y no en ellos mismos?

En otras palabras, debemos auto-examinarnos y preguntarnos si en la práctica estamos transmitiendo humanismo a nuestros hijos. Por ejemplo, en los estudios: ¿Está mi hijo aprendiendo a sacar buenas calificaciones a cualquier costo?, ¿está aprendiendo a depender solamente de su propia habilidad en vez de Dios?, ¿está aprendiendo que la sabiduría humana es más certera que la Palabra de Dios? En el área de los deportes, la música y las artes: ¿Está fundamentando su valor personal en el desempeño, los resultados, el esfuerzo o en su talento personal? En el amor al mundo: ¿Está aprendiendo a poner demasiado enfoque en la moda, el estilo y las cosas pasajeras?

Debemos evangelizar a nuestros hijos con el mensaje de la gracia. El desafío está en no enfatizar la pura obediencia al punto de caer en el legalismo que cree soberbiamente que logrará cumplir la ley de Dios. Pero, por otro lado, tampoco debemos dejar a un lado la obediencia, al punto de caer en el relativismo moral que desconoce los atributos de Dios y se burla de la cruz de Cristo. Evangelizar y pastorear el corazón del niño de la manera adecuada y en el momento adecuado, requerirá de la absoluta guía del Espíritu Santo, que es finalmente el encargado de producir el nuevo nacimiento en nuestros hijos.

En esa dirección, puede resultar útil recordar la siguiente tabla resumen que compara la carnalidad del legalismo y el libertinaje con el verdadero mensaje del Espíritu que es el Evangelio y que enfoca no solo en los cambios externos, sino que en las motivaciones del corazón:

	CARNE		ESPÍRITU
	Legalismo	Libertinaje	Evangelio
LÓGICA	Obedezco para ser aceptado por Dios	Ya soy aceptado por Dios, por eso NO obedezco	Ya soy aceptado por Dios, por eso obedezco (2Tim.2:19)
FOCO	Egocéntrico		Cristocéntrico
MOTIVACIÓN	Pecaminosa: Orgullo, vanagloria, control, miedo...	Pecaminosa: Pereza, lujuria, comodidad, aprobación...	Amor a Dios
GLORIA	Búsqueda de la gloria propia y de las cosas creadas		Búsqueda de la gloria de Dios
DELEITE	En la apariencia de piedad, en la autosuficiencia ("yo puedo"), en la fama entre creyentes, en el poder...	En las cosas creadas, en las sensaciones pasajeras, en las vanidades de la vida, en la aprobación de los incrédulos...	En conocer a Dios, en tener comunión con Él, en vivir para Él...
FRUTO	De la Carne (Gálatas 5:19-21)		Del Espíritu (Gálatas 5:22-23)

Si queremos ver en nuestros hijos un futuro dulce fruto del Espíritu, más vale que no solo corriamos superficialmente sus acciones, sino que discipulemos sus corazones con el Evangelio. Lo importante en una buena enseñanza no es tanto expresar nuestros pensamientos y opiniones rápidamente ante una situación dada, sino entender los pensamientos de nuestros hijos. El objetivo es entender a nuestros hijos, y no solamente que ellos nos entiendan a nosotros. Muchos padres nunca desarrollan la habilidad de ayudar a sus hijos porque fallan en este punto.

Cuando el hijo hace algo indebido, lo prioritario no es que nosotros exponamos nuestras emociones, sino que entendamos la naturaleza de la lucha interna que está sufriendo. Lo importante es entender la razón de

sus actos. Solamente una vez comprendida la razón, podremos dirigirnos al corazón del hijo con el principio bíblico adecuado. Enseñar bíblicamente a nuestros hijos es el arte de expresar el consejo de Dios que está en nuestros corazones, después de haber entendido lo que nuestro hijo piensa y siente. Para eso se hace indispensable una dedicación personalizada y con tiempo. En definitiva, debemos pastorear el corazón de nuestros hijos.

Discipular con Dedicación

El discipulado de los hijos es una labor compleja para la cual es necesario pasar mucho tiempo con ellos. Hoy en día muchos padres afirman como estandarte la frase “*calidad antes que cantidad*”, pero esto es una mentira. Discipular siempre implica tiempo, dedicación, conocer a nuestros hijos y comprender sus luchas, pensamientos, tentaciones y victorias.

Por tanto, pondréis estas mis palabras en vuestro corazón y en vuestra alma, y las ataréis como señal en vuestra mano, y serán por frontales entre vuestros ojos. Y las enseñaréis a vuestros hijos, hablando de ellas cuando te sientes en tu casa, cuando andes por el camino, cuando te acuestes, y cuando te levantes, y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas; para que sean vuestros días, y los días de vuestros hijos, tan numerosos sobre la tierra que Jehová juró a vuestros padres que les había de dar, como los días de los cielos sobre la tierra. (Deuteronomio 11:18-21)

La Palabra nos anima a instruirlos en todo tiempo, tanto en la casa (“*cundo te sientes en tu casa*”) como fuera de la casa (“*cundo andes por el camino*”), ya sea en instancias formales (un devocional familiar), o en instancias informales del día a día (en torno a la mesa o caminando por la calle). Al iniciar el día (“*cundo te levantes*”) y al terminar el día (“*cundo te acuestes*”). De forma verbal (“*las enseñaréis*”), en forma escrita

(“*las escribiréis*”) y en forma práctica, viviendo los principios (“*pondréis estas mis palabras en vuestro corazón*”). En definitiva, debemos generar y aprovechar toda instancia para discipular.

La instrucción más significativa suele darse en el día a día, cuando como padres estamos atentos a los procesos que se van suscitando en el diario vivir, para ejemplificarlos indicando a Cristo y el evangelio. Sin duda, el discipulado más semejante al que llevó a cabo Cristo con sus doce discípulos es el que podemos llevar a cabo con nuestros hijos, pues vivimos literalmente con ellos. Mientras vayan creciendo, nuestros hijos van a pasar más y más tiempo fuera del hogar, por lo que la instrucción desde edad temprana es crucial para que aprendan a discernir entre la verdad bíblica y los engaños del mundo. Esto implica enseñarles todo lo significativo antes de que lo haga la escuela o los compañeros.

Los padres tienen la responsabilidad ante Dios de instruir a sus hijos respecto a la sexualidad que agrada a Dios y también educarlos en la prevención de abuso sexual. Tienen la responsabilidad de enseñar los principios bíblicos en torno a la familia y las relaciones interpersonales. Deben instruirlos en cada aspecto práctico del diario vivir, enseñándoles que guarden todas las cosas que Jesús mandó, entendiendo que solo en Él podrán llevar esto a cabo. El objetivo, como vimos en el punto anterior, es que ellos conozcan el Evangelio: quién es Dios, cuál es su condición humana, en qué consiste la obra de Cristo, y cuáles son el requerimiento del Evangelio (la fe) y la promesa de esperanza.

Debemos hacer esfuerzos constantes por presentar a Cristo de la manera más plena, amorosa y veraz, desde el mismo momento de la concepción. Debemos procurar que los niños puedan creer tanto como puedan en cada etapa de desarrollo, soltando el control, al entender que Dios determinará cuándo una simple disposición a la enseñanza de los padres se convertirá finalmente en fe verdadera, personal y auténtica.

Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros

pensamientos. Porque como descende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá, sino que riega la tierra, y la hace germinar y producir, y da semilla al que siembra, y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié. (Isaías 55:9-11)

Discipular con Corrección

Corrige a tu hijo, y te dará descanso, y dará alegría a tu alma. (Proverbios 29:17)

La Biblia está llena de citas que hablan de la responsabilidad de los padres de disciplinar a sus hijos. El propósito no es simplemente castigar el mal comportamiento, sino que ayudar al hijo a aprender lo que debe y no debe hacer. Viendo el gran peligro que hay en salirse de la autoridad de Dios (Génesis 3:16-19), los padres tienen la obligación de disciplinar a sus hijos cuando se salen de su autoridad. En este sentido, la disciplina los rescata del peligro que hay fuera de la autoridad y regresa al hijo a la protección que solo existe bajo los padres y bajo Dios. Por medio de esta disciplina, el hijo aprende a someterse y recibe los beneficios de vivir bajo autoridad. Los niños nacen con inclinaciones malvadas, por lo que necesitan no solamente enseñanza, sino que también disciplina correctiva y amorosa.

La necedad está ligada en el corazón del muchacho; la vara de la corrección la alejará de él. (Proverbios 22:15)

El que escatima la vara odia a su hijo, mas el que lo ama lo disciplina con diligencia. (Proverbios 13:24)

Notemos que el proverbio dice que los muchachos no son instintivamente buenos ni sabios, sino que hay “necedad” en su corazón. La “necedad” según Proverbios es no temer a Dios. Los padres, por tanto, tienen

la responsabilidad de disciplinar a sus hijos en el Señor. Respecto al término “vara” que mencionan ambos versículos, debemos recordar que Proverbios no es un libro de mandamientos o leyes, sino un libro poético, en el que el autor hebreo procura resumir en una brevísima sentencia (en 6 a 12 palabras hebreas) una verdad de sabiduría. Esto significa que estos proverbios no constituyen un mandamiento de propinar a los hijos una golpiza con un palo, sino que son máximas de sabiduría cuyo principio de fondo es evidente: la disciplina es necesaria.

Ahora bien, para disciplinar se hace necesario recordar y entender cómo Dios Padre nos disciplina, pues como padres debemos seguir su ejemplo. Como el mismo Proverbios 13:24 afirma, tal disciplina tiene sus raíces en el amor. De hecho, aquellos que no disciplinan a sus hijos, fundamentalmente no los aman.

Entender la disciplina desde el amor hace que ejecutemos la disciplina de manera templada, y no desde la ira y el arrebato. La disciplina suele resultar desmedida cuando estamos emocionalmente descontrolados. Pero debemos imitar a Dios, que nos disciplina con ternura, paciencia y firmeza.

a | Errores comunes al momento de “corregir”.

No debemos usar nuestra autoridad sobre los hijos arbitrariamente. La mayoría de los padres no aplica los principios bíblicos de manera consistente cuando se relacionan con sus hijos. Muchos padres deciden lo que van a hacer con sus hijos en el momento, según lo que sienten y a veces no están pensando en lo mejor para su hijo, sino en la manera más fácil de resolver la situación presente.

Por ejemplo, muchos padres, con buena intención, usan la amenaza y el castigo físico para desahogarse y controlar a sus hijos. Pero generalmente es una reacción de enojo y frustración porque los padres ya no aguantan más. El problema es que el **castigo hecho con enojo** nunca enseña al hijo que es su corazón el que tiene que cambiar. Este tipo de

relación frustra a los hijos por la forma inconstante de tratarlos, dependiendo de las circunstancias y las emociones de los padres. Pero lo que los hijos necesitan aprender son principios firmes con fundamento bíblico, los cuales deben ser aplicados de manera uniforme, para darles un marco sobre el cual puedan aprender y gozar de la vida. Por lo mismo, no se sugiere aplicar un castigo con ira, pues *“la ira del hombre no obra la justicia de Dios”* (Santiago 1:20), sino que esperar a que decanten las emociones y aplicar la medida disciplinaria sin impulsividad, sino que con entendimiento de todas las partes.

También podemos cometer el error de enseñar a base de **sobornos**, tratando de comprar la buena conducta de los hijos. Los pactos pueden sacar buena conducta temporalmente, pero los niños rápidamente aprenden a manipular el sistema. Peor aún, el corazón del hijo está aprendiendo a ser egoísta y a actuar solamente cuando hay recompensa inmediata. Por otro lado, los sobornos tampoco dan la atención necesaria al corazón, pues el hijo aprende a tomar decisiones con motivos impuros y no aprende a pensar en las necesidades de los otros. Por último, con este método se pierde el concepto importante de sujeción y mansedumbre por el mero hecho de tratarse de una autoridad.

Otro error común es **manipular las emociones**, intentando influir al hijo y su toma de decisiones por medio de las emociones. Entre todas, tal vez las dos maneras más comunes de lograr esto es avergonzando al hijo para hacerle sentirse mal o dando muestras exageradas de nuestras propias emociones. Los padres que humillan a sus hijos están implantando ideas falsas en la mente y el corazón de ellos, que pueden determinarlos negativamente de por vida. Tampoco es justo manipular las decisiones del hijo a través de llanto y otras expresiones emocionales, ya que el hijo debe aprender a tomar sus decisiones usando los principios bíblicos como base, y no sus sentimientos o los sentimientos de los demás.

Otra costumbre errónea de enseñanza es *engañar y mentir* para lograr el comportamiento que queremos. Prometemos cosas que no intentaremos cumplir, o contamos historias falsas de lo que va a pasar (*“vendrá el*

cuco, el viejo del saco...”) si no se comportan como queremos. El control de las acciones de los hijos por medio de engaños va a enseñarles a mentir para lograr lo que quieren y terminará por roer el respeto a los padres por su falta de fiabilidad.

Otro error es *dar al hijo todo lo que quiere*. Para los padres que están muy ocupados o no saben cómo criar a sus hijos, éste es el método preferido. En vez de luchar para disciplinar e instruir a sus hijos bíblicamente, hacen lo que los hijos quieran, con el fin de evitar pleitos, lloriqueos y berrinches que les quitan tiempo y los pueden avergonzar en público. Tristemente, los padres que usan este método pierden la autoridad que Dios les ha dado en el hogar, pues quien manda en estos hogares es el hijo. El niño aprende que no hay límites o reglas en la vida que no puedan ser cambiadas por medio de los berrinches; crecen con el egocentrismo exacerbado y aprenden a demandar que todo se haga de acuerdo con sus deseos e intereses, sin pensar en otros ni someterse a la autoridad.

En esta dirección, encontramos también el nefasto *abuso de las pantallas*, que suele dar descanso a los padres al dejar tranquilos a los niños, pero termina siendo una adicción severa, muy contraproducente y difícil de controlar. A esto se suma el grave problema de la cantidad de información equivocada, dañina, errónea y maligna que reciben los niños a través de ese medio, que los discipula indiscriminadamente de acuerdo con los principios del mundo. Los padres creyentes tienen la responsabilidad de controlar tanto el tiempo como el uso y el contenido que ven sus hijos, pues Dios les ha dado a sus hijos solamente en administración por un tiempo, para discipularlos en Sus caminos y para Su gloria.

Lo que pareciera ser el camino más sencillo en la infancia temprana, al ceder frente a las pataletas del niño, o ponerlo frente a las pantallas, resultará en el camino más doloroso para los años entrantes. Verdaderamente:

La vara y la corrección dan sabiduría; mas el muchacho consentido avergonzará a su madre. (Proverbios 29:15)

b | La disciplina bíblica.

Nuestro ejemplo de disciplina perfecta es el Padre Celestial, que en Su infinita santidad se propuso forjar la imagen de Cristo en nosotros, instruyéndonos con Su palabra, por la guía del Espíritu Santo, y utilizando la disciplina con justicia y amor, en el caso de que nuestro corazón rebelde lo haga necesario.

Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos? Y aquéllos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero éste para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad. (Hebreos 12:9-10)

Nuestros padres terrenales “nos disciplinaban como a ellos les parecía”, pero Dios “para lo que nos es provechoso” y “para que participemos de Su santidad.” Nuestro modelo de disciplina no son nuestros padres, sino Dios. No debemos buscar replicar lo que hicieron con nosotros simplemente porque “*conmigo funcionó*”, sino que extraer solo aquello que va de acuerdo con el proceder del Padre Santo hacia nosotros Sus hijos. Él nos disciplina para que nos parezcamos a Cristo. Al disciplinar a nuestros hijos, no debemos buscar que hagan las cosas como nosotros queremos que las hagan, ni buscar que se parezcan a nosotros, sino que a Cristo.

Todo lo que nuestros hijos dicen y hacen es reflejo de sus corazones. Desgraciadamente, los padres nos equivocamos al tratar de controlar solo las acciones externas, cuando el problema de los hijos es mucho más profundo que su mal comportamiento. Su conducta está mal, pero hay algo peor en esta situación, y son los deseos y pensamientos del corazón que causaron esta acción. Los padres tienen que usar esta oportunidad para enseñar a sus hijos a notar la raíz del problema, su corazón.

Dado que el comportamiento es manejado desde el corazón, entonces todo lo que hacemos como padres (corregir, instruir y disciplinar)

tiene que estar dirigido a disciplinar a nuestro hijo, llevándolo a los pies de Cristo. La disciplina bíblica incluye (1°) tanto el castigo de la transgresión (llevado a cabo en justicia y sin enojo), como también (2°) la explicación del porqué del castigo, concluyendo finalmente (3°) con la ayuda que Dios mismo nos ofrece por medio de Jesucristo para vencer el pecado con el poder del Espíritu Santo.

Por ejemplo, cuando un niño rompe un vidrio debemos discernir si lo hizo por rebeldía o por accidente, pues esto determinará la disciplina posterior. Si fue un accidente, podremos reforzar el que deba enfrentar las situaciones con la verdad, prometiéndole que no habrá castigo si admite el hecho, o explicándole que las cosas materiales no son importantes, que son reemplazables. En cambio, si fue un acto de rebeldía, tendremos que castigar ese acto de desobediencia y deshonor a Dios y a sus padres, para que aprenda a controlar sus impulsos carnales y sujetarse a la autoridad.

Debemos aprender de nuestro Padre Celestial, que nos disciplina con firmeza y amor. Con firmeza, pues no escatima en sufrimientos a la hora de sacar la necedad de nuestro corazón y hacernos más parecidos a Cristo. No obstante, también con infinito amor, porque Su disciplina está motivada en nuestro propio bien, sufriendo con nosotros cuando sufrimos:

Porque misericordioso es y clemente, tardo para la ira y grande en misericordia, y que se duele del castigo. (Joel 2:13)

Por lo mismo, Su disciplina es justa, es decir, no se excede ningún gramo en la repreensión estrictamente necesaria para santificarnos, y nos consuela posteriormente por cada lágrima derramada (2ª Cor.1:3-4).

Por último, cabe señalar que la forma de disciplinar se debe ir ajustando al ciclo vital del niño. Claramente, no es lo mismo disciplinar a un niño de un año, que a uno de siete o diez años. Con el pasar de los años, el desafío de dialogar es cada vez mayor y el testimonio personal pesa más que mil palabras. Cuando los hijos pasan a la adolescencia y juven-

tud, el rol de discipularlos pasará de ser una figura impositiva a una de mayor espacio para que crezcan y aprendan con experiencias personales, incluso a partir de sus propios errores. Esto, es claro, dependerá de la respuesta individual que cada hijo vaya teniendo a las mayores libertades recibidas, pues, así como sucede en nuestra relación con Dios, aquel que permanece en una relación de confianza tendrá mayor respuesta a sus peticiones, las cuales vienen de un corazón maduro.

Sin embargo, como ya dijimos previamente, esto no significa que podemos garantizar el compromiso de un niño para con Jesús a través de la enseñanza y disciplina apropiada. Los niños tienen voluntad propia. Los padres deben enseñar, pero los niños deben crecer en su propia fe. Jesús nos recuerda que los hijos a veces se rebelarán seriamente contra el evangelio (Mateo 10:21). Así lo vemos también con los hijos de los más célebres héroes de la fe, como los hijos de Noé, Isaac o David. Es cierto que la enseñanza, la disciplina y el modelaje apropiados los animarán a considerar seriamente las demandas de Cristo sobre sus vidas, pero solamente Dios puede atraerlos a Sí mismo.

Concluimos esta lección resumiendo que la palabra de Dios establece normas generales claras respecto a las responsabilidades familiares de padres e hijos. El ejemplo será la Santa Trinidad, con Cristo como ejemplo máximo de obediencia y honra, y el Padre como ejemplo perfecto de amor y disciplina.

“Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados.”
(Efesios 5:1)

Preguntas de Reflexión

CAPÍTULO V

-
- Explique lo que significa la exhortación hacia a los hijos de “obedecer en el Señor” a los padres.
 - ¿Qué significa en la práctica honrar a los padres?
 - ¿Qué significa que los padres no deben provocar a ira a los hijos?
 - ¿Qué significa que los padres deben criar en disciplina y amonestación?
 - Explique brevemente lo que implica discipular en el Evangelio
 - Explique brevemente lo que implica discipular con dedicación
 - Explique brevemente lo que implica discipular con corrección

CAPÍTULO VII

RESTAURACIÓN Y PERDÓN

*“Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos
unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo.”*

• Efesios 4:32 •

RESTAURACIÓN DE LA RELACIÓN CON DIOS

El tema de la familia saca a relucir gran cantidad de pecado personal y ajeno. Por eso, la restauración de todo el daño provocado va a requerir irremediablemente mucha misericordia y clemencia. El verdadero hijo de Dios ha sido objeto del perdón y la gracia de Dios, por lo cual un fruto central de su nueva vida va a consistir en extender esa gracia y perdón a otros. Por lo complejo y amplio del tema, en este capítulo profundizaremos en diversas aristas del tópico, partiendo por la restauración primaria con Dios.

El pecado daña nuestra relación con Dios y con los demás, además de tener consecuencias para nuestras propias vidas y generaciones. Vemos esto en la caída del rey David, que pecó contra Urías al adulterar con su esposa y luego asesinarlo. No obstante, cuando David obtuvo convicción de pecado, exclamó a Dios: *“contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos.”* (Salmo 51:4)

En una lectura posterior de todas las consecuencias que tuvo que afrontar David por este pecado, nos damos cuenta de que al matar a Urías pecó también contra sí mismo, afectando a toda su familia e incluso al reino. Por tal razón, junto con confesar nuestros pecados a Dios, debemos ir pidiendo perdón a quienes dañamos en el camino y perdonar a quienes nos han herido. En esta línea, partiremos estudiando la sanidad por medio del perdón en nuestra relación con Dios.

Arrepentimiento y Confesión

Cuando un pecador es regenerado por el Espíritu de Dios, se convierte de sus pecados, respondiendo espontáneamente con fe en Cristo y arrepentimiento de sus pecados. La conversión es un momento crucial de cambio de estado, pues con ella el pecador pasa a ser santo; quien era considerado enemigo de Dios, pasa a ser parte del pueblo de Dios.

No obstante, la redención final del cuerpo aún no ha llegado. Si bien el espíritu nació de nuevo, su carne aún está en corrupción. Esto implica que vamos a seguir pecando, por lo que requeriremos de un arrepentimiento y una fe continua a lo largo de todo nuestro peregrinar por esta tierra. Por esto: *“nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo.”* (Romanos 8:23).

Cada vez que pecamos, debemos arrepentirnos y pedirle perdón primeramente a Dios.

Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros. (1 Juan 1:8-9)

Las consecuencias del pecado son letales, sin embargo Dios, en su misericordia, ofrece una salida de perdón y salvación por medio de la obra de Cristo en la cruz. El pago por nuestro pecado merece la muerte, pero en Cristo encontramos el total perdón y restauración cuando creemos verdaderamente en Su obra propiciatoria, confesando nuestra maldad y arrepintiéndonos de nuestro pecado. Es necesario reconocer y confesar nuestra maldad delante del Señor, declarándonos responsables por el pecado cometido y necesitados de Su perdón.

La palabra griega para “confesar” utilizada en este texto es *homologeó*, que implica homologar lo que decimos, con lo que Dios dice respecto a nuestra condición. Es decir, es declarar nuestro pecado, asumiendo la verdad de Dios, sin justificarse ni aminorar nuestro mal comportamiento. Dios, lleno de gracia y verdad, está siempre con los brazos abiertos para recibir a un pecador arrepentido.

Cuando nos humillamos y reconocemos nuestra maldad, confesando nuestro pecado delante de Dios, Él es *fiel y justo* para perdonarnos en base a la obra perfecta y amorosa de Cristo. Él es justo, pues cargó con las consecuencias del pecado sobre Sus propios hombros en la cruz *“a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús.”* (Romanos 3:26).

Él es fiel, pues: *“si fuéremos infieles, él permanece fiel; Él no puede negarse a sí mismo.”* (2° Timoteo 2:13)

Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro. (Hebreos 4:16)

Nuestra tendencia natural es la de nuestros padres Adán y Eva, quienes una vez que pecaron se escondieron de Dios entre el follaje del Edén. Solemos tomar esa misma actitud y, en vez de procurar lo antes posible la restauración de nuestra relación con Dios, huimos y evitamos enfrentar la conversación con nuestro Padre Celestial a causa de la vergüenza. Muchos dejan de congregarse, realizando una insensata huida del Dios Omniscente “tipo Jonás”, abriendo así más flancos susceptibles al engaño del enemigo. No olvidemos que Dios sabía desde la eternidad los pecados que íbamos a cometer y, a pesar de eso, decidió desde antes de la fundación del mundo sacrificar al cordero. Él sabe, por lo que lo mejor que podemos hacer es acudir lo antes posible con arrepentimiento y humillación ante Él.

Si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus

malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra. (2° Crónicas 7:14)

Aceptación del Perdón de Dios

Una vez pasada la primera valla, el dolido arrepentimiento ante Dios, viene un proceso de restauración y sanidad que va a involucrar una batalla interna contra nuestra carne y contra el acusador de los santos, Satanás, el engañador (Ap. 12:9-10). Cuando pecamos, él procurará convencernos de la caducidad del amor de Dios, y nos tentará diciendo, como a Eva: “¿con que Dios ha dicho?”. Buscará que dudemos de la palabra de Dios y finalmente aceptemos la mentira del abandono de Dios. Si no discernimos estos ataques mentales y renovamos nuestra manera de pensar con la Palabra de Dios, que es la Biblia, caeremos en su trampa inmovilizadora. Pensaremos que Dios no es capaz de perdonar nuestros errores, debido a la magnitud o el tipo de pecado, o bien, por la reincidencia continua.

Si bien es cierto que la gracia de Dios no es una oportunidad para permanecer en el pecado, acabamos de estudiar cómo Dios nos perdona compasivamente cuando nos acercamos arrepentidos ante Su presencia, para que así volvamos a disfrutar de Su comunión. El perdón de Dios no depende de nuestros méritos o buenas acciones, ya que Él sigue siendo fiel aunque hayamos sido infieles. La base de su perdón radica en Su carácter compasivo y misericordioso. Por tanto, junto con estar arrepentidos y pedir perdón, debemos creer con fiabilidad en Su gracia restauradora.

Esta gracia no es una licencia para seguir pecando o meramente calmar nuestra conciencia, sino que es una invitación para volver a disfrutar de la comunión con Dios por medio de los méritos de Cristo, quien se ofreció como sacrificio perfecto “una vez para siempre” (Hebreos 7:27). La aceptación continua del perdón de Dios y de Su gracia infinita nos dará las fuerzas para continuar la dura batalla contra la carne, el mundo y Satanás.

Misericordioso y clemente es Jehová; Lento para la ira, y grande en misericordia. No contendrá para siempre, ni para siempre guardará el enojo. No ha hecho con nosotros conforme a nuestras iniquidades, ni nos ha pagado conforme a nuestros pecados. Porque como la altura de los cielos sobre la tierra, engrandeció su misericordia sobre los que le temen. Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones. Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen. Porque él conoce nuestra condición; Se acuerda de que somos polvo. (Salmo 103:8-14)

Muchas veces nos auto-condenamos y buscamos autojustificación, pensando que necesitamos reunir méritos para ser aceptados delante del Padre. Nos autocastigamos y maltratamos, pensando que de esta forma pagamos en parte la deuda de pecado. Pero esa actitud de autoflagelación es no comprender el evangelio de la gracia, despreciando la cruz de Cristo; es situarse en la silla de juez, que no nos corresponde a nosotros, e intentar pagar nuestra libertad por medio de sufrimientos, cosa que jamás lograremos.

El Juez del universo ha decidido no condenarnos para alabanza de Su gloriosa gracia, y si eso es así “¿quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará?” (Romanos 8:33)

Si Dios no nos condena, debemos vivir de acuerdo con tal verdad y disfrutar de Su gracia. Por tanto, junto con confesar nuestro pecado, es necesario aceptar el perdón generoso e inmediato de Dios, para así disfrutar de Su comunión, confiados en los méritos de Cristo y esperanzados en la obra santificadora del Espíritu Santo.

Pecado, Perdón y Consecuencias

El hecho de que Dios nos perdone y tengamos salvación eterna, no implica que estemos exentos de las consecuencias del pecado que hemos perpetrado. Al pecar, nuestra posición en Cristo permanece inalterada,

seguimos siendo nuevas criaturas, pueblo escogido, ministros de reconciliación, y seguimos estando sentados en los lugares celestiales juntamente con Cristo. No obstante, nuestro proceso de peregrinación sobre la tierra sí se ve afectado, pues la comunión con Dios se ve dañada. El pecado destruye y mata, mientras que la santidad construye y sana. Al pecar, afectamos destructivamente todas nuestras relaciones, tanto con Dios como con el prójimo.

En cuanto a la relación con Dios, el pecado no afecta nuestra posición de gracia, pero sí afecta nuestro proceso de intimidad y comunión con Él. Dios nos perdona si nos arrepentimos cuando pecamos, pero todo pecado traerá como consecuencia la afectación de nuestra relación diaria con Él. Afectará la sensibilidad a Su voz, el disfrute de Sus promesas, la claridad en cuanto a Su palabra, la valoración del Evangelio de Cristo, el deleite en la gloria de Dios, etc. En cuanto al prójimo, el pecado afectará de igual manera nuestra comunión, trayendo destrucción a las relaciones. Es por esta razón que debemos huir del pecado, pues al pisotear la gracia con nuestra rebeldía nos veremos atados a las consecuencias de nuestro pecado, muchas veces de por vida.

El ejemplo de David nos resulta altamente ilustrativo y aleccionador. David es descrito como un hombre conforme al corazón de Dios (1° Sam.13:14). Incluso a pesar de haber matado a Urías, los profetas lo recuerdan como un hombre conforme a Su corazón (1° R.15:3). La posición de David en Cristo no se vio afectada por su pecado y Dios le perdonó su iniquidad. No obstante esto, las consecuencias de su adulterio y asesinato fueron nefastas, y lo vemos en el pasaje en el que Natán confronta a David:

¿Por qué, pues, tuviste en poco la palabra de Jehová, haciendo lo malo delante de sus ojos? A Urías heteo heriste a espada, y tomaste por mujer a su mujer, y a él lo mataste con la espada de los hijos de Amón. Por lo cual ahora no se apartará jamás de tu casa la espada, por cuanto me menospreciaste, y tomaste la mujer de

Urías heteo para que fuese tu mujer. Así ha dicho Jehová: He aquí yo haré levantar el mal sobre ti de tu misma casa, y tomaré tus mujeres delante de tus ojos, y las daré a tu prójimo, el cual yacerá con tus mujeres a la vista del sol. Porque tú lo hiciste en secreto; más yo haré esto delante de todo Israel y a pleno sol. Entonces dijo David a Natán: Pequé contra Jehová. Y Natán dijo a David: También Jehová ha remitido tu pecado; no morirás. Mas por cuanto con este asunto hiciste blasfemar a los enemigos de Jehová, el hijo que te ha nacido ciertamente morirá. (2° Samuel 12:9-14)

El hijo que fue concebido por el adulterio murió. Y aún más, el profeta le dijo a David que la espada no se apartaría de su casa, y efectivamente así fue. Su primogénito Amnón fue asesinado por su tercer hijo Absalón, por haber violado a su media hermana Tamar. Absalón mismo fue asesinado por el ejército de David, al arrebatarle el trono a su padre. Su cuarto hijo, Adonías, fue asesinado por Salomón, y en la descendencia de éste vemos una sucesión de asesinatos que llega hasta el mismísimo exilio a Babilonia. El asesinato fue perdonado por Dios, pero como consecuencia trajo más asesinato y muerte a la dinastía de David.

Por otro lado, su pecado sexual de adulterio trajo más inmoralidad sexual a la familia. Como ya dijimos, Amnón violó a su media hermana Tamar, pero además Absalón se acostó públicamente con las concubinas de David al arrebatarle el reino. Y para qué hablar de Salomón, que en el desato indiscriminado de su lascivia, tuvo más de mil mujeres, terminando en un estado idolátrico deplorable.

Al pecar, David abrió puertas a más pecado. La muerte trajo más muerte y la inmoralidad sexual trajo más inmoralidad sexual. Que Dios nos perdone y nos dé vida eterna inmerecidamente, no significa que nos liberte de todas las consecuencias de sufrimiento y dolor que conlleva el pecado. Él permite que las vivamos precisamente para que entendamos la locura del pecado y las consecuencias de la rebeldía; Él permite que degustemos, aunque sea temporalmente, las implicancias del pecado, para

que aborrezcamos el pecado y amemos Su santidad. Por tanto, el pecado, aun cuando esté perdonado, es como un huracán que trae siempre destrucción adosada a él. Puede ser perdonado, pero deja una huella de devastación a su paso; trae daño a las relaciones, es un lastre, nos ata, nos encallece. En consecuencia, ¡huyamos del pecado!, ¡aborrezcamos el pecado!

¿Y qué hacer cuando nos toca enfrentar las consecuencias de nuestro propio pecado? Debemos aceptarlas como David, con humillación y temor reverente ante Dios (2° Samuel 16 y 24), esperando que en Su misericordia, Dios tal vez aplaque o quite las consecuencias nefastas de nuestro propio pecado. Pero en el caso de que no lo haga y tengamos que enfrentar toda la tormenta de nuestro pecado, hallaremos refugio en Su gracia que nos salvó del tormento eterno.

Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga. No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar. Por tanto, amados míos, huid de la idolatría.” (1° Corintios 10:12-14)

RESTAURACIÓN DE LA RELACIÓN CON EL PRÓJIMO

Como ya hemos señalado, el pecado no solo afecta nuestra relación con Dios, sino que también con nuestro prójimo. Por tanto, para que haya sanidad debemos pedir perdón cuando ofendimos y perdonar cuando nos han ofendido. También aquí se manifestarán consecuencias de destrucción que deja el paso del huracán del pecado.

Confesión al Cuerpo de Cristo

Parte importante del proceso de sanidad de nuestro propio pecado es entender que no estamos aislados, sino que somos parte del cuerpo de Cristo. Si hemos pecado, esto afecta a todo el cuerpo. Es por esta razón que al pecar no solo debemos confesarlo a Dios, sino que también a algún hermano maduro en la fe. Esto no es para perdón de pecados, el cual obtenemos directamente de parte de Dios por medio de Cristo, sino para comunión y acompañamiento del cuerpo de Cristo.

Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados. La oración eficaz del justo puede mucho. (Santiago 5:16)

¿Hay algún pecado que hemos cometido y que hemos guardado en lo oculto? ¿Tenemos alguna historia oscura que no hemos confesado aún? Satanás obra en la oscuridad, en cambio, la luz trae libertad. Un pecado no confesado puede carcomernos por dentro. Puede inmovilizarnos por culpa, puede encallecernos la conciencia, puede enfriarnos espiritualmente, puede torturarnos mentalmente. En cambio, un pecado confesado a algún hermano o hermana maduro/a en la fe y luchado en oración como cuerpo, hallará sanidad en Cristo.

Pedir Perdón y Restitución

Todos pecamos, afectando de esta manera en mayor o menor medida a nuestro prójimo. Cuando el Espíritu nos convence de pecado, no basta solo con arrepentirnos ante Dios, sino que debemos también pedirle perdón al prójimo que afectamos.

Oísteis que fue dicho a los antiguos: No matarás; y cualquiera que matare será culpable de juicio. Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que diga: Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatuo, quedará expuesto al infierno de fuego. Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcílate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda. Ponte de acuerdo con tu adversario pronto, entre tanto que estás con él en el camino, no sea que el adversario te entregue al juez, y el juez al alguacil, y seas echado en la cárcel. De cierto te digo que no saldrás de allí, hasta que pagues el último cuadrante. (Mateo 5:21-26)

Recordemos que el Evangelio es relacional y consiste en amar a Dios y a nuestro prójimo. A Dios le importan más las relaciones que las ac-

tividades religiosas. Si hemos hecho o dicho algo que estuvo mal y el Espíritu Santo nos lo recuerda o hace ver, debemos ir, humillarnos y reconciliar la relación antes de seguir alabando y ofrendando al Señor. De lo contrario, estas acciones pasarían a ser meros actos religiosos. La religión superficial continúa con sus ritualidades, pasando por alto los vínculos interpersonales; la fe verdadera, en cambio, se reconcilia con prontitud y es *“solicita en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz”* (Efesios 4:3).

Cada pecado conlleva sus propias complejidades en cuanto a la reconciliación de la relación. Cuando alguien fue brusco, impetuoso, descalificativo, o dijo palabras inapropiadas, es decir, cometió pecados de actitud y de palabras, esto no se resuelve solo con un mero arrepentimiento en palabras, sino que también es necesario un cambio de actitud. Si no hay un cambio de actitud, debemos poner en duda si realmente nos arrepentimos de lo cometido.

En el caso de robo, la Biblia nos llama no solo a pedir perdón, sino que también a restituir el robo, e incluso añadirle un quinto de lo que se hurtó, porque se perjudicó al prójimo (Lv. 6:2-5, Nm. 5:6-8). Vemos como ejemplo neotestamentario de restitución a Zaqueo, que una vez que conoció a Jesús, no expresó su fe con una oración de conversión, sino que con un acto de arrepentimiento, devolviendo de forma cuadruplicada todo lo usurpado. Frente a este hecho, Cristo respondió: *“hoy ha venido la salvación a esta casa.”* (Lucas 19:9)

Vale la pena mencionar que cuando se trata de pecados más complejos, como lo son los abusos sexuales, no se da la instrucción bíblica de ir a el/la afectado/a para restituir. En estos casos se sugiere conversar y evaluar cada situación en oración y consejo de personas sabias de la congregación, pues un acercamiento a la víctima sería probablemente más nocivo que beneficioso. En general, los casos delictuales y penados por la ley son temas más complejos, porque además habrá que evaluar comparecer ante la justicia y asumir las consecuencias legales de nuestro pecado.

PERDONAR

Si todos se dieran cuenta de cuando pecan contra los demás y asumieran una actitud mansa siguiendo la ordenanza recién estudiada de parte de Cristo, no tendríamos que llegar a este siguiente punto. No obstante, estamos en un mundo caído, por lo cual se hace necesario saber qué hacer frente al pecado no confesado y la ausencia de arrepentimiento del prójimo hacia nosotros.

Perdón Ilimitado

En Mateo 18, Jesús conversa con Sus discípulos acerca de cómo enfrentar los conflictos interpersonales. Pedro, que tal vez tenía un proceso personal específico en mente, se da cuenta del “escollo” del perdón y se acerca a Jesús para conversar este tema:

Entonces se le acercó Pedro y le dijo: Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete? Jesús le dijo: No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete. (Mateo 18:21-22)

La pregunta de Pedro la hemos formulado muchas veces nosotros mismos: “Jesús: ¿a las cuántas veces que perdono por “manso”, paso a ser un “menso” del cual se aprovechan?, ¿la tercera es la vencida, o acaso piensas que hay que perdonar hasta siete veces?”. Así como Pedro, a la hora de perdonar, solemos esgrimir bastantes razonamientos “lógicos” y “justos” para

no perdonar, o, al menos, demorar el perdón: “*Es que necesita aprender una buena lección*”, “*no quiero favorecer un comportamiento irresponsable*”, “*voy a dejar que sufra un poco... le va a hacer bien*”, “*necesita aprender que las acciones tienen sus consecuencias*”, “*yo fui el ofendido, no me toca a mí dar el primer paso*”, “*¿cómo lo puedo perdonar, si ni siquiera está arrepentido?*”.

No obstante, la respuesta de Cristo fue inesperada: ¡Debemos perdonar setenta veces siete! ¿Estaba hablando literalmente de 490 veces? No. Más bien, está ocupando números simbólicos (70 y 7) que hablan de plenitud, para así indicar que el perdón no debe ser un acto ocasional especial, sino un estilo de vida permanente y constante.

Al escuchar esto, nos quedamos con la sensación de que perdonar resulta injusto e inadecuado, por lo que debemos continuar estudiando esta enseñanza de Jesús, que ahora procederá a contar una parábola respecto al perdón:

Por lo cual el reino de los cielos es semejante a un rey que quiso hacer cuentas con sus siervos. Y comenzando a hacer cuentas, le fue presentado uno que le debía diez mil talentos. A éste, como no pudo pagar, ordenó su señor venderle, y a su mujer e hijos, y todo lo que tenía, para que se le pagase la deuda. Entonces aquel siervo, postrado, le suplicaba, diciendo: Señor, ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo. El señor de aquel siervo, movido a misericordia, le soltó y le perdonó la deuda. Pero saliendo aquel siervo, halló a uno de sus consiervos, que le debía cien denarios; y asiendo de él, le ahogaba, diciendo: Págame lo que me debes. Entonces su consiervo, postrándose a sus pies, le rogaba diciendo: Ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo. Más él no quiso, sino fue y le echó en la cárcel, hasta que pagase la deuda. Viendo sus consiervos lo que pasaba, se entristecieron mucho, y fueron y refrieron a su señor todo lo que había pasado. Entonces, llamándole su señor, le dijo: Siervo malvado, toda aquella deuda te perdoné, porque me rogaste. ¿No debías tú también tener misericordia de tu consiervo,

como yo tuve misericordia de ti? Entonces su señor, enojado, le entregó a los verdugos, hasta que pagase todo lo que le debía. Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas. (Mateo 18:23-35)

¿Te has reñido por dinero con algún conocido, vecino, familiar o hermano en la fe?, ¿cuál fue el monto en cuestión? En la época de Jesús, un denario equivalía al dinero que se pagaba por un día de trabajo, por lo que cien denarios equivalían a cien días de trabajo, es decir, aproximadamente tres meses de sueldo. ¿Acaso no era justo que el siervo exigiera justicia con su amigo que le debía ese monto de dinero? Humanamente hablando, pareciera ser una acción lógica y justa. Pero el asunto que cambia el peso de la balanza de justicia es el hecho de que el rey le acababa de perdonar al siervo una deuda mucho mayor. ¿Cuánto mayor?

Un talento equivalía a 6000 denarios, es decir seis mil días de trabajo, lo que son aproximadamente 20 años de trabajo. 10.000 talentos, equivalían a 60 millones de denarios, lo que daría una suma no despreciable de ¡200 milenios de trabajo! ¡El siervo acababa de recibir el perdón de una deuda eterna e imposible de pagar! A la luz de esa realidad, el que no hubiera perdonado a su amigo que le debía el equivalente a tres meses de sueldo era una falta de agradecimiento tremenda ante la gracia demostrada por el rey. Recibió *misericordia* eterna de parte del Señor, pero actuó con *justicia* con su amigo.

Al saberlo, el rey lo confrontó: “*Yo fui misericordioso, tú en cambio fuiste justiciero, por lo cual retiro mi perdón y también procederé con justicia en tu caso*”. Así también dijo Jesús en el sermón del monte: “*Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con que medís, os será medido.*” (Mateo 7:2)

Entonces: ¿*Por qué debemos perdonar siempre y continuamente a los demás?* ¿Porque Dios nos perdona a diario infinitamente más!

Es por esta razón que resulta imposible perdonar verdaderamente a la manera de Dios, sin es que no hemos experimentado Su gracia perdo-

nadora. Todos pecamos todos los días y tenemos una deuda eterna con Dios. Hablamos mal, actuamos mal, pensamos mal, ofendemos, nos peleamos, y Él, a pesar de todo esto, decidió perdonarnos la deuda por pura gracia y amor, a tal punto que mandó a Su Hijo unigénito, Jesucristo, para que muriera por nosotros, pagara nuestra deuda, y así pudiéramos librarnos del castigo eterno.

El perdón eterno de Dios es tan tremendamente superior a cualquier atrocidad que hayan cometido contra nosotros, que no tenemos excusa para no perdonar, sea lo que sea que hayan hecho contra nosotros. Si frente a la misericordia de Dios respondemos actuando “justamente”, estamos sujetos a la amenaza de Cristo que dijo:

Si perdonan a otros sus ofensas, también los perdonará a ustedes su Padre celestial, pero si no perdonan a otros sus ofensas, tampoco su Padre les perdonará a ustedes las suyas. (Mateo 6:14-15)

Perdonar es un proceso prolongado, pues debe ser extendido con especificidad. Cuando perdonamos, generalmente no basta con un perdón global, sino que el Espíritu nos recordará escenas específicas que nos hirieron. Palabras, actos, desprecios, abandonos, mentiras, etc., y cada una de estas heridas deben perdonarse específicamente ante Dios, venciendo el proceso de sanidad emocional y mental escena por escena, según cómo el Espíritu nos vaya guiando. El proceso de perdonar involucrará derramar la emoción ante Dios, renovar nuestra manera de pensar con la palabra de verdad y perdonar específicamente, cosa que puede tomar un tiempo prolongado, dependiendo de qué tan profunda haya crecido la raíz de amargura.

Perdonar y Amar

El término “perdonar” en griego es *afiemi*, y connota *soltar, dejar libre, entregar*. Soltamos la amargura ante Dios, entregamos la situación

acontecida ante único Juez Justo, y dejamos libre en nuestro corazón las amarras que nos tienen mentalmente atados a la persona ofensora.

No paguéis a nadie mal por mal; procurad lo bueno delante de todos los hombres. Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres. No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor. Así que, si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber; pues haciendo esto, ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza. No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal. (Romanos 12:17-21)

Al perdonar, soltamos todo afán de venganza, entendiendo que existe un solo Juez justo: Jesucristo. Debemos dejar lugar a la ira de Dios, pues suya es la venganza y “*horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!*” (Hebreos 10:31) Por nuestra parte, hacemos lo que Dios hizo con nosotros: perdonar y amar, pues de esta manera amontonaremos “*ascuas de fuego*” sobre el ofensor, es decir, arderá de vergüenza su cara. Nosotros no somos jueces ni somos verdugos, solo somos pecadores perdonados y enemigos amados. Así también debemos perdonar y amar a nuestros enemigos.

Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia. Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo. (Efesios 4:31-32)

Nuestro parámetro de acción es Dios mismo, que nos perdonó en Cristo. Si observamos el perdón de Dios, lejos de quedarse en la mera declaración de perdón, Él procede incluso a amarnos de manera infinita. No solo nos justifica, sino que nos adopta como Sus hijos por una eternidad. Es por eso que Jesús subió la vara más allá del perdón, diciendo:

Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los

que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? Y si saludáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen también así los gentiles? Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto. (Mateo 5:43-48)

Así como perdonamos porque Dios nos perdonó primero, también amamos porque Dios nos amó primero (1Jn 4:19-20). Tenemos una deuda de amor con los demás (Rom. 13:8). El perdón nos liberta a nosotros mismos, el amor liberta también al otro. Al amar a quien nos ofendió y nos hizo mal, rompemos con todo poder destructivo de Satanás, venciendo el mal con bien.

Por último, es necesario considerar que el amar al ofensor tiene muchas complejidades prácticas que dependerán de muchos factores, como si había una relación previa, qué tipo de relación era, cuál fue el pecado de la ofensa, cuántas veces fue cometido, etc. A una mujer violada no se le pide que ame al violador entablando comunicación con él, pero sí se le puede pedir que lo perdone, para ser ella misma libre, y que le ame intercediendo por su alma. En cambio, a una amistad rota, sí se le puede demandar que el perdonar y amar signifique efectivamente ir y reconciliar la relación. Cada caso debe conversarse en intimidad con el Padre Celestial, para buscar su indicación con un corazón dispuesto a obedecer.

Confrontar por Amor

Otro punto importante que considerar al momento de la reconciliación es que amar generalmente implicará confrontar al ofensor. En la misma conversación, antes de que Jesús enseñara que había que perdonar 70 veces 7, dijo lo siguiente:

Por tanto, si tu hermano peca contra ti, ve y repréndele estando tú y él solos; si te oyere, has ganado a tu hermano. Mas si no te oyere, toma aún contigo a uno o dos, para que en boca de dos o tres testigos conste toda palabra. Si no los oyere a ellos, dilo a la iglesia; y si no oyere a la iglesia, tenle por gentil y publicano. (Mateo 18:15-17)

Cuando alguien peca contra nosotros y no se acerca para resolver el tema, debemos tomar nosotros la iniciativa e ir a conversar a solas con la persona. El objetivo no es reprender a la persona juzgando las motivaciones de su actuar, pues eso está velado ante nuestros ojos y solo Dios las conoce verdaderamente (1°Cor.4:5). Más bien, debemos reprender al hermano respecto el acto pecaminoso externo y al hecho específico evidente, con el fin de edificarlo en su fe. No buscamos disensiones, sino que, al revés, al hablar con transparencia, buscamos ganar un amigo verdadero y edificar de esta forma el cuerpo de Cristo.

Esta exhortación debe hacerse hablando la verdad en amor (Ef.4:15), pues “*con misericordia y verdad se corrige el pecado, y con el temor de Jehová los hombres se apartan del mal.*” (Proverbios 16:6)

Para enfrentar tal conversación con amor y verdad, será necesario haber decantado primero las emociones iniciales que el desencuentro generó en nosotros, pues es nuestra responsabilidad ser claros y amables. No obstante, debemos entender que pertenece a la jurisdicción de Dios el conceder o no vista al pecador:

Porque el siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido; que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad, y escapen del lazo del diablo, en que están cautivos a voluntad de él. (2ª Timoteo 2:24-26)

Según el texto recién citado, la confrontación debe ser llevada a cabo de la siguiente manera: 1° sin buscar la contención, 2° con amabilidad, 3° con claridad de enseñanza, 4° con disposición a sufrir por amor y 5° con man-

sedumbre. Antes de confrontar, debemos examinar la presencia de estos elementos en nosotros. Es natural que esto resulte un gran desafío personal a trabajar intensamente con el Señor previo a cualquier conversación. Pero, aunque sea difícil, no debemos evadir aquellas conversaciones, pues en la evasión de la confrontación no hay amor. El amor confronta al hermano, por si el Espíritu Santo quisiera ocupar aquellas palabras para convencer de pecado al ofensor, pudiendo éste enmendar su camino.

Se sugiere que antes de conversar con la persona se pueda interceder unos días por el ofensor, perdonarle activamente y bendecirlo en nuestras oraciones, para poder así enfrentar esa compleja conversación con un corazón sanado y rebosante de amor. Si no hemos hecho este ejercicio espiritual previo, podríamos pecar nosotros contra el ofensor en esa conversación, iniciando así un círculo vicioso de pecado y desunión.

Es importante no evadir la situación, sino que enfrentarla, pues es lo que Jesús nos mandó a hacer, y si el ofensor es sabio, crecerá y lo agradecerá.

Como zarcillo de oro y joyel de oro fino es el que reprende al sabio que tiene oído dócil. (Proverbios 25:12)

El que reprende al hombre, hallará después mayor gracia que el que lisonjea con la lengua. (Proverbios 28:23)

Como ya dijimos, cabe también la posibilidad de que la persona sea necia y no tome en cuenta la reprensión (Proverbios 9:7-8, 15:12). En ese caso, en el contexto específico de la iglesia, el amor dicta que le demos una nueva oportunidad de arrepentimiento al hermano, volviendo a conversar con el ofensor, como Jesús sugiere, pero ahora con uno o dos testigos.

En todo este asunto siempre es bueno preguntarse si realmente lo que hizo la otra persona fue pecado, pues muchas veces las problemáticas se suscitan por nuestras propias sensibilidades y susceptibilidades, más que por el pecado del prójimo.

Concluimos este punto con los tres versículos famosos de Mateo 18, los cuales unen el pasaje de resolución de conflicto con el pasaje del perdón:

De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo. Otra vez os digo, que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos. (Mateo 18:18-20)

La falta de perdón y reconciliación ata, el perdón desata. Al aplicarse el perdón en la tierra, ata y desata también las cosas en el cielo, como la bendición de recibir respuestas a nuestras oraciones. Al no perdonar, quedamos atados emocionalmente con lo que sucedió y lo volvemos a vivir, nos vuelve a doler, caemos en *resentimiento* cuyo dolor solo se cortará al perdonar.

Pero si nos reconciamos, nuestras oraciones serán escuchadas por el Padre Celestial. Esto es un principio espiritual que también se aplica al matrimonio, pues Pedro les dice a los esposos que deben comprender y honrar a sus esposas *“para que sus oraciones no sean estorbadas”*. (1° Pedro 3:7) Cuando hay acuerdo, reconciliación y paz, Dios responde. Cristo promete estar presente en una reunión si hay unidad en torno a Él, porque más que el número de los congregados, a Dios le interesa la unidad y unanimidad de éstos.

Sabiendo que la reconciliación y la unidad traen tantas bendiciones, como las respuestas a las oraciones y la presencia de Cristo, si fuéramos el enemigo de Dios ¿qué buscaríamos atacar? ¡Precisamente las relaciones interpersonales! Es por ello que debemos esforzarnos en obedecer la palabra de Dios en este tema, tal como nos insta Pedro:

Finalmente, sed todos de un mismo sentir, compasivos, amándoos fraternalmente, misericordiosos, amigables; no devolviendo mal por mal, ni maldición por maldición, sino por el contrario, bendiciendo, sabiendo que fuisteis llamados para que heredaseis bendición. (1° Pedro 3:8-9)

En resumen, el perdón es una piedra fundamental dentro del proceso de sanidad y restauración. Pedir perdón a Dios (arrepentirnos), aceptar el perdón de Dios, confesar nuestro pecado a algún hermano en la fe, pedir perdón al ofendido y perdonar a los que nos han hecho mal, son temas complejos, pero ineludibles en el camino de la sanidad. Deberán ser enfrentados con valor y decisión por parte de los discípulos de Cristo, entendiendo que conducen a una mayor libertad.

Terminamos así esta lección sobre la sanidad, con muchos desafíos personales que abordar. Los animamos a no dejar pasar los días y, tomando lo que el Espíritu nos haya mostrado, presentemos la problemática ante el Padre para recibir toda consolación. Una herida que supura no sanará con el tiempo y la evitación, sino que solo enfrentándola con las herramientas bíblicas podrá cicatrizar y curar. Enfrentemos con valentía el doloroso proceso de curación, *“estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo.”* (Filipenses 1:6)

Preguntas de Reflexión

CAPÍTULO VI

- Explique la importancia del arrepentimiento y la confesión en la restauración
- ¿Cuál es la importancia de la aceptación del perdón de Dios?
- Señale cuáles son las consecuencias del pecado en relación con Dios y con el prójimo.
- ¿Cómo se lleva a cabo el proceso de restauración cuando uno ha cometido un pecado?
- ¿Por qué debemos perdonar siempre y continuamente a los demás?
- ¿Qué relación tienen el perdón y el amor?
- Explique el proceso de confrontación de acuerdo con Mateo 18:15-17.

CAPÍTULO 7

SOBERANÍA DE DIOS SOBRE EL MAL

“Vosotros sois mis testigos, dice Jehová, y mi siervo que yo escogí, para que me conozcáis y creáis, y entendáis que yo mismo soy; antes de mí no fue formado dios, ni lo será después de mí. Yo, yo Jehová, y fuera de mí no hay quien salve. Yo anuncié, y salvé, e hice oír, y no hubo entre vosotros dios ajeno. Vosotros, pues, sois mis testigos, dice Jehová, que yo soy Dios.”

• Isaías 43:10-12 •

DIOS Y EL MAL

El tema de la familia resulta para muchos muy dolorosa debido a las experiencias pecaminosas vivenciadas y presenciadas, como abusos, violencia, negligencias, etc. La exposición a grandes sufrimientos hace que se experimente un tormento mental de interrogantes referentes al porqué del mal y su relación con Dios. ¿Es Dios insensible?, o ¿es acaso incapaz de intervenir?

Por otro lado, no podemos tampoco pasar por alto los dolores incomprensibles que provoca la presencia de enfermedades y otros males en el núcleo familiar: malformaciones, mortinatos, discapacidades físicas, mentales, etc. ¿Es Dios indolente ante esto?, ¿tiene injerencia en ello?, y si la tiene, ¿por qué lo permite?

La existencia del mal es un gran dolor de cabeza para todas las religiones e ideologías falsas de este mundo. El *Naturalismo*, que solo cree en la materia, no tiene cómo explicar la presencia del bien y del mal desde un punto de vista ético, pues no creen en un ser supremo, ni en una ley moral superior al individuo. El *Postmodernismo*, que predica que no existen las verdades absolutas y que cada cual tiene la suya propia, no tiene cómo eludir la terrible realidad de que hay definitivamente cosas que están mal en este mundo y que van más allá del criterio personal de cada cual. El *Panteísmo*, que proclama que todo es dios y divino, no tiene cómo dar esperanza en un mundo de dolor y sufrimiento.

Solamente la Biblia, la revelación específica de Dios, da respuestas adecuadas y certeras a la cuestión del mal y, más aún, presenta a un Dios que gobierna activamente sobre el mal y entiende nuestro dolor. Veamos a continuación cómo las Escrituras trabajan el tema.

Dios es Santo y Amoroso

Para comprender este tema, es necesario establecer primero la firme base de los atributos de Dios, a quien la Biblia describe enfáticamente como un Dios Santo, es decir, perfecto, bueno y sin maldad.

Este es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él. (1ªJuan 1:5).

Dios no oculta malas intenciones, no maquina engaño, ni abusa de Su poder. Él es, de acuerdo con el testimonio fidedigno de los cuatro querubines, Santo, Santo, Santo (Ap.4:8), y, por tanto, perfectamente bueno y sabio en todos Sus caminos.

El *Deísmo* enseña acerca de un Creador impersonal y lejano que creó y echó andar el universo, pero luego lo dejó y nos abandonó a nuestro destino (¡cosa que Dios estaría en todo derecho de hacer!). No obstante, la Biblia, la revelación específica de Dios, nos habla de un Dios trascendente, eterno y todopoderoso, que a la vez es inmanente, personal y compasivo.

Dios es amor. En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados. (1ªJuan 4:8-10)

Buda es representado por la estatua de un hombre sobrealimentado que ríe desde su posición privilegiada. En cambio Cristo, siendo Dios, se encarnó y nos mira con compasión sufrida, clavado desde una Cruz de

maldición. Dios entiende nuestro sufrimiento individualmente. La existencia del mal y del dolor solamente halla explicación y solución en el mensaje del Evangelio, que nos habla de este tema complejo sin tapujos y desde la perspectiva del Creador, partiendo de la firme base de que Dios es infinita e inmutablemente Santo. Dios es luz y no hay tinieblas en Él.

El Mal surge de Criaturas Caídas

Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de parte de Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie; sino que cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. (Santiago 1:13-14)

Dios es tan Santo, que ni siquiera es tentable. Él solo piensa y hace lo perfecto. En cambio, nosotros, criaturas caídas, abrigamos malos deseos que, al satisfacerlos, nos destruyen a nosotros mismos y a nuestro entorno. Por tanto, de acuerdo con la Palabra de Dios, el mal surge de criaturas caídas que no quieren glorificar a Dios, siendo el primero de ellos un querubín caído llamado Satanás, el adversario.

Tú, querubín grande, protector, yo te puse en el santo monte de Dios, allí estuviste; en medio de las piedras de fuego te paseabas. Perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad. A causa de la multitud de tus contrataciones fuiste lleno de iniquidad, y pecaste; por lo que yo te eché del monte de Dios, y te arrojé de entre las piedras del fuego, oh querubín protector. Se enalteció tu corazón a causa de tu hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de tu esplendor; yo te arrojaré por tierra; delante de los reyes te pondré para que miren en ti. (Ezequiel 28:14-17)

No sabemos cómo ocurrió el inicio de la maldad en un querubín perfecto, pero sí sabemos a raíz de esto que:

1. Las criaturas no son Dios, y por tanto no son infinita ni inmutablemente santas como Dios
2. El mal inicial consta de no glorificar a Dios, el cual es digno de toda gloria. Esta definición bíblica es crucial para entender toda la cuestión del mal.

Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad; porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó... Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. (Romanos 1:18-21)

En resumen, Dios es Santo y Bueno, y el mal surge de criaturas caídas que no quieren glorificar al Creador. ¿Cuál es entonces la relación de Dios con el mal? Analicémoslo en el siguiente punto.

DIOS GOBIERNA ACTIVAMENTE SOBRE EL MAL

“Yo te ceñiré, aunque tú no me conociste, para que se sepa desde el nacimiento del sol, y hasta donde se pone, que no hay más que yo; yo Jehová, y ninguno más que yo, que formo la luz y creo las tinieblas, que hago la paz y creo la adversidad. Yo Jehová soy el que hago todo esto.” (Isaías 45:5-7)

De todo lo que sucede hoy en el mundo (pandemias, guerras, etc.), el Señor no solo toma conocimiento, sino que toma, de hecho, responsabilidad de ello. Dios no es como Pilato, que simplemente se lava las manos y atribuye responsabilidad a otro, sino que sabe que, al permitir adversidad, Él la crea.

Ved ahora que yo, yo soy, y no hay dioses conmigo; Yo hago morir, y yo hago vivir; Yo hiero, y yo sano; Y no hay quien pueda librar de mi mano. (Deuteronomio 32:39)

El *Dualismo* piensa que el bien y el mal son fuerzas equiparadas tipo Ying y Yang. Pero esto no es lo que enseñan las Sagradas Escrituras, que dicen que el Dios Santo es tan trascendente y Altísimo, que gobierna sobre todo, incluso sobre el mal. No obstante, al mismo tiempo el Dios Santo es tan inmanente, que nos conoce íntimamente y a pesar de nuestra maldad nos llama, nos salva y nos adopta como Sus hijos.

Entonces, la pregunta que sigue es: ¿Cómo gobierna Dios activamente sobre el mal manteniendo, a su vez, perfecta Santidad? Al respecto, podemos decir lo siguiente a base del relato bíblico:

- 1° Dios gobierna sobre el mal restringiendo o soltando más o menos el actuar de las criaturas malvadas y caídas.
- 2° Este restringir o soltar a las criaturas caídas va a ser siempre de acuerdo con los propósitos Santos de Dios.

A continuación, veamos el respaldo bíblico a estas dos afirmaciones a través de los siguientes casos que observamos en las Escrituras.

El Caso de Job y el Conocimiento de Dios

Y Jehová dijo a Satanás: ¿No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal? Respondiendo Satanás a Jehová, dijo: ¿Acaso teme Job a Dios de balde? ¿No le has cercado alrededor a él y a su casa y a todo lo que tiene? Al trabajo de sus manos has dado bendición; por tanto, sus bienes han aumentado sobre la tierra. Pero extiende ahora tu mano y toca todo lo que tiene, y verás si no blasfema contra ti en tu misma presencia. Dijo Jehová a Satanás: He aquí, todo lo que tiene está en tu mano; solamente no pongas tu mano sobre él. Y salió Satanás de delante de Jehová. (Job 1:8-12)

Notamos en este relato cómo Dios gobierna sobre el diablo: Él lo hace restringiendo o soltando el accionar del diablo. El diablo no puede tocar a Job si Dios tiene protegido a Job, con lo que restringe la maldad del diablo. En el relato, el diablo le dice a Dios “*extiende ahora tu mano*”, es decir, “*da la orden como Rey soberano...*”, y Dios sorprendentemente ¡da la orden!

Job fue arruinado. ¿Quién fue el responsable? Dios. Eso lo dice explícitamente el texto; lo dice Job e incluso lo dice Dios mismo al final

del libro. Dios soltó al diablo, por tanto, Dios es responsable. Al dejar de restringir el mal, Dios permitió la adversidad. Ahora bien, ¿es por ello Dios culpable de pecado? No, pues el mal provino del diablo. ¿Quién es el culpable de pecado? El diablo, que actuó deliberadamente mal, pensando en hacer mal y destruir a Job.

Dios es el gobernante responsable, pero no es culpable de pecado. La pregunta acá es entonces: ¿Por qué Dios dejaría de restringir el mal?, ¿por qué haría algo así? Y eso tiene que ver con el segundo punto del gobierno de Dios sobre el mal. El primer punto era: Dios gobierna el mal restringiendo o soltando el actuar de las criaturas caídas. El segundo punto es éste: Dios va a decidir cuándo soltar o restringir a las criaturas caídas, según Sus propósitos Santos y Perfectos. ¿Cuál era el propósito Santo de Dios al soltar al diablo como león rabioso sobre Job? La respuesta del libro va a ser:

Y bendijo Jehová el postrer estado de Job más que el primero (Job 42:12)

Dios quería bendecir aún más a Job, pero la mejor manera posible de hacerlo, tanto para Job como para el mundo entero (incluidos nosotros que hoy podemos reflexionar sobre esta historia) era que, de acuerdo con la sabia y santa omnisciencia de Dios, el diablo rabioso fuese primero soltado sobre Job. Dios quería hacer mayor bien a Job, pero para hacerlo primero debía afligirlo y probarlo.

Y atención aquí, la idea de permitir aflicción en la vida de Job no fue del diablo, porque ¿quién inició la conversación?, ¿el diablo? No, ¡fue Dios! Dios inició la conversación con el diablo (Job 1:8), sacándolo a relucir a Job. De Dios fue el plan perfecto en santidad. ¿Y en qué resultó? En un hombre justo y bendecido, que después de pasado por fuego, resultó más justo y más bendecido aún. La historia terminó con un hombre amado por Dios que termina exclamando: “*de oídas te había oído; Mas ahora mis ojos te ven.*” (Job 42:5)

Dios bendijo a Job con mayor conocimiento de Él y mayor prosperidad, y esto lo hizo al crearle adversidad y soltar el mal sobre él. ¡Gloria a Dios por Su inescrutable y santa sabiduría! Al soltar mal sobre Job, resultó un mayor bien, y el más grande bien de todos es conocer más a Dios (Jn.17:3).

Vosotros sois mis testigos, dice Jehová, y mi siervo que yo escogí, para que me conozcáis y creáis, y entendáis que yo mismo soy; antes de mí no fue formado dios, ni lo será después de mí. (Isaías 43:10)

Así dijo Jehová: No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábase en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme, que yo soy Jehová, que hago misericordia, juicio y justicia en la tierra; porque estas cosas quiero, dice Jehová. (Jeremías 9:23-24)

El Caso de Pedro y el Trato al Carácter

Dijo también el Señor: Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos. (Lucas 22:31-32)

Dios restringe o suelta al diablo. Al igual que con Job, aquí el diablo pidió zarandear a los discípulos, y resulta que Jesús, al igual que con Job, no le dice que no, sino que solamente pide para que en el transcurso de ese zarandeo no se desvanezca la fe de Pedro, al igual como ocurrió con Job.

¿Cuál fue ese zarandeo? Dios le dio permiso al diablo para tentar a Pedro, y luego Pedro traicionó a Jesús. ¿Quién fue el responsable? Dios, que en Su gobierno soberano dejó de restringir el actuar malvado del diablo y la carne caída de Pedro. ¿Quién fue el culpable de pecado? El tentador, el diablo, y Pedro, el pecador. ¿Por qué Dios permitió eso? Por motivos Santos.

Fíjense que el texto dice que el gobierno de Dios sobre el mal es tal, que Cristo incluso sabía el desenlace (“tú, una vez vuelto...”). Dios no permitió que a Pedro le faltara la fe y se volviera un incrédulo, sino que dictaminó que volvería para afirmar a sus hermanos en la fe. Dios tiene pleno control sobre las adversidades que nos acontecen, Él gobierna con pleno control sobre el mal y es esa la razón por la cual podemos decir con confianza:

Fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar. (1º Corintios 10:13)

Este pasaje dice que Dios tiene pleno gobierno sobre las tentaciones satánicas que caen sobre tu vida, así que no desesperes, solo persevera. Pedro cayó, pero no dejó de creer en Cristo, y luego volvió y confirmó a sus hermanos, tal como le dijo Jesús.

¿Por qué Dios permitió esto? Por motivos santos. Pedro iba a ser el privilegiado primer predicador, un privilegiado apóstol de la primera iglesia, un privilegiado siervo del Señor que realizaría muchos milagros y prodigios, un privilegiado obrero que abriría la puerta del Evangelio a los gentiles (Hch.10). Para esa labor tan sublime, necesitaba estar humillado para así no caer en la autoexaltación del diablo. Dios estimó que lo mejor para él era caer ante la tentación del diablo y, por tanto, lo soltó por un breve tiempo. Si Dios quería ocuparlo como instrumento para confirmar a sus hermanos, debía primero humillarlo.

Por eso es que Dios ha permitido también humillaciones y caídas en nuestra propia vida, no porque piensa mal contra nosotros, sino que, al revés, porque piensa bien hacia nosotros. Él desea bendecirnos, pero nuestra carne caída responde con pecado de orgullo y arrogancia ante las bendiciones. Es por esto que Dios debe humillar y debilitar a Sus hijos para usarlos más, pues Él no está dispuesto a perderlos en el pecado o perder intimidad con ellos. Cuando estamos débiles, estamos más fuertemente apegados a Él, lo que es la mayor fortaleza.

Sus caminos y Sus pensamientos son más altos que los nuestros, tan altos como están los cielos sobre la tierra. ¿Y qué tan alto está el cielo sobre la tierra? Infinitamente alto. Dios no juega al ajedrez, Él ya sabe todas las jugadas y todas las consecuencias posibles; nada es un juego para Él, sino solamente un avanzar continuo e imparable de Su plan eterno perfecto y Sus designios santos. ¡Todo está bajo Su Santo control providencial! ¡Gloria a Dios!

El Caso de la Tentación en el Desierto y la Bendición Posterior

Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo. (Mateo 4:1)

¿Quién tentó a Jesús? El diablo. ¿Quién permitió esa tentación? El Espíritu de Dios. ¿Por qué haría algo así? Veamos el pasaje de Santiago antes de volver al desenlace de la tentación en el desierto:

Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas (gr.peirasmós = tentaciones), sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia ... Bienaventurado el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman. Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de parte de Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie; sino que cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. (Santiago 1:2-3,12-14)

Santiago afirma que Dios no tienta a nadie, por lo cual la tentación tiene solo a dos actores sobre el escenario: Satanás (o sus demonios) y nuestra carne caída con sus malos deseos. Los demonios no tendrían potestad sobre nosotros si no fuéramos pecadores tentables. Jesús fue tentado en todo, pero no pecó.

Ahora bien, como Dios gobierna sobre todo, el diablo requiere permiso de parte de Dios para tentarnos. ¿Pero por qué le daría Dios permiso? Por lo que dice en Santiago 1:3,12: porque la persona que soporta la tentación es bienaventurada y recompensada por Dios. Dios permite tiempos de prueba con un objetivo de santificación y bendición de Sus hijos. En otras palabras, cuando Él quiere dar más a Sus hijos (como con Job o Pedro), Él permite pruebas para que al superar la prueba sean doblemente bendecidos, tal como leemos en el resultado de la tentación en el desierto:

Y cuando el diablo hubo acabado toda tentación, se apartó de él por un tiempo. Y Jesús volvió en el poder del Espíritu a Galilea, y se difundió su fama por toda la tierra de alrededor. Y enseñaba en las sinagogas de ellos, y era glorificado por todos. (Lucas 4:13-15)

Jesús volvió lleno del Espíritu Santo y pudo iniciar un bendecido ministerio público.

Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen. (Hebreos 5:8-9).

El diablo tienta para hacer caer. Dios permite tiempos de tentación para que, al vencer, seamos grandemente bendecidos y recompensados por Él. Por tanto, por un lado, debemos orar con temor reverente y conciencia de debilidad: “no nos metas en tentación, más libranos del mal” (Mt.6:13), pues “sabe el Señor librar de tentación a los piadosos”. (2ªP.2:9) Pero, por otro lado, si resulta que Él permitió en Su santa soberanía que nos encontremos en medio de un tiempo de prueba, debemos gozarnos, pues si Dios lo permitió, es porque era necesario y tiene un objetivo bueno, santo, perfecto y de bendición para nosotros:

Aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas (gr.peirasmós), para que sometida

a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo (1ª Pedro 1:6-7)

El Caso de José, del Faraón y la Bendición Grupal Posterior

Sucedió, pues, que cuando llegó José a sus hermanos, ellos quitaron a José su túnica, la túnica de colores que tenía sobre sí; y le tomaron y le echaron en la cisterna; pero la cisterna estaba vacía, no había en ella agua... Y cuando pasaban los madianitas mercaderes, sacaron ellos a José de la cisterna, y le trajeron arriba, y le vendieron a los ismaelitas por veinte piezas de plata. Y llevaron a José a Egipto. (Génesis 37:23-24,28)

Los hermanos de José cometieron el horrible crimen de venderlo como esclavo. Romanos 1 nos dice que Dios restringe o suelta a las personas a sus propios deseos malvados:

Por lo cual también Dios los entregó a la inmundicia, en las concupiscencias de sus corazones... Por esto Dios los entregó a pasiones vergonzosas... Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen. (Romanos 1:24,26,28)

En Su gracia común, Dios restringe el actuar pecaminoso de los seres humanos, que, si fueran absolutamente abandonados a sus propios malos deseos, tornarían el mundo inmediatamente en el mismísimo infierno. En Proverbios 21:1 y Apocalipsis 17:17 se nos dice que nadie escapa a ese accionar soberano de Dios sobre los corazones, al punto que Él tiene incluso el corazón de los reyes en su mano y los inclina a lo que Él desea.

De acuerdo con esta verdad, ¿quién fue entonces el responsable de la venta de José? Dios, pues dejó de restringir la maldad en los herma-

nos de José, soltándolos a sus concupiscencias más oscuras. ¿Eso quiere decir que Dios fue culpable de ese pecado? No, sino que los pecadores son los seres humanos, los hermanos de José. Ellos idearon el mal, ellos pensaron mal y ellos ejecutaron el mal. Bastó con que Dios disminuyera su gracia común preservadora sobre ellos y soltara sus corazones a ellos mismos para que se lanzaran de cabeza al crimen más horrible.

¿Y en qué estaba pensando Dios al hacer eso? ¿Por qué permitió Dios ese terrible, injusto y macabro pecado? En palabras del mismo José, que reflexionó muchas décadas al respecto, ésta es la conclusión: “Dios me envió delante de vosotros, para preservaros posteridad sobre la tierra, y para daros vida por medio de gran liberación.” (Génesis 45:7)

Dios dejó de restringir la maldad de los corazones de los hermanos de José ¡para salvarlos a ellos mismos! Dios no solo soltó, Él diseñó. Tan grande era la misericordia de Dios hacia esa familia, que quiso salvar a esos malvados hermanos, a su padre Jacob y hacer gran bien a José. Y la mejor forma que halló Dios para esto fue soltando a los hermanos a sus propias concupiscencias. Al hacerlo, ellos vendieron a José a Egipto, y así lo envió Dios delante de ellos para preparar salvación en medio de las duras sequías que vendrían las siguientes décadas. No solo eso, sino que al hacerlo Él estaba preparando la gloriosa historia del Éxodo que vendría cuatro siglos después. ¡Qué tremenda es la providencia misericordiosa y Santa de Dios!

Es a través de esta realidad que también se resuelve la aparente contradicción que vemos en el relato del Éxodo, en el que se nos dice que faraón endureció su corazón (Ex.8:15,32), pero a la vez se afirma enfáticamente que Jehová endureció el corazón de faraón (Ex.9:12;10:20,27;14:8). Ambas afirmaciones son ciertas, pues al disminuir Dios Su gracia común preservadora de pecado sobre faraón, éste profundizó su obstinación.

¿Por qué haría Dios algo así? Por los motivos santos y perfectos de rescatar a Su pueblo y traer gloria a Su propio Nombre (Ex.7:4-5). El beneficiado no fue solo José, sino que fue toda una familia y una nación. El beneficiado del endurecimiento de Faraón, no fue solo una persona,

fue todo un pueblo, e incluso las naciones gentiles alrededor que escucharon y temieron a Jehová por Sus portentos (Jos.2:9-11).

Y no solo eso, Dios moldeó y diseñó la historia del Éxodo a tal punto, que quedó como un relato figurado anticipado de la gran historia de salvación en Cristo Jesús. ¡Dios controla la historia! ¡Gloria y alabanza a nuestro Dios que gobierna sobre todas las cosas!

Él muda los tiempos y las edades; quita reyes, y pone reyes; da la sabiduría a los sabios, y la ciencia a los entendidos. (Daniel 2:21)

El Caso de la Cruz

El último y supremo ejemplo de esta providencia de Dios que gobierna sobre el mal en perfecta santidad es el más horrible crimen de la historia humana. Se trata del sacrilegio y la aberración más grande que Dios ha permitido en la creación: la tortura y el asesinato del único verdaderamente Justo de la humanidad.

Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel... (Hechos 4:27)

El malévolo Herodes, el frívolo Pilato, los sanguinarios soldados gentiles, los hipócritas israelitas, nosotros los inmorales, egoístas y codiciosos humanos, todos nosotros, ¡matamos a Jesús el Santo! Lo escupimos, lo golpeamos, lo desnudamos, lo escarnecimos, lo oprimimos, lo clavamos en un madero. Todos nosotros, se trate de israelitas o de gentiles, todos nosotros nos unimos en pecado y somos culpables.

Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel, para hacer cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera. (Hechos 4:27-28)

Pero este crimen, el más horrible de todos, no escapaba del gobierno soberano de Dios. El versículo es claro en afirmar que la mano de Dios y el consejo perfecto de Dios habían determinado que sucediera. Nada escapaba de los planes Santos del Creador y de Su sabio y perfecto. Dios fue el responsable de la crucifixión, porque tanto amó Dios al mundo, que dio a Su Hijo unigénito para que todo aquel que creyera en Él, no se perdiera. Dios dio al Verbo.

La mano de Dios y el concejo de Dios habían determinado que esto sucediera antes que el mundo fuera creado. ¿Por qué lo ideó Dios así? Porque Dios diseñó, en Su perfecta santidad, que el mayor bien de todos viniera a partir del mayor mal de todos. El perdón más grande vino al acontecer el pecado más grande; la luz de gloria más brillante, brilló en el momento más oscuro. “Mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia.” (Romanos 5:20) Y todo eso no fue un mero permiso de Dios: ¡Fue un diseño Santo y perfecto del Eterno!

La sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros. (1ª Pedro 1:19-20)

Entonces, ¿por qué no restringió Dios el actuar malvado de impíos sobre Su Hijo y sobre nuestras vidas? Por una motivación Santa. Él nunca piensa mal, Él piensa en Santidad, Él es Santo, Santo, Santo, Él todo lo determina en Su gobierno universal de acuerdo con criterios de santa Justicia, de santo Amor, de santa Bondad, de santa perfección.

Y los cuatro seres vivientes tenían cada uno seis alas, y alrededor y por dentro estaban llenos de ojos; y no cesaban día y noche de decir: Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir. (Apocalipsis 4:8)

CONCLUSIÓN

Soberanía de Dios y Nuestra Vida

Dios ha permitido que personas pequen horriblemente contra nuestra vida. Él es responsable de haber dejado de restringir esa maldad, pero Él no es culpable de esa maldad. En Él no hay maldad, solo santidad. ¿Por qué lo hizo Dios? Él lo hizo porque tiene un plan de bien para ti. Él ha ideado bien para ti; no un plan de mal, sino de bien. Él no solo lo permitió, sino que Él lo diseñó, para que redunde en el mayor bien eterno posible para ti, para que redunde en algo mejor de lo que hubiese sido tu vida sin ese evento de maldad.

¿Por qué Dios ha soltado en ocasiones el mal sobre nuestra vida? ¿Por qué ha permitido enfermedades, discapacidades, sufrimientos y demás males? Él lo ha hecho deliberadamente por motivos santos: para un mayor conocimiento de Él mismo (como en Job), para humillación, trato del carácter y protección de nuestros propios corazones (como en Pedro), para mayor bendición posterior, personal y grupal (como en José), para ser misioneros a otros que experimentan el mismo dolor, así como Cristo se identificó como sumo sacerdote con nuestro dolor (Hb.4:15).

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar

a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios. Porque de la manera que abundan en nosotros las aflicciones de Cristo, así abunda también por el mismo Cristo nuestra consolación. (2ª Corintios 1:3-5)

Puede haber más motivos por los cuales Dios ha soltado el mal sobre nuestras vidas. Motivos que por ahora aún no entendemos. Pero lo que sí sabemos es que Dios quería y quiere bendecirnos como hijos amados de Él, permitiendo para ello incluso activamente el mal. Así que, gracias al gobierno Santo de Dios sobre el mal, podemos exclamar llenos de gozo:

Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados. (Romanos 8:28)

Pablo inicia esta célebre frase diciendo “sabemos”, ¿pero lo sabes? Y si lo sabes, ¿lo crees? Tal vez tienes una enfermedad invalidante, quizá tú enfermedad es producto directo del pecado de otra persona (un borracho que te atropelló, un médico negligente que cometió iatrogenia, una madre que consumió droga en el embarazo, etc.). Sí, es verdad que ellos son culpables, ellos pecaron. Pero Dios sabe hasta dónde restringe o no restringe la maldad y por qué no lo hizo en el caso de ellos. Él sabe hasta dónde suelta o no suelta una enfermedad, y si tu historia sucedió así es porque en el concilio eternamente sabio y santo de Dios, éste era el mejor camino posible para ti. El azar y el infortunio no están al control de tu vida, ¡el Dios Trino eternamente bondadoso lo está!

¿Quién dio la boca al hombre? ¿O quién hizo al mudo y al sordo, al que ve y al ciego? ¿No soy yo Jehová? (Éxodo 4:11)

Tu enfermedad no es producto de la mala suerte, es un diseño de Dios. Dios es el responsable de esa enfermedad, pero no creó esa adversidad

para hacerte mal, sino para hacerte bien, mucho bien, eterno bien, mayor bien de lo que sería posible sin esa enfermedad. La pregunta es: ¿confiamos en Él, en Sus designios, en Sus dictámenes, en Su criterio, en Su plan, en Su diseño? ¿Creemos realmente que Él es Santo, o solo lo cantamos? Porque decir que Él es Santo es proclamar: “Señor, me aconteció este mal terrible, pero confío que lo que sucedió es un diseño tuyo, un dictamen tuyo, un designio tuyo y, por tanto, de alguna manera que aún no entiendo, esto redundará en bien para mí... porque Tú eres Santo, Santo, Santo.”

“Vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo. Por encima de él había serafines; cada uno tenía seis alas; con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies, y con dos volaban. Y el uno al otro daba voces, diciendo: Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria.” (Isaías 6:1-3)

Palabras finales

La confianza en el gobierno soberano Santo de Dios está conectada con todas las temáticas familiares. ¿Eres soltera y quisieras casarte, pero aún nadie asoma en el horizonte y sientes que tu edad biológica te tiene entre la espada y la pared? ¿Eres casado y tu esposa inconversa hace extremadamente difícil tu vida? ¿Quisieras establecer una familia, pero tu carne caída es tentada continuamente con atracción al mismo sexo? ¿Eres de la tercera edad y tus hijos te tienen abandonada? ¿Eres hijo y tus padres se burlan de tu fe en Cristo?

Todos quisieran alcanzar el ideal de familia, amar y ser amados, pero en este mundo caído lleno de pecado, todos enfrentamos situaciones adversas y la frustración de expectativas no cumplidas. No obstante, como creyentes, sabemos que el gobierno absoluto de Cristo ha permitido activamente todo de esta manera, teniendo en mente un propósito de bien eterno para Sus hijos y de gloria suprema al Dios Trino.

Como vimos en el primer capítulo: Dios hace todo para Su gloria. ¿Y esta misión de Dios de glorificar a Dios no se contradice con nuestra propia felicidad y nuestro disfrutar de la vida? No. Como dijimos al inicio del libro, la glorificación y la alabanza fluyen de nosotros cuando estamos gozosos, agradecidos y asombrados. Por tanto, al velar Dios por Su propia gloria, tiene como misión deslumbrarnos con gozo, para que así la glorificación fluya genuinamente de nuestros corazones. Como la glorificación surge de un corazón gozoso, agradecido y asombrado, eso significa que Dios tiene mucho gozo, mucho asombro y mucha consolación ideada para Su pueblo.

Parte de ese propósito eterno glorioso es precisamente que disfrutemos en la eternidad, en el cielo, en el Reino de Cristo, de la familia perfecta.

En amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad [...] Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios. (Efesios 1:5, 2:19)

La Iglesia es la gran familia de Dios Padre, y Jesucristo, el Hijo unigénito de Dios, es el hermano mayor. Esto significa que los demás creyentes son y serán eternamente nuestros hermanos. Tal vez efectivamente nunca pudiste experimentar del calor de un hogar en tu infancia, ¡pero sí lo experimentarás por los siglos de los siglos que están por venir!

Padre de huérfanos y defensor de viudas... hace habitar en familia a los desamparados (Salmo 68:5-6)

Tal vez efectivamente nunca tendrás hermanos biológicos cercanos y reconciliados en este mundo, ¡pero sí disfrutarás de la unión gozosa con millones y millones de hermanos espirituales de todos los siglos pasados, por todas las eras que están por venir!

He aquí que Jehová hizo oír hasta lo último de la tierra: Decid a la hija de Sion: He aquí viene tu Salvador; he aquí su recompensa con él, y delante de él su obra. Y les llamarán Pueblo Santo, Redimidos de Jehová; y a ti te llamarán Ciudad Deseada, no desamparada. (Isa 62:11-12)

Tal vez vives amputado emocionalmente por el duelo no resuelto de un hijo muerto, o un cónyuge amado fallecido, ¡pero podrás disfrutar junto a ellos que han muerto en el Señor mil millones de gloriosos días de luz, campo, música, alegría, deporte y servicio en el futuro!

No os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él. (1ª Tesalonicenses 4:13-14)

Tal vez efectivamente no tendrás nunca hijos biológicos en esta tierra, ¡pero podrás disfrutar del gozo de ver crecer a todos tus hijos espirituales hasta llegar a la perfección plena en el Reino de Jesús! Tal vez seguirás viviendo muchas soledades y agobios en este mundo oscuro, pero tú que estás en Cristo, “*canta y alégrate, hija de Sion; porque he aquí vengo, y moraré en medio de ti, ha dicho Jehová.*” (Zacarías 2:10)

Tal vez efectivamente no te casarás nunca en esta tierra caída, ¡pero sí te casarás con el mejor hombre de todos por toda una eternidad!

Y oí como la voz de una gran multitud, como el estruendo de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos, que decía: ¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina! Gocémonos y alegrémonos y demosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos. Y el ángel me dijo: Escribe: Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero. Y me dijo: Estas son palabras verdaderas de Dios. (Apocalipsis 19:6-9)

A la luz de toda esta gloria que está por venir, vivamos las relaciones familiares imperfectas del hoy con el gozo que trae la esperanza de la perfección futura. Vivamos las relaciones familiares del hoy con el amor que vislumbramos en el Cielo. Vivamos la vida entera como un sacrificio vivo para la gloria del Santo Dios Trino, entendiendo...

“...Que os habéis acercado al monte de Sion, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, a la compañía de muchos millares de ángeles, a la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos, a Dios el Juez de todos, a los espíritus de los justos hechos perfectos, a Jesús el Mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel.” (Hebreos 12:22-24)

Preguntas de Reflexión

CAPÍTULO VII

-
- Explique las dos afirmaciones doctrinales fundamentales respecto al gobierno activo de Dios sobre el mal
 - ¿Cómo gobierna Dios activamente sobre el mal (es responsable de acontecimientos malos), manteniendo a la vez Su perfecta santidad (nunca es culpable de pecado)?
 - ¿Qué aprendemos del caso de Job?
 - ¿Qué aprendemos del caso de Pedro?
 - ¿Qué aprendemos del caso de José?
 - ¿Por qué es la Cruz de Cristo la máxima expresión del gobierno santo de Dios sobre el mal?
 - ¿Por qué motivos ha soltado Dios en ocasiones el mal sobre nuestras vidas?

Autores	EQUIPO PASTORAL Iglesia Unión Cristiana de Viña del Mar
Edición	CLAUDIO FUENTES P.
Corrección	CYNTHIA ALARCÓN
Diseño y Diagramación	CAROLINA VENEGAS C.
Ilustración Portada	CAROLINA VENEGAS C.

FAMILIAS QUE GLORIFICAN A DIOS ©

Viña del Mar, Chile, 2024.
Todos los derechos reservados